

APIANO

HISTORIA  
ROMANA

I

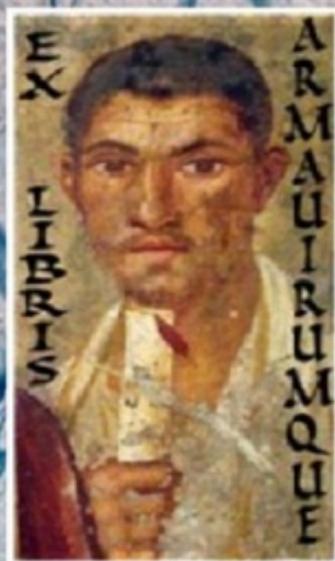
INTRODUCCIÓN, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE  
ANTONIO SANCHO ROYO



EDITORIAL GREDOS



HABENT SUA  
FATA LIBELLI



BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 34

Asesor para la sección griega: CARLOS GARCÍA GUAL.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de esta obra ha sido revisada por ALBERTO BERNABÉ PAJARES.

© EDITORIAL GREDOS, S. A.

Sánchez Pacheco, 81, Madrid. España, 1980.

Depósito Legal: M. 27773-1980.

ISBN 84-249-3550-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gráficas Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1980.—5174

## INTRODUCCIÓN GENERAL

### 1. *Vida y obra de Apiano*

Apiano era natural de Alejandría, en Egipto, como él mismo nos dice en el capítulo 15 del *Prólogo* de su obra. Sobre su vida estamos muy mal informados, hecho que tal vez se deba, entre otras razones, a que, aunque había escrito una autobiografía en la que daba cuenta pormenorizada sobre su persona, este escrito, sin embargo, se perdió no sabemos cuándo, aunque debió de ser antes del siglo IX, pues Focio, patriarca de Constantinopla que parece que tuvo un ejemplar antiguo de la obra histórica de Apiano ante sus ojos, no lo menciona.

Los escasos datos biográficos que de él tenemos están tomados de su obra y de su epistolario con Frontón, el preceptor de Marco Aurelio. Se cree que su nacimiento debió de tener lugar en época de Trajano, alrededor quizás del 95 d. C. En el libro II de las *Guerras Civiles* (cap. 90) habla de un recinto sagrado dedicado a Némesis por César, que fue destruido por los judíos en su época cuando el emperador Trajano realizaba una campaña en Egipto contra este pueblo<sup>1</sup>. A esta guerra

---

<sup>1</sup> «(César) no pudo soportar ver la cabeza de Pompeyo al serle presentada y ordenó que se la enterrase acotando para ella, delante de la ciudad, un pequeño recinto sagrado que fue

contra los judíos parece que hace referencia también un fragmento perteneciente a su libro *Sobre Arabia*, no conservado, en el que nos cuenta el grave trance que sufrió en cierta ocasión cuando era perseguido por los judíos y del que salvó milagrosamente la vida<sup>2</sup>. La guerra en cuestión parece que fue la emprendida por Trajano entre los años 115-117 d. C. para sofocar la insurrección judía en aquel país.

En el *Prólogo* de su historia se refiere a que alcanzó una posición elevada en su país (es muy probable que desempeñara altos cargos administrativos en su ciudad natal de Alejandría) y a que, después, actuó como abogado en la corte de los emperadores. Tal vez su carrera como abogado la desempeñó en calidad de *aduocatus fisci*, cargo instituido por el emperador Adriano<sup>3</sup>. Sabemos, por último, que fue nombrado procurador del emperador o emperadores, *Procurator Augusti* o *Augus-*

---

llamado 'recinto de Némesis'; precisamente éste, en mi época, mientras el emperador Trajano se hallaba exterminando en Egipto a la raza judía, fue arrasado por éstos por necesidad de la guerra».

<sup>2</sup> Cf. P. VIERECK y A. G. ROOS, *Appiani Historia Romana*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1962, pág. 534, frag. 19 (en adelante lo citaremos: VIERECK, 1962). Este fragmento titulado *Sobre la ciencia adivinatoria de los árabes* lo editó por primera vez, sin indicar el códice (el fragmento corresponde al libro 24 de Apiano), E. MILLER, en la *Revue Archéol.* 19 (1869), 102 sigs., e *ibid.* (1873), 41 sigs.; después lo tomó C. MÜLLER, *Frag. hist. Graec.*, vol. V, 1, pág. LXV. Este mismo fragmento, con otro tomado del libro *Sobre la realeza*, titulado *Sobre Remo y Rómulo*, a partir del códice *Parisinus Suppl. gr. 607 A*, lo editó M. TREU en *Programm des Gymnasiums*, Ohlau, 1880.

<sup>3</sup> H. G. PFLAUM, *Les Procurateurs équestres sous le Haut-Empire romain*, París, 1950, págs. 204-205, afirma, por el contrario, que Apiano no fue *aduocatus fisci* en Roma, sino que obtuvo una procuraduría por la intercesión de Frontón. Véanse, en general, otros detalles sobre esta cuestión en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, 2.<sup>a</sup> ed., Florencia, 1967, págs. VIII-IX de la Introd., con bibliografía.

*torum* que deben tratarse de Marco Aurelio y Lucio Vero (161-169 d. C.). Dado que los magistrados que desempeñaban este cargo solían ser elegidos entre los miembros del orden senatorial y que Adriano otorgó a muchos el derecho de ciudadanía, cabe pensar que Apiano lo obtuviese, así como algún título de nobleza en el orden ecuestre que le posibilite el acceso a dicha magistratura ya que no era senador. En el epistolario de Frontón, amigo suyo, se conserva una carta de Apiano a Frontón y la contestación de éste, así como la carta de Frontón a Antonino Pío solicitando el cargo de procurador para su amigo. Cuando obtuvo este puesto, Apiano debía de ser un hombre de edad avanzada pues Frontón alude en su carta de solicitud al honor que dicho cargo comportaba y que Apiano merecía en razón de su edad. En dicha carta Frontón avalaba también el honor y la integridad de su amigo<sup>4</sup>.

El hecho de que Apiano escribiera una autobiografía y que remita a ella en el *Prólogo* de su obra, así como el que mencione expresamente como datos destacables la alta posición que ocupó en su país natal, su labor en las cortes del Imperio y su cargo de procurador, pueden tener una cierta intencionalidad desde su perspectiva de historiador. Fergus Millar, en su estudio sobre Dión Casio, pone de relieve que en la larga serie de historiadores que en latín o griego abordaron la historia de Roma, total o parcial, desde Q. Fabio Píctor a Dión Casio, hay un denominador común: su alta

---

<sup>4</sup> Para las cartas conservadas en el epistolario de Frontón, cf. la ed. de NABER: pág. 244, para la de Apiano a Frontón; pág. 246, para la de Frontón a Apiano, y pág. 170, para la de Frontón a Antonino Pío. Véase también el vol. I de la edición de HAINES, págs. 264, 268 y 262, respectivamente, para estas mismas cartas. VIERECK, 1962, págs. 537-538, reproduce la carta de Apiano a Frontón. Estas cartas fueron escritas alrededor de los años 157-161 d. C.

posición social y su experiencia en cargos públicos<sup>5</sup>. Para Millar<sup>6</sup>, ello tiene una justificación doble, se trata, por un lado, de un reflejo de lo que ocurría en la sociedad romana en la que los círculos de los que emanaba el poder eran a la vez centros de cultura y mecenazgo, y por otro, de la conciencia, más o menos tácita, de que la experiencia política era requisito indispensable para el buen historiador. Este sentimiento que había recibido su expresión formal y teórica de manos de Polibio, se remontaba en último término a Tucídides, que en mayor o menor grado continúa sirviendo de modelo o, al menos, ejerce su influencia en buena parte de la historiografía posterior. En el caso de Apiano, que no se ocupó de la historia de sucesos contemporáneos a él, lo que constituía el ideal polibiano, sino de aquellos otros para los que era necesario el uso de fuentes escritas, habría que entender su interés por presentarse como hombre avezado, en cierto modo, en tareas públicas como un aval de su capacidad para interpretar y enjuiciar los hechos de un pasado remoto.

Apiano escribió una historia de Roma que abarcaba desde sus orígenes hasta el año 35 a. C. El plan de la misma se encuentra expuesto en su *Prólogo* (cap. 14). No era cronológico sino etnográfico. Dividió su obra en partes perfectamente diferenciadas que se correspondían con las guerras habidas por Roma contra otras naciones y las que sostuvieron entre ellos los propios romanos. Este esquema, sin embargo, se rompe en los libros que relatan las Guerras Civiles, los cuales están dispuestos de acuerdo con los principales caudillos de estas luchas intestinas, según afirma el propio historiador en el lugar arriba citado.

---

<sup>5</sup> F. MILLAR, *A study of Cassius Dio*, Oxford, 1964, pág. 5, notas 2 y 3, indica una larga serie de historiadores pertenecientes al orden senatorial.

<sup>6</sup> Véase *ob. cit.*, pág. 8.

Parece como si Apiano encontrara en el marco geográfico o etnográfico mayor criterio de homogeneización, que en la narración de hechos sucedidos simultáneamente pero en lugares distintos. También se hace patente en la concepción del plan de su obra la influencia que tuvo el factor personal como criterio englobador, unificador y polarizador del acontecer histórico. Este hecho es perceptible en el enunciado de algunos de sus libros, así el libro *La guerra de Aníbal* que refiere los hechos de armas llevados a cabo por el general cartaginés en Italia y que toma el nombre del principal protagonista de la contienda, o el libro *Sobre Mitrídates*, rey del Ponto, con quien sostuvieron también los romanos una dura pugna. A ello podemos añadir lo dicho anteriormente respecto a la ruptura del esquema general en los libros de las Guerras Civiles en atención a la personalidad de sus líderes. Pero, además, cabe apreciar, en el interior de algunos de sus libros, unidades más pequeñas con entidad propia dentro del marco más amplio en el que tienen lugar los sucesos que dan nombre al libro. Tal sucede en el libro *Sobre Iberia* en el que encontramos la guerra lusitana, la guerra de Viriato y la numantina como tres unidades menores que se suceden, en el relato histórico, rompiendo el orden cronológico y mostrando una cierta independencia en el esquema general del libro. Aquí tenemos un pueblo, un caudillo y una ciudad, que polarizan en torno a ellos la acción histórica, y el historiador es plenamente consciente del fenómeno e intenta destacarlo a juzgar por sus palabras al comienzo del cap. 63: «Es mi intención insertar aquí la guerra de Viriato que causó con frecuencia turbaciones a los romanos y fue la más difícil para ellos, posponiendo el relato de cualquier otro suceso que tuviera lugar en Iberia por este tiempo».

Lo que resulta más problemático de establecer son los motivos que pudieron llevar a Apiano a construir una historia desde esta perspectiva. El más remoto e ilustre precedente del método etnográfico en el terreno de la historiografía lo hallamos en Heródoto, pero luego, en general, se impuso entre los grandes historiadores, tanto griegos como romanos, hasta llegar a los analistas el método cronológico.

Así pues, pueden aventurarse diferentes hipótesis acerca de su preferencia por una historia de tipo etnográfico. Tal vez pudiera ser su deseo de imitar algún modelo precedente, o bien un cierto condicionamiento emanante del propio material histórico. Se trataba, en efecto, de una historia de Roma, más aún, de la gestación de la grandeza a que había llegado Roma desde sus orígenes humildes, y era ella el centro de gravitación de todo el acontecer histórico, y así se iban narrando los diferentes y sucesivos pueblos que hubo de someter hasta llegar a convertirse en la dueña del mundo conocido. Cabe, no obstante, pensar si hemos de ver en esto una falta de visión sinóptica o incapacidad para la misma por parte de Apiano, o para estructurar sus fuentes, ya que no era un historiador nato sino un modesto y fiel funcionario entregado, en su vejez, a estos menesteres históricos. Es posible que su ejercicio en la práctica de la abogacía como funcionario imperial pudiera influir en su forma de concebir la historia de Roma por compartimentos estancos tomando un suceso o sucesos desde su principio hasta el final, como el abogado que defiende un caso o el notario que atestigua y certifica los datos diversos que sobre un hecho le van llegando a las manos.

La obra histórica de Apiano fue compuesta en su vejez. En el *Prólogo* dice, con referencia a su época, que habían transcurrido doscientos años desde el advenimiento de los emperadores (entiéndase César) (cap. 7)

y, aproximadamente, unos novecientos desde la fundación de Roma (cap. 9), lo cual sitúa la fecha de su composición en torno al año 160 d. C., es decir, bajo Antonino Pío, que murió en el 161 d. C.<sup>7</sup> Parece que la fecha tope para la composición de su historia y tal vez para su vida sea el año 165 pues, como afirma Schwartz «después de la guerra de Marco Aurelio contra los partos un funcionario imperial no hubiera mencionado como la frontera más oriental del imperio el río Éufrates»<sup>8</sup>.

El hecho histórico que pone el broche a la historia de Apiano es la muerte de Sexto Pompeyo en el año 35 a. C., ocurrida poco después de la división del Imperio entre Antonio y Octavio. Es evidente, pues, que, dado el desfase cronológico que existe entre los hechos históricos que narra y la época en que vivió, tuvo que servirse de diversas fuentes para componer su historia. Y estas fuentes fueron fuentes escritas, en lo que difiere radicalmente de un autor como Polibio, testigo presencial de muchos de los sucesos que narra, y con posibilidad de acceder a quienes también lo fueron, en aquellos otros a los que no pudo asistir. Apiano, por tanto, se alinea junto a quienes, como Diodoro Sículo, Dionisio de Halicarnaso y tantos otros, fueron compiladores de datos. De ahí que establecer cuáles fueron sus fuentes será una tarea necesaria e ineludible para todo aquel que quiera proceder a una valoración de su quehacer histórico y comprobar, a un tiempo, su objetivi-

---

<sup>7</sup> E. CHAMPLIN, «The chronology of Fronto», *Jour. Rom. Stud.* 64 (1974), 149, sitúa la carta de recomendación de Frontón a Antonino Pío en el año 140, a partir del 10 de julio. El *Prólogo* de Apiano la fecha en torno al 150 d. C., frente a Haine, que da como fecha probable 157/161 d. C.

<sup>8</sup> «Appianus», *RE*, 2.1., cols. 216 sigs., 1895 (= *Griechische Geschichtsschreiber*, 2.<sup>a</sup> ed., Leipzig, 1959, págs. 361-393). Véanse otros datos en E. GABBA, *ob. cit.*, págs. X-XI de la Introd.

dad y rigor como historiador. Por ello, no debe extrañarnos que una gran parte de los estudios sobre Apiano, y aquí su caso es parejo al de otros historiadores, tengan como objetivo primordial, si no único, el establecer sus fuentes<sup>9</sup>. Como ejemplo ilustrativo de esta afirmación baste citar el artículo, todavía hoy valioso en muchos aspectos, del profesor Schwartz en la *RE* de Pauly Wisowa, que prácticamente lo aborda únicamente desde esta perspectiva. Se trata, en último término, de analizar su obra allí donde Apiano se muestra como fuente exclusiva o primordial, y aquellos otros pasajes en los que su testimonio coexiste con el de otros historiadores como, por ejemplo, Polibio, Diodoro, Livio, etc., a fin de establecer puntos de discrepancia o coincidencia, bondad o no, de las fuentes utilizadas en uno u otro caso.

No es nuestro objetivo exponer, siquiera con mínimo detenimiento, un problema tan complejo que excedería los límites y propósitos de esta Introducción. Pretendemos tan sólo resaltar la importancia de este hecho dentro de la problemática general que el autor plantea y exponerlo de modo sintético.

En una lectura de su obra se puede apreciar que Apiano menciona una serie de autores que narraron sucesos históricos y que, por la forma en como aparecen citados —en algunos casos se les presenta como narradores de determinados hechos— se puede entender que los utilizó como fuente en mayor o menor grado.

---

<sup>9</sup> Sobre el problema de las fuentes de Apiano, cf. la puesta a punto hecha por G. T. GRIFFITH, *The Greek Historians*, en *Fifty Years of Classical Scholarship*, 2.<sup>a</sup> ed., Oxford, 1968, págs. 206-207, y notas 118-120 en págs. 222-223; además, *Appendix*, pág. 239.

Éstos son Polibio<sup>10</sup>, Paulo Clodio<sup>11</sup>, Jerónimo de Cardia<sup>12</sup>, César<sup>13</sup>, Augusto<sup>14</sup> y Asinio Polión<sup>15</sup>.

En un segundo plano tendríamos aquellos otros autores que, si bien son mencionados por Apiano, no parece que pueda desprenderse de ello una necesaria utilización de su obra. A veces, como es el caso de Rutilio Rufo<sup>16</sup>, aunque aluda expresamente a su labor histórica, se les cita, sobre todo, por su participación activa en determinados acontecimientos. En este caso podríamos situar a Terencio Varrón<sup>17</sup> y Casio Hémina<sup>18</sup>.

Hay, sin embargo, muchos otros autores de los que no existe el menor rastro en su obra y que, sin duda, debieron constituir una fuente importante para partes muy diversas de la misma, como ulteriores estudios han demostrado. Entre ellos estarían Plutarco, Diodoro, Posidonio, Livio, Salustio, Celio Antípato, Valerio Antias, Sempronio Aselión, etc. Aunque, como ya dijimos, sea difícil y controvertido establecer las fuentes de cada pasaje, hay algo que sí podemos afirmar sin riesgo de equivocarnos, y es que Apiano utilizó fuentes literarias griegas y romanas en las que se reparten los autores citados arriba, destacando entre las últimas a una gran parte de la analística romana de valía muy diversa.

Aparte las fuentes literarias, cabe suponer también que pudo utilizar memorias de campaña de los partícipes directos en algunos de los hechos que él relata (algunas de las fuentes antes citadas no son otra cosa, pensemos en los escritos de César o Augusto) y que

<sup>10</sup> *Africa* 132.

<sup>11</sup> *Galia* I 3.

<sup>12</sup> *Mitrídates* 8.

<sup>13</sup> *Galia XVIII; Guerras Civiles* II 79.

<sup>14</sup> *Iliria* 14 sigs.; *Guerras Civiles* IV 10; V 45.

<sup>15</sup> *Guerras Civiles* II 82.

<sup>16</sup> *Guerras Civiles* IV 47.

<sup>17</sup> *Galia* VI.

<sup>18</sup> *Iberia* 88.

desgraciadamente se perdieron. Quisiera referirme expresamente al caso de Rutilio Rufo del que creo, en contra de la opinión que da como fuente única a Polibio, que pudo servirse para su relato de la guerra de Numancia en su libro sobre Iberia<sup>19</sup>. También es posible que pudiera manejar documentos oficiales en registros y archivos, a los que pudo tener acceso en su calidad de funcionario imperial.

Cuestión harto difícil, en cambio, resulta decir en qué medida utilizó de manera directa o no una fuente, pues en muchos casos la brevedad de su relato o la falta del pasaje correspondiente en otra fuente oscurecen el hecho. Hay, incluso, una parte de la crítica que piensa que, si bien las fuentes antes citadas son las últimas a las que se remonta en cada caso el texto de Apiano, éste habría tenido como fuente inmediata a un retórico e historiador de la época de Augusto llamado Timágenes de Alejandría<sup>20</sup>. Este autor, sin embargo, es poco más que un nombre para nosotros y ni siquiera se sabe con mucha certeza cuál era el contenido de su obra. En general, cabe apreciar en muchos casos una postura en exceso subjetiva y apriorística en la forma en que se ha abordado el problema de las fuentes, lo que ha llevado a adoptar tesis demasiado radicales que pienso se compadecen mal con la realidad de los hechos.

---

<sup>19</sup> Cf., para más detalles, mi artículo «En torno al 'Bellum Numantinum' de Apiano», *Habis* 4 (1973), 23-40. Y, en general, sobre las guerras celtibero-lusitanas, H. SIMON, *Roms Kriege in Spanien (154-133 v. C.)* (Frankfurter Wissenschaftliche Beiträge, Band II), Francfort, 1962.

<sup>20</sup> Sobre Timágenes, cf. R. LAQUEUR, s. u. *Timagenes*, en *RE*. Como fuente para ciertas partes de la obra de Apiano, véanse también A. KLOTZ, *Cäsarstudien*, Leipzig-Berlín, 1910, pág. 84, n. 4, y del mismo, *Appians Darstellung des zweiten punischen Krieges*, Paderborn, 1936, pág. 113, así como *Kommentar zum Bellum Hispaniense*, Leipzig, 1927, pág. 13.

En cuanto al problema de la bondad del texto de Apiano como fuente, el hecho resulta, de igual modo, bastante complejo, ya que, aparte de lo arriba expuesto, varía en las diferentes partes de su obra según la calidad de las fuentes utilizadas, como ocurre con la historia de Dión Casio, Diodoro, Livio y muchos otros. Sin embargo, existen pasajes numerosos en los que el texto de Apiano concurre con el de otros historiadores y en donde su versión se muestra, al menos, como la más acorde con la realidad histórica conocida, aunque existan siempre discrepancias entre las distintas opiniones. Así ocurre, por ejemplo, en los textos de Apiano que recogen el Tratado del Ebro, importante por ser el primero que se llevó a cabo en la Península Ibérica entre romanos y cartagineses, y porque repercutió en el hecho que dio origen a la segunda guerra púnica: la toma de Sagunto por Aníbal. A mi juicio, en este caso resulta bastante completo y digno de estima el texto de Apiano frente a los de Polibio y Livio<sup>21</sup>.

Apiano fue, en sustancia, un narrador de sucesos, mejor dicho, fue un recopilador de datos recogidos en una diversidad de fuentes. Esta labor de compilación y selección se refleja en su obra y así el relato presenta en conjunto unos altibajos notables en cuanto a la exposición, coherencia y estructura internas, según la documentación y naturaleza de las fuentes utilizadas en cada caso.

En ocasiones, Apiano procura mantener una fidelidad estrecha a los modelos que tuvo ante él, a veces incluso podríamos pensar en una traducción literal como, por ejemplo, en dos pasajes de las *Guerras Civiles* (IV 11 y V 45) en los que alude a su labor de traducción del latín al griego y la dificultad inherente

---

<sup>21</sup> Para más detalles, cf. mi artículo «En torno al Tratado del Ebro entre Roma y Asdrúbal», *Habis* 7 (1976), 75-110.

a ello<sup>22</sup>. El primero de estos pasajes lo constituye el decreto de proscripción de los triunviros, que lo transcribe literalmente y dice «tal era el texto de la proscripción de los triunviros en la medida en que es posible verterlo de la lengua latina a la griega», y en igual sentido se pronuncia en el segundo de los pasajes citados, en el que transcribe literalmente el diálogo entre Octavio y Lucio Antonio, el hermano de Marco Antonio después de la capitulación de Perusia. En otros casos, si no literalidad, la fidelidad hacia su modelo es muy estrecha, lo cual en el caso de las fuentes latinas conlleva una serie de irregularidades en su versión al griego manifestada, como apunta Gabba, en una «latinización de su prosa tanto en el campo léxico como en la conversión de palabras latinas en términos griegos que vienen a adoptar un significado distinto del normal, o bien en la formación de compuestos allí donde el griego usa palabras simples o compuestos de otro tipo; frases desconocidas en griego que reproducen otras correspondientes en latín o rasgos sintácticos propios de la sintaxis latina y no griega», etc.<sup>23</sup>. Todo ello no puede, por supuesto, interpretarse como mera influencia de la lengua latina en Apiano y como una utilización incorrecta de la misma por parte de este autor, pues Apiano la conocía bien y la hablaba normalmente como demuestra su labor en calidad de abogado en Roma. Hay que pensar, por tanto, en su deseo de mantenerse lo más fiel posible a su modelo, aun a riesgo de caer

---

<sup>22</sup> Cf. E. GABBA, *Appiano e la storia delle guerre civili*, Florencia, 1956, pág. 212, con bibliografía exhaustiva para todo lo relativo a este período histórico en la narración de Apiano.

<sup>23</sup> *Ob. cit.*, pág. 214. En general, sobre la influencia latina en la lengua de Apiano, cf. J. HERING, *Lateinisches bei Appian*, tesis doct., Leipzig, 1935. Un breve pero sustancioso resumen de esta obra se encuentra en E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XXXIV-XXXVII de la Introd.

en esas incorrecciones lingüísticas. En muchos otros casos, sin embargo, la realidad aparece gravemente distorsionada, ya sea por intención del autor, ya porque así estuviera en la fuente.

Hemos aludido anteriormente al gusto de Apiano por aislar en unidades cerradas los datos relativos a un determinado pueblo, extraídos de una o más fuentes históricas generales o particulares, lo que patentiza su objetivo, expuesto en el *Prólogo* (cap. 12), de narrar la historia de Roma «pueblo por pueblo». Ello es motivo de que aquellos libros que no tratan acontecimientos completos, como *La guerra de Aníbal* o *Sobre Mitridates*, muestren una narración entrecortada, a saltos e, incluso, con unidades aislables en su interior, como es el caso de la guerra de Numancia o de Viriato en el libro *Sobre Iberia*. Lo mismo ocurre en el libro *Sobre Iliria*<sup>24</sup>.

La labor de síntesis y de resumen que Apiano efectúa pudo haber contribuido también a dar ese tono entrecortado a su relato en ciertas partes de su obra, unido esto a la utilización de fuentes diversas; además, ello le hace caer, en ocasiones, en repeticiones o en insertar, a manera de recuerdo, referencias más o menos extensas de un mismo episodio en lugares diferentes de su obra (cf. *Ib.* 5 y *An.* 2, respecto al Tratado del Ebro, o *Ib.* 9-10 y *An.* 3, respecto a los móviles de Aníbal para atacar Sagunto). Sin embargo, el historiador trata de paliar esta aparente desunión mediante breves fórmulas de engarce (cf. *Ib.* 38; 44; 56; 63; 66; 76, etc.), que hilvanan y dan una cohesión externa a distintos episodios abreviados y con entidad propia, pero marcan, a un tiempo, su independencia en el interior del libro.

---

<sup>24</sup> Cf. J. DOBIÁŠ, *Studie k Appianove Illyrské* (con amplio resumen en francés *Etudes sur le Livre Illyrien d'Appien*), Praga, 1930, pág. 241. Este estudio del libro *Sobre Iliria* es fundamental para toda la problemática, en general, del mismo.

La utilización de una fuente o fuentes que proporcionasen un relato más continuado y preciso debió de facilitar esta tarea de conferir a su relato esa mayor apariencia de fluidez y cohesión. En cambio, cuando no ocurría así, bien sea porque tratara temas tangenciales o sobre los que no tenía intención de profundizar, o porque su fuente histórica no era explícita (cf. el cap. 2 de *Sobre Iberia*, de carácter etnográfico, o los caps. 101 y 102, donde, como broche de este libro, adelanta acontecimientos posteriores: guerra de Sertorio y las acciones de César y Augusto en el 61 a. C.), se muestra inseguro y vacilante. Así, en el primero de los pasajes citados aparecen hasta cuatro veces expresiones como *dokeî* o *dokoûsi* y acaba diciendo que deja estos asuntos para «los que tratan de épocas remotas», con un irónico desprecio que mal puede disimular la ignorancia, en tanto que en los otros dos la falta de rigor y exactitud, no justificadas, son notables.

Al margen de esta dependencia y, en ocasiones, casi servilismo de Apiano con relación a sus fuentes, que ilustran su modo de componer la historia, cabría hablar también de sus aportaciones personales. Éstas son de índole diversa y no resultan fáciles de delimitar. A veces se trata de alusiones al paso, que establecen una confrontación entre los hechos descritos y la época de Apiano (generalmente introducidas por «ahora» o «todavía ahora»), en otras son apreciaciones personales o juicios subjetivos del autor sobre un hecho concreto, con frecuencia manifestadas con *dokeî moi*, etc., o bien notas marginales, casi con carácter de glosa, que ofrecen al lector una explicación de noticias aisladas o aquellas otras en donde el autor expone claramente sus ideas<sup>25</sup>. Todos estos rasgos, por su carácter marginal y casi de interpolación, que se despegan un tanto

---

<sup>25</sup> Cf. GABBA, *ob. cit.*, págs. 219 y sigs.

del resto del relato, se pueden considerar como propios de Apiano.

Cabe juzgar como aportación del autor la original estructura de su obra, aunque en este caso, como ya dijimos, pudo contar con modelos precedentes en este sentido e, incluso, haber entremezclado fuentes de tipo geográfico y cronológico, así como también habría que atribuirle la selección de las fuentes y, sobre todo, su utilización en función de unos criterios y objetivos personales o de una cierta ideología política.

Desde esta última perspectiva los libros sobre las Guerras Civiles son más ilustrativos al respecto, que el resto de la obra, en la medida en que se trata de acontecimientos más próximos en el tiempo, debatidos entre los propios romanos y sobre los que la toma de postura resulta más significativa. Además, sobre estos hechos las fuentes se contraponen con una mayor nitidez, y la selección o modificación de las mismas ponen de relieve con más claridad el talante del autor. Para Gabba<sup>26</sup>, no hay que perder de vista cómo Apiano concebía la historia de las Guerras Civiles como una sarta de revoluciones que desembocan en la monarquía. No debemos olvidar, en efecto, el fin moralizador explícitamente propuesto por el historiador a sus lectores, esto es poner de relieve el contraste entre las trágicas condiciones de vida de la época de la república tardía y la felicidad de los tiempos en los que vivieron el historiador y sus lectores. Apiano, fiel admirador de la monarquía y el imperio, contrapone el último período de la época republicana como época de licencia, crueldad y barbarie con la época imperial iniciada con Augusto, el último eslabón de aquella etapa y el iniciador de esta otra nueva. Ello le lleva a modificar o adaptar aquellas fuentes que utilizó para los libros II al V de

---

<sup>26</sup> *Ob. cit.*, págs. 220 y sigs.

las Guerras Civiles y que mostraban un carácter claramente filorrepublicano.

En otros libros, tales como el *Sobre Iberia*, se puede apreciar el contraste entre fuentes tendenciosamente favorables a la causa romana y otras, tal vez griegas, más objetivas. Apiano sigue a éstas en ocasiones, sobre todo en lo concerniente al pugilato entre Roma y Cartago en Iberia e, incluso, no siente reparo en destacar el comportamiento deshonesto y cruel de muchos generales romanos en su lucha con los indígenas, frente a otras fuentes claramente favorables a Escipión y sus amigos que pretenden enmascarar o endulzar tales hechos.

De lo dicho hasta ahora se deduce con facilidad que Apiano no es un historiador que teorice sobre la historia en sí o haga una historia filosófica, sino un artesano más o menos hábil e instruido que recopila y compendia una extensa cantidad de datos con unos fines concretos y desde una perspectiva ética y política que aflora en algunos lugares de su obra. De ahí que, a nuestro juicio, términos tales como *aitía alēthēs*, *próphasis tò phanerón* y *arkhē*, que utiliza, por ejemplo, al analizar los móviles que indujeron a Aníbal a invadir Italia (véanse *Ib.* 10; *An.* 1 y 3), hay que entenderlos como una terminología al uso dentro de la tradición historiográfica y no como manifestación refleja del principio de causalidad.

Merecen destacarse entre el conjunto de libros que integran su obra histórica, aquellos relativos a las Guerras Civiles y, en especial, el libro I, en cuyos capítulos de introducción a las mismas afirma el autor cómo la *homónoia* y la *eutaxía* de la época imperial son consecuencia de todo el período de luchas civiles precedente, que arranca de la tragedia de los hermanos Gracos y va al unísono con la monarquía nacida del poder militar de esta etapa de revueltas. Interesante resulta

lo referente a la cuestión agraria y, en general, todo el contenido de este libro, por ser testimonio fundamental para esta etapa de la historia de Roma. No obstante, hay muchas otras partes importantes y estimables en su obra. Sobre todo, aquellos sucesos para los que Apiano es fuente principal o exclusiva, así, por ejemplo, en la narración de las guerras celtíbero-lusitanas y su episodio final de la toma de Numancia (*Ib.* 44-99). De indudable valor es la historia de la tercera guerra púnica descrita en su libro *Sobre Africa* y, en especial, lo referente al asedio y destrucción de Cartago, hecho para el que también Apiano es nuestra fuente principal. A estas partes de su obra que presentan un relato continuado y valioso por distintos motivos habría que añadir aquellos otros datos aislados, algunos de interés particular para nosotros, como la fundación de Itálica por Escipión (*Ib.* 38), etc.

Una característica a reseñar en su historia es el gusto por relatar multitud de estratagemas de las que se servían los generales o caudillos en sus operaciones militares, de ellas están llenos los libros *Sobre Iberia* o *La guerra de Aníbal* (la batalla de Cannas, por ejemplo, la reduce Apiano a la combinación, por parte de Aníbal, de cuatro estratagemas diferentes). Este aspecto de su historia ha sido también objeto de censura por parte de la crítica moderna, que ha querido ver en ello un tono novelesco y de invención. Sin embargo, es posible que en muchos casos esta crítica venga motivada por la ausencia de las mismas en otras fuentes tenidas por mucho más valiosas, como ocurre, por ejemplo, en el caso de Cannas, donde Polibio no las menciona, y no porque el relato de Apiano resulte de por sí increíble o inverosímil. Al contrario, creemos que con frecuencia son perfectamente posibles y, tal vez, acordes con la genialidad e idiosincrasia de sus autores, Viriato, Aníbal, etc.

Abundan también en su historia las hazañas y gestas individuales en las que se muestra a los distintos protagonistas como auténticos motores y artífices del acontecer histórico. En este hecho hemos de ver, sin duda, un reflejo del gusto por el factor individual en la historiografía helenística, a la que pertenecen algunas de sus fuentes, y de otros autores de la época imperial y de la analística romana.

La obra de Apiano está llena, por lo demás, de toda clase de defectos, tales como adulteraciones, falta de exactitud en los detalles, ausencia de rigor cronológico, geográfico, etc. Algunos de estos errores o defectos podrían explicarse por el carácter sintético de su historia, que redundaba en detrimento de una mayor abundancia de datos y una mejor ligazón y explicación de los mismos. En lo que hace a la datación de los sucesos históricos, él mismo, en el *Prólogo* (cap. 13), dice: «me pareció superfluo dar la fecha de todos los hechos y sólo mencionaré la de los más importantes», mostrando con ello un cierto desinterés por estas cuestiones. De otro lado, los errores cronológicos y geográficos, las cifras exageradas o distorsionadas, aunque a veces puedan ser intencionadas o imputables a él, en otras muchas habría que atribuírselas a sus fuentes. Y, en general, esto es una constante entre los historiadores del mundo antiguo, y ni siquiera los más grandes se han visto libres de ellos. Las condiciones de trabajo, el acceso a las fuentes, los criterios y el método seguido podrían explicarnos muchos otros defectos.

Por todo ello, creemos que, a veces, ha sido excesivo el rigor con el que se ha censurado a Apiano, rigor que ha llevado a imputarle y tener como suyos todos aquellos pasajes carentes de valor o donde se distorsiona la realidad de los hechos, y en cambio, a omitir su nombre, aunque sea su relato el único conservado, en otros de valía indudable, atribuyéndolos sin más al mérito

de su fuente, sea ésta Polibio, Livio o cualquier otro, como más de una vez se ha hecho. Diremos, para concluir este apartado, que una justa adecuación y conformidad con la realidad histórica era algo naturalmente necesario y exigible, pero, en general, lo que el historiador antiguo pretendía con su obra era, entre otros objetivos, el crear una escenografía adecuada en la que pudiera exponer los hechos a la luz de las ideas políticas y los principios éticos que él sustentaba. Y aunque ello no se vea, en ocasiones, con demasiada nitidez en el caso de Apiano, no es ajeno a esta perspectiva y puede resultar, desde ella, tan válido como muchos otros.

Otro aspecto de su obra al que debemos referirnos es el relativo a los discursos que se contienen en ella. Este hecho, por lo demás, es una constante en la historiografía greco-latina. Los historiadores griegos y romanos de las épocas más dispares han gustado de insertar discursos que jalonan el desarrollo de los acontecimientos. La variedad y calidad de los mismos varía, como se sabe, de un autor a otro y, en especial, es diferente también la función que desempeñan en el plan general de la obra. En Apiano, sin que abunden en exceso como es el caso de Livio, por ejemplo, hay bastantes muestras de ellos en el transcurso de su obra, sobre todo en los libros de las Guerras Civiles, y constituyen, junto con otras partes de su relato histórico, desde un punto de vista estilístico, lo más valioso de su historia. En algunos de sus discursos se puede apreciar un cierto artificio y efectismo retórico en la línea de la oratoria liviana y de la analística. Con ello no queremos decir que exista sólo un ropaje formal y vaciedad de contenido, que se trate, en suma, de meros pastiches sin conexión con la realidad circundante. Precisamente en las piezas oratorias que se encuentran en los libros de las Guerras Civiles cabe apreciar una clara

intencionalidad al servicio de la óptica bajo la que trata el historiador los acontecimientos que narra, así sucede, por ejemplo, en el gran debate que se abre en la cámara senatorial (cf. III 45 ss.), en donde Pisón defiende a Antonio y se puede palpar un sentimiento de hostilidad claro de Apiano hacia Cicerón, etc. Quizás la perfección formal que alcanza en algunas de estas intervenciones retóricas, en contraste con el tono ramplón y monótono de muchas otras partes de su obra, se deba, entre otras razones, bien a la calidad de la fuente y fidelidad a la misma, o a su experiencia práctica y cotidiana en tareas forenses, lo que debió de hacerle conocedor de los variados recursos de la retórica.

Su estilo, en general, es claro y sencillo, no hace gala de ningún tipo de pretensión literaria u ornamental, resulta, por el contrario, un tanto aburrido y pedestre. A veces suele contagiarse del carácter sintético del contenido y adquiere una concisión y laconismo que lo asemejan a breves apuntes de un diario de campaña. Con todo, hay momentos en los que su prosa cobra una rara vitalidad teñida de dramatismo que atrae al lector, pero son las excepciones. Aunque no cabe apreciar en él una clara influencia aticista, pese a lo que cabía esperar dado la época en que vive, sí hay rasgos, a mi juicio, que habría que atribuírselos al aticismo. Entre ellos señalaré dos: el uso del dual, ya perdido totalmente del habla cotidiana por esta época y el uso abundantísimo del optativo, especialmente en oraciones subordinadas en las que había sido relegado con fecha muy anterior, así, en las oraciones finales y en las completivas de temor, aunque aparece en casi la totalidad de usos y oraciones de época clásica. Si se compara, en este aspecto, con Polibio, Diodoro o cualquier otro autor de su tiempo claramente no aticista, la diferencia es notable. Es de destacar también, aunque este rasgo sea pertinente a muchos autores griegos, el uso abundante

de participios que se yuxtaponen alargando los períodos en exceso, con ausencia de nexos subordinativos que dejan las frases un tanto sueltas.

En resumen, Apiano no fue un historiador nato, sino un funcionario que se aplicó, al final de su vida, al quehacer histórico, impulsado, tal vez, por su admiración y gratitud para con la gran nación, un imperio en su época, que lo había recompensado con un puesto de favor. Su historia está plagada de defectos, ya esbozados anteriormente, lo que hace que deba ser utilizado con suma cautela. Sin embargo, por la gran cantidad de datos que su obra contiene, por la importancia del período histórico que abarca y por el hecho de que, a veces, sea la única fuente o la más completa de las conservadas, se le debe tener en cuenta.

## 2. *El texto de la «Historia Romana»*

La relación más completa que ha llegado hasta nosotros de la obra histórica de Apiano es la de Focio, patriarca de Constantinopla, que murió en el año 891 de nuestra Era. Él escribió una enciclopedia de literatura titulada *Biblioteca* (o *Miriobiblon*), que contenía, en 280 capítulos con numerosos extractos, datos relativos a 280 autores cuyas obras existían aún. Parece que tuvo ante sus ojos un ejemplar completo de la *Historia Romana* de Apiano. En su obra (*Bibliot.* 57) enumera veinticuatro libros de la historia de Apiano<sup>27</sup>.

---

<sup>27</sup> Las otras relaciones son del propio Apiano en su *Prólogo* (cap. 14) y de dos Anónimos (cf. la edición de SCHWEIGHÄUSER, vol. III, págs. 10 y sigs., y también la de Mendelsshon, *Prefacio*, pág. VII). Como Apiano, al detallar en el *Prólogo* los diversos libros de su obra, no menciona todos los que aparecen en la relación completa de Focio, cabe pensar que aquél fue compuesto antes de que hubiera terminado de escribir la totalidad de su obra. De otro lado, parece que Apiano no llegó

Una obra tan extensa y variada, todavía en época bizantina, era lógico que sufriera serios avatares en el curso de su transmisión. Las razones pueden ser de muy diverso tipo, pero cabría citar entre otras que hubo una serie de libros que, tal vez en razón a que se sintieron de mayor importancia que el resto, fueron seleccionados y difundidos, y que otros, al estar recogidos fragmentariamente en base a argumentos específicos y similares en *Excerpta* de época bizantina, se transmitieron de este modo perdiéndose el contenido restante. Finalmente hubo otro grupo que se perdió casi en su totalidad, hecho quizás debido al puro azar de la transmisión.

Dividiremos este análisis sucinto de la historia del texto en dos grandes apartados: uno dedicado a la tradición manuscrita, y el otro, a las ediciones y traducciones de su obra.

#### A) LA TRADICIÓN MANUSCRITA DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

La fuente principal para el conocimiento del texto de Apiano es la tradición manuscrita, ya que las citas en otros autores carecen de importancia al no haber tenido apenas repercusión su obra.

Se pueden establecer tres grandes grupos: los manuscritos que contienen aquellos libros conservados en su totalidad, los manuscritos que contienen los fragmentos de otros libros recogidos en los *Excerpta* bizantinos y, finalmente, los manuscritos del *Suda*.

Los libros conservados completos son, además del *Prólogo*, los siguientes: *Sobre Iberia*, *La guerra de*

---

nunca a escribir el libro sobre economía civil y militar de Roma (cf. *Pról.* 15) que promete como broche de su historia. Scheweighäuser piensa que podía haber un argumento de este libro en la *Hecatontecia*.

*Aníbal, Sobre Africa, Sobre Iliria, Sobre Siria, Sobre Mitrídates* y los cinco libros de *Las Guerras Civiles*. Hay que incluir también en esta primera relación un *Epítome del libro «La historia de la Galia»*.

Los manuscritos que recogen este primer bloque de libros son relativamente numerosos y sólo citaremos los principales<sup>28</sup>. El más antiguo de todos es el *Vaticanus gr. 141 (V)*, de los siglos XI y XII; el *Marcianus gr. 387 (B)*, que data de 1440 d. C.; el *Vaticanus gr. 134 (V, J en Dilts)*, del siglo XV; el *Vaticanus Pii II gr. 37 (D)*, del siglo XV; el *Laurentianus 70.5 (1)*, del siglo XV; el *Parisinus gr. 1672 (F)*, de principios del siglo XIV, y el *Parisinus gr. 1642 (E)*, del siglo XV.

De todos estos manuscritos detenta la primacía indiscutible el *Vat. gr. 141*, que contiene el *Prólogo*, el *Epítome del libro «La historia de la Galia»* (ambas partes, del siglo XII), el libro *Sobre Iberia*, el de *La guerra de Aníbal* y *Sobre Africa* (estos últimos, del siglo XI). El manuscrito *Laurentianus LXX.26*, que contiene el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal* así como el manuscrito que manejó Enrique Estéfano para su edición de estos libros en 1557 dependen del anterior, según vio ya Mendelsshon en su edición y recogen Viereck y Roos en la suya<sup>29</sup>. Respecto al *Prólogo*, Viereck y Roos piensan que hay que mirar también los

---

<sup>28</sup> Para una relación completa, así como para el contenido de cada manuscrito, se pueden consultar VIERECK, 1962, Prefacio, págs. XXXII-XXXIII, y M. R. DILTS, «The manuscripts of Appian's *Historia Romana*», *Rev. d'Hist. Text.* 1 (1971), 49-71. Adoptamos, para los manuscritos, las siglas de la edición de VIERECK, 1962, y las de la edición de DILTS en aquellos otros que no colaciona Viereck.

<sup>29</sup> Prefacio, pág. XIII. Sobre los manuscritos que contienen el libro *Sobre Iberia* y el de *La guerra de Aníbal*, Dilts anuncia, en el artículo citado, un nuevo trabajo (cf. pág. 49, n. 2) que no hemos encontrado publicado, pero ratifica la supremacía del *Vaticanus gr. 141* sobre todos ellos.

manuscritos de la familia (O) y los utilizados por Cándido Decembrio (C), ya que éstos serían irreductibles a aquél<sup>30</sup>. En cambio, P. Maas<sup>31</sup> en su reseña a la edición de Viereck y Roos no considera sostenibles las razones aducidas por los anteriores para tal afirmación, ni tampoco Dilts en el artículo citado.

Los restantes manuscritos de este primer grupo se dividen en dos familias: la familia (O) y la familia (i). Esta división se debe a Mendelsshon<sup>32</sup> y hoy se acepta plenamente. Error de este último fue, no obstante, considerar el manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) como manuscrito primario de la familia (O), pero esto fue subsanado por Viereck en su edición, de 1905, de los libros de *Las Guerras Civiles*. Hoy ha quedado establecido que este manuscrito (A) desciende del primario *Marcianus* gr. 387 (B), y Dilts precisa que a través del *Vaticanus* gr. 1612 (K), pues presenta errores extraños a la familia (O), y que tienen su base en el manuscrito *Escorialensis* T. II.4 (143) (n) perteneciente a la familia (i). Los manuscritos primarios para la familia (O) serían, pues, a juicio de Dilts, el B, D y J (V.134 en Viereck y Roos).

Diferencia importante existe entre Viereck-Roos y Dilts respecto a los manuscritos F, E y L (*Vossianus miscellaneus* 7), pues aquéllos los consideran pertenecientes a la familia (O)<sup>33</sup>, en tanto que éste los considera pertenecientes a (i)<sup>34</sup>. Para Dilts, además, los manuscritos F, E son, junto con I, los tres manuscritos primarios de la familia (i), pero con la diferencia de

<sup>30</sup> Véase *Prefacio*, pág. XIII.

<sup>31</sup> *En Jour. Rom. Stud.* 38 (1948), 144, n. 1. Sin embargo, las observaciones de Maas en la citada reseña no conciernen al texto de las *Guerras Civiles*.

<sup>32</sup> «*Questiones Appianeae*», *Rhein. Muse.* 31 (1876), 201-218.

<sup>33</sup> Cf. *Prefacio*, pág. XV.

<sup>34</sup> Cf. *art. cit.*, págs. 50, 61 y 62.

que l derivaría directamente del arquetipo (i), y F, E derivarían de (i) a través de un hiparquetipo (Z) hoy perdido, del que provienen independientemente. Diferencia sustancial también entre Viereck-Roos y Dilts es el hecho de que los primeros ignoran l y hacen derivar lecturas de la familia (i) de manuscritos tales como el *Parisinus gr.* 1681 (a), *Parisinus gr.* 1682 (b), *Laurentianus* LXX.33 (f) o *Vratislavensis Rhedigeranus* 14 (d), apógrafos de l, según Dilts, los dos últimos y de los que, a su vez, dependen a, b directa o indirectamente.

Schweighäuser favoreció la familia de manuscritos (O), pues consideró al manuscrito A como el mejor y este error lo compartió Mendelsshon, como dijimos antes, y aunque fue subsanado por Viereck, sin embargo, tanto éste como Roos encuentran de más valor los manuscritos de la clase (O), «*primarii generis (O)*»<sup>35</sup> los llaman, que los de la clase (i), «*deteriorii generis (i)*»<sup>36</sup>.

Queda hacer un breve referencia, dentro de este primer grupo, a los manuscritos utilizados por Cándido Decembrio para su versión latina de Apiano en dos volúmenes. Viereck y Roos los signan como (C) y los tienen por inferiores a (O) observando que hay en ellos lecturas que se apartan de (O) e, incluso, lagunas no existentes en (O) e (i)<sup>37</sup>. Según Dilts<sup>38</sup>, las copias de los manuscritos d, f fueron las que Cándido tomó de la Biblioteca de San Marcos el 7 de diciembre de 1450<sup>39</sup>.

<sup>35</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIV y XV.

<sup>36</sup> *Ibid.*, pág. XVI. Sin embargo, véase la crítica que hace, al respecto, Oldfather en *Amer. Jour. Philo.* 63 (1942), pág. 486.

<sup>37</sup> Cf., para más detalles, *Prefacio*, págs. XV y XVI.

<sup>38</sup> *Art. cit.*, págs. 55 y 56.

<sup>39</sup> Véase recientemente, sobre este particular, A. KORANYI, *The manuscripts of Pier Candido Decembrio's Latin translation of Appian's «Historia Romana»*, tesis doct., Universidad de Nueva York, 1975.

El segundo grupo de manuscritos, distinto por su origen y contenido, está integrado por aquellos que recogen las recopilaciones bizantinas a partir de obras de historiadores antiguos realizadas por orden del emperador Constantino Porfirogéneta (912 a 959 d. C.). Estas recopilaciones o extractos aglutinaban, bajo títulos diversos, cada uno correspondiente a un tema determinado, pasajes procedentes de autores varios pero relacionables en función de dicho tema. De los títulos conservados, los que tienen interés para Apiano son tres: *De legationibus (Romanorum y gentium)*, *De uirtutibus et uitiis*, y *De sententiis*<sup>40</sup>. En general a estos *Excerpta* se les conoce como *Excerpta Constantiniana*.

Los *Excerpta de legationibus* se han conservado en un número bastante considerable de manuscritos de fines del siglo XVI, todos los cuales, no obstante, dependen del viejo manuscrito *Escorialensis* destruido en un incendio en 1671<sup>41</sup>.

Los *Excerpta de uirtutibus et uitiis* y los *Excerpta de sententiis* están conservados en manuscritos únicos, los primeros en el *Turonensis* C 980 (P) (antes *Peirescianus*) del siglo XI, y los segundos en el *Vaticanus* gr. 73 rescriptus (Z) del siglo X u XI.

Los *Excerpta* recogen fragmentos de los libros siguientes: *Sobre la realeza*, *Sobre Italia*, *El libro samnita*, *Sobre la Galia*, *Sobre Sicilia* (todos ellos perdidos),

---

<sup>40</sup> Aunque el original era griego, doy el equivalente latino por motivos de edición. Para los *Excerpta*, hay que recurrir a la edición magistral de U. Ph. BOISSEVAIN, C. DE BOOR, Th. BÜTTNER-WOBST y A. G. ROOS, *Excerpta Historica iussu Imp. Constantini Porphyrogeniti confecta*, vols. I-IV, Berlín, 1903-1906. Los fragmentos de los *Excerpta* de la presente traducción están citados por dicha edición siguiendo a la teubneriana.

<sup>41</sup> Cf. VIBRECK, 1962, *Prefacio*, pág. XVII, y en general, para los manuscritos de los *Excerpta*, las págs. XXXII-XXXIII, donde remite a los lugares concretos de la edición de BOISSEVAIN en los que se da cuenta de cada manuscrito.

y de los libros *Sobre Numidia*, y *Sobre Macedonia* (también perdidos) que debieron formar parte de los libros *Sobre Africa* y *Sobre Iliria* respectivamente, bien como apéndices o de forma independiente y, como dijimos, estos últimos se han conservado<sup>42</sup>. Para los libros perdidos constituyen, por tanto, los *Excerpta* una fuente básica y exclusiva, y de ahí también la importancia de los manuscritos que los contienen. En cambio, para los libros *La guerra de Aníbal*, *Sobre Iberia* y *Sobre Africa*, de los que existen además fragmentos en los *Excerpta*, al haber una tradición manuscrita paralela que los transmitió enteros, su importancia decrece. Sin embargo, hay que contar con ellos, sobre todo en aquellas lecturas que discrepando de la otra tradición manuscrita puedan deberse a manuscritos utilizados por los compiladores de los *Excerpta*. De otro lado hay que tener en cuenta que la tradición manuscrita de los *Excerpta* trabaja sobre un material en sí ya limitado, dado el carácter de resumen, de recopilación de temas varios cuales fueron los *Excerpta Constantiniana*, y dado que, a su vez, los propios escribas en muchas ocasiones no transmitieron con fidelidad el texto de los *Excerpta*, sino que introdujeron modificaciones, omitieron partes e, incluso, condensaron aún más el propio texto de éstos, contagiados tal vez por el carácter extractado del original.

Es posible que los excerptores de Constantino sólo tuvieran presente un volumen de la totalidad de la obra de Apiano que contenía los nueve primeros libros, pues no hay rastro en ellos del resto de los libros conservados ni del resto de los perdidos.

El último grupo de manuscritos lo constituyen aquellos que transmiten las glosas históricas del *Suda*, que, al parecer, pudieron haber sido tomadas de los *Ex-*

---

<sup>42</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. VI y n. 2, 3.

*cerpta*, y hay que tenerlo en cuenta, por consiguiente, junto con los manuscritos de aquéllas. Los manuscritos del *Suda* son: *Parisini* 2625 y 2626 (A), *Bruxellensis* 59 (E), *Angelicanus* 75 (I) y *Vossianus bibl. Lugdunensis* 2 (V). También cabe encontrar en ellos errores, omisiones, compendios o modificaciones imputables al *Suda*, pero hay muchos pasajes de los libros transmitidos de manera fragmentaria que aparecen tan sólo en él. Quedan por citar otros vestigios de la obra de Apiano, de importancia muy inferior a los mencionados con anterioridad<sup>43</sup>. Así, dos fragmentos, uno del libro veinticuatro *Sobre Arabia*, ya mencionado antes en esta Introducción, y otro, inserto en el libro *Sobre la realeza*, acerca de Rómulo y Remo<sup>44</sup>. De otra parte, Gemistio Plethon, un compilador tardío, tiene un amplísimo resumen de ciertas partes del libro *Sobre Siria* al que Viereck y Roos confieren un valor notable en su edición. Un número considerable de fragmentos, pero de extensión brevísima, conservó el *Léxicon perì syntáxeos* a partir del manuscrito *Cosliniano* 345 editado por Bekker en el año 1814 en *Anecdotis Graecis*, vol. I, págs. 117 ss. Por último, Zonaras menciona dos veces a Apiano (véanse frags. 17 y 18 de la edición de Viereck y Roos, página 534).

Los libros perdidos totalmente, según la relación completa que da Mendelsshon de los libros de la *Historia Romana* de Apiano, habida cuenta de las relaciones del propio Apiano, de Focio y de los dos Anónimos de Schweighäuser, serían: *Sobre la Hélade y la Jonia*,

---

<sup>43</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, págs. XIX-XX. Para el *Suda*, véase la edición de ADA ADLER, Leipzig, Teubner, 1928-1938. Las citas del *Suda* en los fragmentos procedentes de aquél están tomadas de Viereck, que sigue la edición de ADLER.

<sup>44</sup> Cf. VIERECK, 1962, *Prefacio*, pág. XX.

cuatro libros *Sobre Egipto*, *La Hecatontecia*, *Sobre la Dacia*, y el libro *Sobre Arabia*<sup>45</sup>.

B) EDICIONES DE LA «HISTORIA ROMANA» DE APIANO.

a) *De los libros completos.*

La primera edición del texto griego de Apiano la llevó a cabo, en 1551, Carlos Estéfano, que publicó en París una *Editio Appiani* que comprendía el *Prólogo*, el *Epítome del libro de la Galia*, el libro *Sobre Africa*, un fragmento del libro *Sobre Iliria*, el libro *Sobre Siria*, el libro *Sobre Mitridates*, y los cinco libros de las *Gueras Civiles*, dispuestos según este orden. Se sirvió, para su edición, de los manuscritos *Parisinus* 1681 (a) y *Parisinus* 1682 (b).

En el año 1557, Enrique Estéfano publicó en Génova los libros omitidos por Carlos, a saber el libro *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, junto con fragmentos de Ctesias, Agatárquides y Memnón. Utilizó, para ello, un modelo muy deficiente que había recibido de Arnaldo Arlenio con motivo de un viaje a Italia.

En el año 1592, Enrique Estéfano publicó en Génova otra *Editio Appiani* para la que utilizó su edición de 1557 de los libros *Sobre Iberia* y *La guerra de Aníbal*, y los demás libros los tomó de la edición de Carlos Estéfano, de 1551, sin tener en cuenta otros testimonios, lo que hizo que para el libro *Sobre Iliria* se sirviera sólo de un fragmento conservado en la familia (i) de los deterioros. David Hoeschelio, en 1599, publicó una *Editio Appiani Illyricorum* a partir del manuscrito *Monacensis* gr. 374 (A) (en otro tiempo *Augustanus*). Carece de valor la *Editio Appiani* de Alejandro Tolio de 1670 que nada añade a las de Ursino y Hoeschelio.

<sup>45</sup> Para más detalles, VJERECK, 1962, *Prefacio*, págs. VI y VII, con notas.

Una edición importante, exponente claro de la labor filológica del siglo XVIII, fue la de J. Schweighäuser, *Appiani Alexandrini Romanorum historiarum quae supersunt*, 3 vols., Leipzig, 1785. En ella cita trece manuscritos que él examinó o conoció a través de colaciones hechas por otros. Utilizó los manuscritos *Parisini* 1681 (a) y 1682 (b) (en su edición *Reg. A* y *B*, respectivamente), ya utilizados por Carlos Estéfano, pero que volvió a revisar con todo cuidado. También se sirvió de otros manuscritos, hoy considerados de la clase (i), así como del manuscrito más antiguo, el *Vaticanus gr. 141* (V), si bien no lo manejó personalmente, y de otros pertenecientes a la clase (O) tales como el *Monacensis gr. 374* (A), *Marcianus gr. 387* (B), *Vaticanus gr. 134* (V en Viereck-Roos, J en Dilts), *Parisinus gr. 1642* (E, *Reg. C* en Schweighäuser, y atribuido a (i) por Dilts), etc. Sin embargo, con todo lo que supuso esta edición, contribuyó poco a una investigación sistemática de los manuscritos. En efecto, ya reseñamos la no utilización directa del manuscrito más antiguo V 141, a lo que se podría añadir que el B, manuscrito primario de (O) lo conoció a través de una colación malísima hecha por Paulo Blessingio Ulmenso, lo cual hizo que considerara a A primario de (O), error ya antes señalado, y no a B como hoy está establecido, etc.

A la edición de Schweighäuser siguieron las de Teucher (Lemgo, 1796-1797), Schaefer (Leipzig, 1929), Fr. Dübner en la *Bibliotheca Didotiana* (París, 1840) y Bekker en la Teubner (Leipzig, 1852-1853), estas últimas más valiosas que las anteriores.

Sin embargo, el primer estudio verdaderamente crítico estuvo a cargo de L. Mendelsshon. Fue él quien en sus *Questiones Appianeae* y en su edición *Appiani Historia Romana*, 2 vols., Leipzig, 1879-1881, dio un paso definitivo para el establecimiento del texto de Apiano

y de su tradición manuscrita. Y de él dependen, en buena parte, las ediciones posteriores.

J. L. Strachan-Davidson editó *Appian Civil Wars: Book I with notes and map*, en Oxford, At Clarendon Press, 1902. Otras ediciones modernas son las de L. Mendelsshon y P. Viereck, *Appiani Historia Romana*, vol. II, Leipzig, 1905, en la Teubner, que sólo comprendía los libros de las *Guerras Civiles*. El resto de la obra fue publicado por P. Viereck y A. G. Roos, *Appiani Historia Romana*, vol. I, Leipzig, 1939, en la Teubner, contenía un índice de nombres preparado por J. E. Niejenhuis que ha sido suprimido de la reimpresión de este volumen, en 1962, corregida por Gabba, para añadirlo al segundo volumen que él mismo prepara.

H. White publicó la *Appian's Roman History*, con traducción al inglés, en cuatro volúmenes, en la Loeb Classical Library, 1912/1913 (reimp. hasta 1964).

E. Gabba editó *Bellorum civilium liber primus* con Introducción, comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1958 (2.<sup>a</sup> ed. 1967). Y, por último, este mismo autor publicó la edición de *Bellorum civilium liber quintus*, con comentario y traducción en la *Bibliote. di Studi Super.*, Florencia, 1970.

#### b) Ediciones de los «*Excerpta Constantiniana*».

Hemos puesto en un grupo aparte las ediciones de los *Excerpta*, que ampliaron el texto de Apiano según expusimos antes.

Fulvio Ursino, en 1582, editó en Amberes los *Excerpta de legationibus* en una obra titulada *Ex libris Polybii selecta de legationibus et alia*. Los manuscritos de los que hizo uso fueron el *Vaticanus gr.* 1418 (V) y el *Neapolitanus* III, B 15 (N).

Con posterioridad, en el año 1630, Enrique de Valois publicó en París los *Excerpta de uirtutibus et uitiiis*, a

partir del manuscrito *Peirescianus* (P), que había recibido de Nicolás Peirescio, hoy *Turonensis* C 980<sup>46</sup>.

Los *Excerpta de sententiis*, tercero y último de los títulos de los *Excerpta Constantiniana* que contenían fragmentos de la historia de Apiano, fueron publicados en Roma, en 1827, por Angel Mai<sup>47</sup>, y algunos fragmentos de esta edición fueron insertados por Dübner y Bekker en sus respectivas ediciones<sup>48</sup>.

La edición más importante, completa y moderna de los *Excerpta* es la de Boissevain, Boor, Büttner-Wobst y Roos<sup>49</sup>.

### c) Traducciones.

La primera versión de la obra de Apiano es la que realizó, en latín, Pedro Cándido Decembrio en 1452. Comprendía dos volúmenes: el primero de ellos con el *Prólogo*, los libros *Sobre África*, *Sobre Siria* y *Sobre Mitrídates*; el otro contenía los cinco libros de las *Guerras Civiles*, el libro *Sobre Iliria* íntegro, y el *Epítome del libro «Sobre la Galia»*.

Cecilio Secundo Curio editó en Basilea, en 1554, con una traducción incorporada del libro *Sobre Iberia* hecha por él mismo, la excelente versión latina de la edición de Carlos Estéfano realizada por Segismundo Gelenio y que éste no pudo publicar por sobrevenirle la muerte. M. Mastrofini publicó en Milán, en 1830, una traducción italiana de Apiano, que sólo conozco de referencia. La

<sup>46</sup> Su título completo era *Polybii, Diodori Siculi, Nicolai Damasceni, Dionysii Halicarnasensis, Appiani Alexandrini, Diodori et Ioannis Antiocheni excerpta ex collectaneis Constantini Augusti Porphyrogenetae*, París, 1634.

<sup>47</sup> El título de la misma era *Scriptorum ueterum noua collectio e Vaticanis*, edita ab Angelo Maio, Roma, 1827.

<sup>48</sup> En 1830, J. LUCHT publicó *Polybii et Appiani Historiarum Excerpta Vaticana* en Altona.

<sup>49</sup> Cf. nota 40 a esta Introducción.

edición de la Didot contiene también una traducción latina.

Entre las traducciones modernas en lengua extranjera se cuentan las de los libros I y V de las *Guerras Civiles*, por Gabba, autor que conoce en profundidad esta parte de la obra histórica de Apiano. Cabe destacar la traducción inglesa de H. White, de gran calidad en su conjunto, aunque a veces cuida más el estilo que la fidelidad al texto.

En castellano no conozco ninguna traducción, salvo la fragmentaria, y reducida al libro *Sobre Iberia*, de las *Fontes Hispaniae Antiquae*, vol. III, a cargo de P. Bosch Gimpera, y vol. IV, por P. Bosch Gimpera y L. Pericot (publicada en Barcelona, en 1935 y 1937, respectivamente). Brevísimos fragmentos de las *Guerras Civiles*, los relativos a Iberia, se encuentran en el vol. V<sup>50</sup>.

La presente versión de Apiano pretende ser fiel al texto griego, de acuerdo con las normas de esta editorial. Para ello, me he visto obligado a sacrificar, en bastantes ocasiones, una prosa más elegante y un mejor estilo en función de la máxima fidelidad al original. La monotonía y escasa pretensión literaria que puede apreciarse en la versión castellana reproduce, a nuestro juicio, la constante general del estilo del autor que, salvo casos esporádicos, resulta, como dijimos, bastante mediocre desde una perspectiva estilística. Hemos tenido presente la edición de H. White (reimp. 1964), cuya numeración en general reproducimos, y la de P. Viereck y A. G. Roos (reimp. de 1962), de la que tomamos las referencias más explícitas de los *Excerpta* y el fragmento de Rómulo y Remo, en el libro *De la realeza*, que no aparece en la edición de White.

---

<sup>50</sup> Para más detalles sobre traducciones a otras lenguas modernas, como el ruso, y sobre otros traductores italianos, véase E. GABBA, *Bellorum civilium liber primus*, a. cit., págs. XL-XLI de la Introd.

## BIBLIOGRAFÍA

La bibliografía existente sobre Apiano no es demasiado amplia, al menos no tanto como para otros historiadores griegos, y gran parte de la misma consiste en artículos de revista sobre partes más o menos extensas de su obra y en torno al problema de las fuentes. Hay que decir, además, que buena parte de esta bibliografía toca a Apiano de manera, en cierto modo, indirecta, pues versa sobre la tradición literaria y el problema de las fuentes en otros autores griegos y latinos, en especial Livio y un sector de la analística romana, por lo que es importante tener presente la bibliografía de esta área de la historiografía romana. En otros casos se trata de trabajos sobre cuestiones de tipo muy diverso y, en general, concreto, a la luz del testimonio de Apiano. En este apartado no vamos a repetir las ediciones de sus libros ni aquellos otros estudios mencionados a lo largo del presente volumen. Se trata tan sólo de una bibliografía seleccionada y, en su mayor parte, reciente. Para la bibliografía más antigua, se puede consultar la existente en la Introducción de Viereck, 1962, págs. 35-37, y para la más reciente, el capítulo (y apéndices) sobre los historiadores griegos a cargo de G. T. Griffith, en *Fifty Years (and twelve) of Classical Scholarship*, 2.<sup>a</sup> ed., 1968 (véase referencia exacta en nuestra Introducción, n. 9), y los grandes repertorios bibliográficos, como *L'Année Philologique*.

- G. BRUNO SUNSERI, «Sul presunto antiromanesimo di Timagene», *Studi E. Manni*, Roma, 1976, págs. 91-101.
- P. DESIDERI, «Posidonio e la guerra mitridatica», *Athenaeum* 51 (1973), 237-269.

- J. H. FORTLAGE, «Die Quellen zu Appians Darstellung der politischen Ziele des Tiberius Sempronius Gracchus», *Helikon* 11-12 (1971-1972), 166-191.
- H. G. GUNDEL, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos 147-139 a. C.», *Cesaraugusta* 31-32 (1968), 175-198.
- I. HAHN, «Appian und Hannibal», *Act. Ant. Hung.* 20 (1972), 95-121.
- , «Appians Darstellung der sullanischen Diktatur», *Act. clas. Debre.* 10-11 (1974-1975), 111-120.
- H. J. KUEHNE, «Appians historiographische Leistung», *Wiss. Zeits. Rostock* 18 (1969), 345-377.
- P. MELONI, *Il valore storico e le fonti del libro Macedonico di Apiano* (Ann. Fac. Let. Cagl. 22), Roma, 1955.
- A. MIGHELI, «Le Memorie di Augusto in Appiano», *Illyrica* 14-28», *Ann. Fac. Let. Cagl.* 21 (1953), 197 sigs.
- A. SCHULTEN, *Numantia. Die Ergebnisse der Ausgrabungen 1905-1912*, Band I: *Die Keltiberer und ihre Kriege mit Rom*, Munich, 1914; Band III: *Die Lager des Scipio* (en especial *Exkurs I: Die Quellen von Appians Iberica 1-43*), Munich, 1927.
- , «Viriatius» = *Viriato* [trad.], Santander, 1920.
- , *Geschichte von Numantia = Historia de Numancia* [trad. L. PERICOT], Barcelona, 1945.
- W. SOLTAU, «Zur Chronologie der hispanischen Feldzüge 212-206 a. C.», *Hermes* 26 (1891), 408-439.

## PRÓLOGO

### SINOPSIS

- 1-5. Límites del imperio romano.
6. Constitución de la república romana.
7. Conservación y engrandecimiento del imperio.
- 8-11. Comparación del imperio romano con otros grandes imperios.
- 12-14. Disposición de toda la obra.
15. Referencia de Apiano acerca de su persona.

Al comenzar a escribir la historia de Roma, he juzgado necesario establecer previamente los límites de todos aquellos pueblos sobre los que mandan los romanos. Y son los siguientes: en el océano, sobre la mayor parte de los britanos, después, al penetrar en nuestro mar a través de las columnas de Hércules y circunnavegarlo hasta estas mismas columnas, gobiernan sobre todas las islas y continentes que están a orillas de este mar. De entre éstos son los primeros por la derecha los mauritanos que habitan en torno al mar y todas las otras tribus africanas que se extienden hasta Cartago. Más allá de éstos se encuentran los nómadas, a los que los romanos llaman númidas y a su país Numidia, y otros africanos que habitan en torno a las Sirtes y se extienden hasta Cirene, la propia Ci- 1

rene, los marmáridas, los ammonios y aquellos que habitan junto al lago Mareotis; a continuación, la gran ciudad que Alejandro fundó en la frontera de Egipto, y el propio Egipto hasta los etíopes orientales, según se remonta el Nilo navegando, y hasta Pelusio, si se va por mar.

- 2 Si se cambia el curso de la navegación y se da un rodeo, se encuentra la Siria palestina, y detrás de ella, una parte de Arabia. En vecindad con los palestinos se hallan los fenicios de la costa, y al otro lado de los fenicios, la Celesiria y, desde el mar hasta el Éufrates, en el interior, se encuentran los habitantes de Palmira y el país arenoso de Palmira, que se extiende hasta el Éufrates, así como los cilicios, vecinos de los sirios, y los capadocios, limítrofes con los cilicios, una parte de los armenios, a los que llaman Armenia Menor; a lo largo del Ponto Euxino habitan otros pueblos, llamados comúnmente pónicos, que son vasallos de los romanos. Precisamente los sirios y cilicios miran hacia este mar, en cambio los armenios y capadocios se extienden en dirección a los pueblos del Ponto y, por el interior, hasta la llamada Armenia Mayor, que no es tributaria de los romanos, sino que ellos eligen a sus propios reyes. Descendiendo desde Capadocia y Cilicia hasta Jonia, se halla la gran Península. Está bañada, por la derecha, por el Ponto Euxino, la Propóntide, el Helesponto y el mar Egeo, y por la izquierda, por el mar Panfilio o Egipcio (pues de ambas formas se le llama) y hay en ella pueblos que miran al mar Egipcio, tales como los panfilios y los licios; detrás de éstos, la Caria, que se extiende hasta la Jonia, y otros, en cambio, dan al Euxino, la Propóntide y el Helesponto, tales como los gálatas, bitinios, misios y frigios, y en el interior se encuentran los pisidios y los lidios. Tantos son los pueblos que habitan la Península y en todos ellos mandan los romanos.

Si atravesamos el mar, también ejercen su dominio <sup>3</sup> sobre otros pueblos en torno al Ponto, a saber: los misios de Europa y los tracios que se encuentran en torno al Euxino. Después de la Jonia se halla el mar Egeo, el otro mar Jónico, el estrecho de Sicilia y el mar Tirreno hasta las columnas de Hércules. Tal es la distancia de Jonia hasta el océano y, a su vez, en este recorrido a lo largo de la costa, tantos son los pueblos vasallos de Roma: toda Grecia, Tesalia, los macedonios y todas las demás tribus vecinas, tracios, ilirios y pannonios, la misma Italia el país mayor de todos, que se extiende desde el mar Jónico, a lo largo de la mayor parte del Tirreno, hasta el país de los celtas a los que los romanos llaman galos, todas las tribus galas de las que unas miran a este mar, otras al mar del norte y otras habitan a lo largo del río Rin, toda Iberia y los celtíberos que habitan junto al mar del norte y el mar occidental y tienen como límite extremo las columnas de Hércules. Acerca de estos pueblos, y sobre cada uno en particular, daré referencias más exactas cuando mi relato se ocupe de cada cual, pero, por el momento, ya está dicho qué vastos límites abarca el imperio romano en lo que al mar respecta.

Si se va por tierra, sus límites serían la parte de <sup>4</sup> los mauritanos que está junto a los etíopes occidentales y toda aquella otra zona de África más tórrida y poblada de bestias salvajes que se extiende hasta Etiopía oriental. Éstos son los límites en África para los romanos. A su vez, los de Asia son, el río Éufrates, el monte Cáucaso, el reino de Armenia Mayor, los colcos que habitan junto al mar Euxino y los restantes pueblos de este mar. En Europa dos ríos fundamentalmente, el Rin y el Danubio, ponen límite al imperio de los romanos y, de éstos, el Rin va a desembocar en el mar del norte y el Danubio, en el Ponto Euxino. Sin embargo, al otro lado de estos ríos, también en cierta forma ejercen su

dominio sobre algunos celtas de la margen de allá del Rin y sobre los getas de allende el Danubio a los que llaman dacios. Éstos son los límites en tierra firme con la mayor exactitud a la que se puede llegar.

5 También están bajo la órbita de Roma todas las islas que se encuentran dentro de este mar: las Cícladas, Espóradas, islas Jónicas, Equínadas, islas del Tirreno, Baleares, las que, llamadas de modo diferente, se encuentran en torno a Libia, o en el mar Jónico, Egipto, Mirto y Sículo, y en muchas otras zonas de este mar designadas con nombres muy diversos, todas aquellas que los griegos llaman, para diferenciarlas, islas grandes, a saber: Chipre, Creta, Rodas, Lesbos, Eubea, Sicilia, Cerdeña y Córcega y cualquier otra de mayor o menor tamaño. Y atravesando el mar del norte hasta la Isla Británica, mayor que un gran continente, dominan la parte más importante de ella, más de la mitad, sin preocuparse del resto, ya que no les resulta provechosa ni siquiera la parte que poseen.

6 Con ser estos pueblos tantos y tan importantes por su magnitud, los romanos sólo consolidaron de manera firme su poder en la propia Italia tras quinientos años de penalidades y esfuerzos. La mitad de este período se gobernaron por medio de reyes y durante el tiempo restante, tras haber expulsado a los reyes y jurado no volver a aceptar jamás un poder real, implantaron la aristocracia y, desde ese momento, se gobiernan por magistrados elegidos anualmente. En especial a lo largo de los dos siglos que siguieron a ese período de quinientos años, su imperio creció sobremanera y llegaron a detentar un poderío foráneo inmenso, y fue entonces cuando trajeron bajo su dominio a la mayor parte de esos pueblos. Gayo César, aventajando en poder a sus contemporáneos, se hizo firmemente con el mando, lo consolidó y mantuvo la forma y el nombre del sistema político, pero se erigió a sí mismo como el único gober-

nante de todos. Y su forma de gobierno ha sido, hasta el presente, una monarquía a cuyos gobernantes no llaman reyes, según creo, por respeto al antiguo juramento, sino que los designan con el nombre de emperadores, que también era el nombre de los comandantes en jefe durante el tiempo de su mando, pero, de hecho, son reyes en todo.

Desde la instauración de los emperadores hasta nuestros días median casi otros doscientos años, en el transcurso de los cuales la ciudad ha sido objeto de gran embellecimiento, sus recursos aumentaron en grado máximo y, en medio de una paz duradera y segura, todas las cosas progresaron hacia un estado de prosperidad bien cimentado. Estos emperadores también anexionaron a su imperio a algunos pueblos y sometieron a otros que habían hecho defección. A pesar de que poseen lo mejor del mar y de la tierra, prefieren, en una palabra, conservar su imperio por medio de la prudencia a extenderlo de modo indefinido sobre tribus bárbaras, pobres y nada provechosas. De éstas he visto algunas embajadas en Roma que se ofrecían como vasallos, pero el emperador no quiso aceptar a unos hombres que no iban a ser útiles en absoluto. A otros pueblos, incontables por su número, les han proporcionado reyes sin someterlos a su imperio y, en algunos otros sometidos, se gastan más de lo que reciben de ellos, porque consideran una deshonra el rechazarlos, aun cuando les resultan gravosos. Han colocado en torno a su imperio grandes campamentos y custodian una extensión tan grande de tierra y de mar como si de una plaza fuerte se tratara.

Ningún imperio, hasta el presente, ha llegado a un grado tal de grandeza y duración. Pues, en lo que a Grecia atañe, ni siquiera si alguien contabilizara globalmente los distintos períodos de hegemonía de Atenas, Esparta y Tebas sucesivamente, desde la expedición mi-

litar de Darío, momento a partir del que más brilló su historia, hasta la hegemonía de Filipo, hijo de Amintas, sobre Grecia, parecerían muchos años. Y sus guerras estuvieron provocadas, no tanto por afanes de expansión, como por rivalidades mutuas, y las de mayor timbre de gloria fueron las sostenidas en defensa de la libertad frente a la agresión de otras potencias. Sin embargo, quienes de entre ellos navegaron contra Sicilia, con la esperanza de otra área de dominio, fracasaron, y si algún otro cruzó a Asia, tras obtener escasos resultados, retornó con toda rapidez. En una palabra, el poderío griego, aun luchando con ardor por la hegemonía, no logró consolidarse con firmeza fuera de los límites de Grecia y, temibles como fueron para mantener a su país sin conocer la esclavitud y la derrota, en cambio a partir de Filipo, hijo de Amintas, y de Alejandro el hijo de Filipo, en verdad que es mi opinión que su historia fue menos gloriosa e indigna de ellos mismos.

- 9 El imperio de Asia no admite siquiera comparación, ni por sus gestas ni su valor, con los países más pequeños de Europa, debido a la debilidad y cobardía de sus pueblos. Este hecho lo pondrá de relieve, también, el transcurso de mi historia. Pues los romanos sometieron en pocas batallas a todos los pueblos de Asia a los que todavía hoy dominan, y eso que los macedonios contribuyeron a su defensa, en tanto que se desgastaron hasta la extenuación en muchas ocasiones en su lucha por África y Europa. De otro lado, la duración de los imperios asirio, medo y persa, los tres imperios mayores hasta Alejandro el hijo de Filipo, considerada en conjunto, no llegaría a los novecientos años, tope al que han llegado los romanos en la época actual. En cuanto a las dimensiones de su imperio, pienso que ni siquiera llega a la mitad del de éstos, basándome en que el imperio romano se extiende desde el occidente

y el océano occidental hasta la cordillera del Cáucaso y el río Éufrates, hasta Etiopía interior a través de Egipto, y hasta el océano oriental a través de Arabia. Es su límite el océano, tanto por donde sale el dios del sol como por donde se pone, y dominan en todo el mar interior, incluyendo la totalidad de sus islas, y la Isla Británica en el océano. En cambio, para los medos y persas, la extensión mayor de su poder marítimo comprendía el golfo de Panfilia, una sola isla, la de Chipre, y tal vez, alguna otra isla pequeña de Jonia en el Mediterráneo, ya que en el golfo Pérsico —pues también lo controlaban—, ¿cuánto hay de mar abierto?

Por lo demás, la historia de Macedonia antes de 10 Filipo, el hijo de Amintas, fue, sin duda, de muy escaso relieve e, incluso, estuvieron sometidos a otros. Sin embargo, el reinado de Filipo estuvo lleno de esfuerzos y fatigas nada despreciables, pero, con todo, estos hechos sólo afectaron a Grecia y los países vecinos. El imperio en tiempos de Alejandro, a pesar de distinguirse por su magnitud, por la cantidad de tropas, por sus victorias y la rapidez de sus conquistas, y pese a que a punto estuvo de convertirse en ilimitado y sin parangón posible, debido a la brevedad de su duración se asemejó a la luz brillante de un relámpago. No obstante, las partes de este imperio, incluso después de haberse escindido en muchas satrapías, brillaron a gran altura. Los reyes de mi propio país tenían un ejército de doscientos mil soldados de infantería, cuarenta mil jinetes, trescientos elefantes adiestrados para la guerra, dos mil carros de combate y reservas de armas para trescientos mil soldados más. Éstas eran sus fuerzas para las operaciones de tierra; para el servicio en el mar, contaban con dos mil barcos impulsados por pértigas y algunos más pequeños, mil quinientos barcos de guerra, desde una fila y media de remeros, hasta cinco filas de remeros cada uno, y aparejos para un número

de naves doble de éste, ochocientos bajeles provistos de cámaras, con la popa y el espolón de oro para la parada militar, en los que embarcaban los mismos reyes para asistir a los combates navales. En cuanto a sus riquezas, había en sus tesoros setecientos cuarenta mil talentos egipcios. A un grado tal de recursos y efectivos militares parece que llegó y dejó a su muerte, a juzgar por los registros reales, el segundo rey de Egipto después de Alejandro. Éste fue el más hábil de los reyes en procurarse dinero, el más espléndido en gastarlo y el más ambicioso en la ejecución de grandes obras públicas. Es evidente también que muchas de las otras satrapías no fueron muy inferiores en estas cosas. Sin embargo, todos estos recursos fueron consumidos en tiempo de los propios epígonos, al enzarzarse entre sí en luchas civiles, única causa de la destrucción de los grandes imperios.

11 El imperio de Roma, en cambio, los ha sobrepasado a todos en tamaño y duración, debido a sus decisiones prudentes y a su buena fortuna, pues, en su adquisición, aventajaron a todos en valor, constancia y laboriosidad, sin dejarse ofuscar por los triunfos ni abandonarse al desánimo en las horas adversas hasta haber consolidado con firmeza su poder. Y eso que perdieron, a veces, hasta veinte mil hombres en un día, en otras ocasiones cuarenta mil, e incluso en otras cincuenta mil. Además, hubo muchos momentos en los que el peligro rondó las puertas de su misma ciudad, pero ni el hambre, ni las plagas frecuentes, ni los disturbios internos, abatiéndose a la vez todos sobre ellos, lograron hacerles desistir de su ardor, hasta que, tras setecientos años de sufrimientos y riesgos de resultado incierto, lograron levantar su imperio hasta este punto y adquirieron esta situación de dicha como premio a una política acertada.

12 Muchos escritores griegos y romanos relataron estos hechos y su historia es mucho mayor que aquella de

Macedonia que, precisamente, fue la de mayor extensión de los tiempos antiguos. A mí, mientras estaba dedicado a esta tarea y quería apreciar en su justa medida el valor de los romanos en relación con cada pueblo en particular, mi historia me llevaba en numerosas ocasiones, desde Cartago hasta Iberia y desde los iberos hasta Sicilia o Macedonia, o a participar en embajadas y alianzas realizadas con diferentes pueblos. Después, de nuevo, me hacía retornar hasta Cartago o Sicilia, como un vagabundo, y otra vez hacia otro lugar, dejando sin culminar estos trabajos. Finalmente, conseguí organizar las diferentes partes mostrando cuántas veces hicieron una expedición militar contra Sicilia o enviaron embajadas, o cualquier otra acción relativa a Sicilia hasta que lograron establecerla en su situación actual; y, de otro lado, cuántas veces hicieron la guerra contra Cartago o pactaron con ella y enviaron o recibieron embajadas de su parte, o cualquier otra acción que llevaran a cabo o sufrieran a sus manos hasta que consiguieron arrasarla y se anexionaron al pueblo africano. He mostrado también cómo reconstruyeron, de nuevo, Cartago y dejaron a África en su condición actual. Y llevé a cabo esta tarea con cada pueblo, en el deseo de aprender con exactitud las relaciones de los romanos con cada uno, a fin de comprender la debilidad de los mismos o su capacidad de resistencia y, de otro lado, el valor o buena fortuna de sus conquistadores o cualquier otra circunstancia fortuita que se hubiera producido.

Pensando que tal vez otras personas querrían conocer la historia de Roma de este modo, la he escrito tratando por separado lo relativo a cada pueblo. Omito lo que les sucedió a los otros, durante ese período, en sus relaciones con Roma y coloco estos sucesos posteriormente en el lugar debido. Me pareció superfluo enumerar con detalle la fecha de todos los hechos, pero

mencionaré las de los más destacados por períodos de tiempo. Los romanos antiguamente, como otros pueblos, tenían un solo nombre cada uno, pero después tuvieron dos y no hace mucho tiempo que se empezó a añadir a algunos un tercero como reconocimiento de algún suceso personal o, a manera de distinción, por su valor, igual que también algunos griegos poseen un apelativo además de su nombre habitual. Yo, en alguna ocasión, mencionaré todos los nombres y, en especial, en el caso de las figuras más relevantes para su mejor identificación, pero la mayoría de las veces, tanto a éstos como a los demás, los llamaré por sus nombres más característicos.

- 14 Los libros que reúnen las numerosas hazañas de los romanos en Italia son tres y ellos deben ser considerados como «la historia italiana» de mi historia de Roma, pero están divididos a causa de su extenso contenido. El primero de ellos se ocupa de los hechos ocurridos en tiempos de los reyes, que fueron siete, narrados de manera sucesiva en tanto pervivió la monarquía, y lo llamo «el libro concerniente a la realeza» de mi historia de Roma; el que le sigue trata de los acontecimientos del resto de Italia a excepción de la zona que bordea al mar Jónico, y para distinguirlo del anterior, éste segundo se llama «el libro italiano» de mi historia de Roma. Con el último pueblo, los samnitas, que habitan a orillas del Jónico, los romanos sostuvieron una guerra importante y difícil a lo largo de ochenta años hasta que lograron someterlos, junto con sus aliados vecinos y los griegos que habitan el sur de Italia. Este libro es, para diferenciarlo de los anteriores, «el libro samnita» de mi historia de Roma. Respecto a los demás, cada uno es designado de acuerdo con la materia que trata, a saber, el libro de los galos, el de Sicilia, el de Iberia, el de Aníbal, el de Cartago, el de Macedonia de mi historia de Roma, y así sucesivamente. El orden de estos

libros entre sí ha sido establecido según tuvo lugar el comienzo de cada una de estas guerras, aunque median muchos otros hechos antes de que cada uno de estos pueblos llegara a su fin. Todas aquellas luchas internas y guerras civiles que los mismos romanos iniciaron y sostuvieron entre ellos han sido diferenciadas en razón de sus propios caudillos, la guerra de Mario y Sila, la de Pompeyo y César, las de Antonio y el otro César llamado Augusto contra los asesinos del primer César, y las que sostuvieron entre sí Antonio y Augusto. En este último período de las guerras civiles, Egipto llegó a estar también bajo el poder de Roma y el gobierno de Roma se convirtió en una monarquía.

De este modo, cada una de las guerras extranjeras 15 sostenidas con pueblos diferentes se hallan divididas en libros en razón del pueblo con el que fueron sostenidas, y las guerras civiles, en razón de sus caudillos. El último libro mostrará el poderío militar de los romanos, los tributos que perciben de cada pueblo, lo que gastan en equipo naval y otros temas similares. Es conveniente que quien va a escribir sobre el valor del pueblo romano comience hablando de su origen. Quién soy yo, el que ha escrito estas cosas, muchos lo saben y yo mismo lo he manifestado antes. Para decirlo claramente, soy Apiano de Alejandría, hombre que ha alcanzado los más altos puestos en su patria y que actuó como defensor en los tribunales de Roma en tiempos de los emperadores, hasta que tuvieron a bien concederle el cargo de procurador de ellos. Y si alguno tiene un interés especial en conocer lo demás con respecto a mi persona, existe un escrito mío sobre estas cuestiones.

# I

## DE LA REALEZA (FRAGMENTOS)

### 1

La historia comienza con Eneas, hijo de Anquises, el hijo **1** de Capis, que floreció en la guerra de Troya. Después de la toma de Troya, huyó y, tras un largo peregrinaje, llegó a un lugar de la costa de Italia llamado Laurento, en donde aún se muestra su campamento, y a la playa la llaman «playa de Troya» en recuerdo de aquél. Entonces era rey de los pueblos aborígenes <sup>1</sup> de esta parte de Italia, Fauno, el hijo de Marte, que dio en matrimonio, a Eneas, a su hija Lavinia y le entregó un pedazo de terreno de 400 estadios de perímetro. Aquí fundó una ciudad que llamó Lavinio por su mujer. Tres años más tarde, a la

---

<sup>1</sup> Primitivos habitantes del Lacio, según la tradición indígena, que los considera como autóctonos. Después fueron llamados «latinos», tomando el nombre del rey Latino. Sin embargo, el problema de los primeros pobladores del Lacio, núcleo a partir del cual surgiría Roma, es bastante complejo. Otro sector de la tradición antigua consideraba a los sículos como los habitantes más antiguos del Lacio. Esta teoría arrancaba del historiador siciliano Antíoco que hacía a Sículo nativo de Roma. Timeo y la analística romana la desarrollaron a partir de Fabio Píctor. Otros entroncan a los ligures con estos pobladores primitivos del Lacio (cf. G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*, vol. I, 2.<sup>a</sup> ed., Florencia, 1956, págs. 170 sigs., en adelante citado: DE SANCTIS).

muerte de Fauno, Eneas recibió la realeza en virtud de su parentesco por matrimonio y dio el nombre de «latinos» a los aborígenes en recuerdo de su suegro Latino Fauno. Tres años más tarde aún, Eneas murió a manos de los rútuos, un pueblo etrusco, en una batalla por causa de su esposa Lavinia, que había sido prometida precisamente al rey de aquéllos. Le sucedió en el trono Eurileón, llamado Ascanio, que era hijo de Eneas y de Creusa, hija de Príamo que había sido su mujer en Troya. Sin embargo, hay quienes dicen que Ascanio, su sucesor en el trono, era hijo de Lavinia.

- 2 Al morir Ascanio cuatro años después de la fundación de Alba —pues también él fundó una ciudad, a la que llamó Alba, y la pobló con colonos de Lavinio<sup>2</sup>—, le sucedió en el trono Silvio. Dicen que Silvio tuvo un hijo llamado Eneas Silvio, y éste, uno llamado Latino Silvio, y éste, uno llamado Capis, y éste, uno llamado Cápeto, y éste, uno llamado Tiberino, y éste, uno llamado Agripa, y éste, uno llamado Rómulo que fue alcanzado por un rayo y tuvo un hijo llamado Aventino, del que fue hijo Procas. Todos llevaban el sobrenombre de Silvio. Procas tuvo dos hijos, el mayor se llamaba Númitor y el más joven, Amulio. Cuando el hijo mayor recibió el trono de manos de su padre, al morir éste, el más joven se lo arrebató por la fuerza y la violencia. También dio muerte a Egesto, el hijo de su hermana, y a Rea Silvia, la hija de su hermana, la hizo vestal para que no tuviera hijos. Su carácter apacible y clemente salvó a Númitor de una conspiración contra su vida. Silvia quedó embarazada en contra de la ley; Amulio la encarceló para castigarla y entregó los dos hijos que tuvo a unos pastores para que los arrojasen a un río cercano llamado Tíber. Los niños eran Rómulo y Remo. Por línea materna descendían de Eneas, pero el linaje paterno es desconocido<sup>3</sup>.

(Focio, *Bibl.* 16b4 Bekker)

<sup>2</sup> Hay que observar aquí la fusión perfecta de la leyenda de Alba con la troyana: los fundadores de Roma proceden de Alba, que, a su vez, fue fundada por Ascanio, hijo de Eneas, emigrado de Lavinio. Arranca esta fusión de Fabio Píctor y fue seguida, en general, por los historiadores romanos (sin embargo, Nevio y Ennio difieren, cf. DE SANCTIS, I, pág. 199).

<sup>3</sup> Esta es la leyenda de los orígenes de Roma que narran,

## 1 A

Sobre Remo y Rómulo. Después de la toma de Troya, en el día octavo del mes de diciembre, Eneas, huyendo al monte Ida, pasó a través de los aqueos que le abrieron paso, pues iba cargado con las imágenes de los dioses y con su familia. Y ellos dicen que no soportaba verlos, sino que, en repetidas ocasiones, suplicó a los bárbaros que devolvieran Helena a los aqueos. Y reuniendo allí a un puñado de frigios, partió hacia Laurento, y tras desposar a Lavinia, hija de Latino, rey de los aborígenes, fundó una ciudad y la llamó Lavinio por su mujer. Cuando murió Latino, a los tres años, al recibir en herencia el reino, dio el nombre de latinos a los aborígenes en recuerdo de su suegro. Y de nuevo, a su vez, al cabo de otros tres años, Mezencio, rey de los rútuos, entabló con Eneas una guerra, debido a que Lavinia le había sido prometida en matrimonio antes a él, y lo mató. Por tanto, Ascanio asumió en su lugar la realeza. Éste, subestimando a la ciudad de Lavinio como de poco valor, fundó otra al pie del monte Albano y la llamó Alba. A ésta, tras detentar la soberanía durante treinta años, la arrasaron los romanos hasta el punto de que no quedó en pie ni un solo edificio. A Ascanio le sucedió, en tercer lugar, Silvio, y después, en cuarto lugar, otro Eneas. A éste, en quinto lugar, le sucedió Latino, y a él, en sexto, Capis. El séptimo rey fue Cápeto y el octavo, Tiberino. El noveno rey, tras él, fue Agropas y el décimo, Rómulo, el onceavo fue Aventino, el doceavo, Procas y, en decimotercer lugar, reinaron Númitor y Amulio. El padre de éstos dejó el reino a Númitor, que era el mayor, pero Amulio, su hermano, tras rechazarlo, se hizo con la corona. Y, por miedo a su venganza, mató durante una carcería a Egesto, el hijo del que había sido rechazado, y también por temor a que la hermana de éste pudiera concebir un hijo, la hizo vestal. Pero ella quedó embarazada, según dijo, de Marte, cuando cogía agua de su fuente y dio a luz a Remo y Rómulo. Por consiguiente, Amulio la encerró y entregó sus

---

con muchas variantes de detalle pero acordes en lo sustancial, los escritores de la época de Augusto. Hay elementos bastante dispares según la época y el origen.

hijos para que fueran arrojados al Tíber, llamado Tibris en aquel entonces. Los que cogieron a los niños, que eran unos pastores, los llevaron al río y colocaron el cesto en el agua, al principio, entre sus pies, pero el río se desbordó y, al marcharse ellos, el agua se retiró poco a poco, de manera que las criaturas se encontraron en terreno seco y una loba que se acercó al cesto los alimentó.

Laurentia la mujer de Féstulo, un pastor (...).

Al hacerse hombres éstos (se entregaron a) la piratería, y a Remo, apresado cuando atacaba los territorios de Númitor, lo condujeron ante Amulio, el cual lo envió a su hermano Númitor pensando que, como había sido objeto de su pillaje, se vería obligado a castigarlo. Sin embargo, éste, a la vista del muchacho, conjeturando el tiempo de su exposición y lo demás, sospechó la verdad y se preocupó de su educación. Y Rómulo asustado y enterándose, por Féstulo, de lo referente a él y a su hermano y de que su madre estaba encerrada prisionera, tomó un puñado de pastores con los que llevó a cabo un ataque y, después de matar a Amulio, mostraron a los albanos a Númitor como rey y fundaron una ciudad junto al río en el que habían sido expuestos y alimentados y en el que, tras su crianza, se habían entregado al pillaje. A esta ciudad le dieron el nombre de Roma, llamada en aquel tiempo «cuadrado», porque su perímetro era de dieciséis estadios y cada lado tenía cuatro estadios.

(*Excerpta anon. biz.*, ed. por TREU a partir del *Par. suppl. gr.* 607A)

## 2

El libro primero contiene los hechos y obras de los siete reyes, Rómulo, Numa Pompilio, Anco Hostilio, Anco Marcio —un descendiente de Numa—, Tarquinio, Servio Tulio y Lucio Tarquinio, hijo del otro Tarquinio<sup>4</sup>. El primero de éstos fue el

<sup>4</sup> La lista de los siete reyes estaba fijada en época muy antigua, porque no se tiene en la tradición ninguna variante ni para el orden ni para los nombres, por lo que no puede ser posterior a la aparición de la historiografía oficial en el siglo IV.

fundador y colonizador de Roma y, aunque gobernó más como un padre que como un monarca absoluto, sin embargo, fue asesinado, o según refieren otros, hecho desaparecer. El segundo, después de reinar no menos que el primero, sino incluso más, murió a la edad de (...). El tercero murió por causa de un rayo. El cuarto acabó sus días víctima de una enfermedad. El quinto fue asesinado por unos pastores. El sexto también perdió la vida asesinado igualmente. El séptimo fue expulsado de la ciudad y despojado de su realeza por violar las leyes. Desde aquel momento se acabó la monarquía y el poder fue transferido a los cónsules.

(Focio, *Bibl.* 15b22 BEKTER)

## 3

Y ella (Tarpeya), esperando a que su padre estuviera ausente, le prometió a Tacio entregarle la guarnición.

(*Suda*, s. v. *Tátios y phyláxasa*)

## 4

A una orden de Tacio, arrojaron el oro contra la joven hasta que, herida, sucumbió bajo el montón de oro.

(*Suda*, s. v. *litházo y éste*)

## 5

Cuando Tacio declaró la guerra a Rómulo, fueron las mujeres de los romanos, que eran hijas de los sabinos, las que hicieron la paz. Avanzando hasta el campamento de sus padres con las manos tendidas, les mos-

---

De otro lado la leyenda de la etapa regia tiende, sobre todo, a explicar de manera bastante sencilla instituciones religiosas y civiles muy antiguas.

traron a los hijos habidos ya de sus esposos y testificaron que éstos no habían cometido ningún exceso contra sus personas. Pidieron a los sabinos que se apiadaran de ellos mismos, de sus yernos, de sus nietos y de sus hijas, y que pusieran fin a una guerra impía entre familiares o mataran, en primer lugar, a aquellos culpables de la guerra. Los padres, movidos a compasión, tanto por sus propias dificultades como por piedad hacia las mujeres, y al comprender que los romanos no habían hecho estas cosas por arrogancia sino por necesidad, entraron en negociaciones con ellos. Rómulo y Tacio se reunieron en la calle conocida, a partir de entonces, como «sacra» y pactaron sobre estas condiciones: que ambos, Rómulo y Tacio, serían reyes y que los sabinos que entonces servían bajo las órdenes de Tacio y cualquier otro de ellos que quisiera podían fijar su residencia en Roma con los mismos derechos y bajo las mismas leyes que los romanos.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 1, pág. 516*)

## 6

El general, al enterarse por uno de sus huéspedes privados, se lo comunicó a Hostilio.

(*Suda, s. v. idióxenos*)

## 7

Le censuraban a él cuán equivocadamente había arriesgado todo, confiado en el poder de los tres hombres<sup>5</sup>.

(*Suda, s. v. blásphēmos*)

---

<sup>5</sup> Los Curiacios, tres hermanos de Alba que se enfrentaron a los Horacios, tres hermanos de Roma. Se trata de una leyenda que se inserta en la relativa a la lucha entre Roma y Alba.

## 8

Hacer la paz en los términos que los sabinos estimaran justos.

(*Suda*, s. v. *dikaioûn*)

## 9

Compró los tres libros por el precio de uno.

(*Anecd.*, ed. BEKKER, pág. 180, 15)

## 10

Horacio era un lisiado. No pudo obtener el consulado ni en la guerra ni en la paz, a causa de la incapacidad de sus piernas.

(*Suda*, s. v. *akhrēstia* y *Orátios*)

## 11

Los cónsules ofrecieron los juramentos y manifestaron que cederían en todo antes que en la vuelta de Tarquinio.

(*Suda*, s. v. *prosēsesthai*)

## 12

Tarquinio incitó a los sabinos contra los romanos. Claudio, un sabino influyente de la ciudad de Regilo, no permitió que los sabinos violaran el tratado, hasta que, al ser condenado por esta conducta, huyó a Roma con sus familiares, amigos y cinco mil esclavos. Los romanos concedieron a todos ellos un lugar para habitar, tierra para cultivar y los hicieron ciudadanos. Claudio fue elegido miembro del senado gracias a sus glo-

riosos hechos de armas contra los sabinos. Y una nueva tribu recibió su nombre.

(*Exc. de virt.* 1, pág. 216)

## 13

Los latinos, aunque aliados de los romanos, hicieron la guerra contra éstos... Los latinos acusaban a los romanos de que los despreciaban, pese a que eran sus aliados y les unían lazos de consanguinidad.

(*Suda*, s. v. *énspondos* y *páresis*)

## II

### SOBRE ITALIA (FRAGMENTOS)

#### 1

Los volscos, sin asustarse de las desgracias de sus vecinos, hicieron la guerra contra los romanos y pusieron cerco a sus colonias.

(*Suda*, s. v. *klēroûchon*)

#### 2

El pueblo no votó la candidatura de Marcio para el consulado, no por considerarlo indigno, sino porque temía su arrogancia.

(*Suda*, s. v. *apaxiôn*)

#### 3

Marcio<sup>1</sup>, encendido en su odio contra los romanos al ser desterrado, se pasó a los volscos proyectando una gran venganza contra aquéllos.

(*Suda*, s. v. *pímpratai*)

---

<sup>1</sup> Este capítulo y los siguientes relatan la leyenda de Marcio Gneo Coriolano, inserta en el marco de las luchas entre volscos y romanos. Es una de las joyas de la epopeya popular itálica, que ha llegado hasta nosotros traducida en prosa y con los

## 4

(Dijo) que había venido renunciando a su patria y a su linaje, que no le importaban nada y quería hacer suya la causa de los volscos en vez de la de su patria.

(*Suda*, s. v. *allaxámenos*)

## 5

- 1 Después de su destierro, Marcio se refugió entre los volscos e hizo la guerra a los romanos y, cuando se encontraba acampado a una distancia de cuarenta estadios de la ciudad, el pueblo amenazó al senado con entregar las murallas al enemigo, a no ser que enviaran una embajada a Marcio para negociar la paz. El senado, a regañadientes, envió a unos plenipotenciarios para acordar una paz ventajosa para Roma. Éstos, cuando llegaron al campamento volscos, ofrecieron a Marcio, en presencia de los volscos, la amnistía y el retorno, si ponía fin a la guerra, y le recordaron que el senado no había cometido ninguna falta contra él. Éste acusó al pueblo de las muchas ofensas que les había causado, tanto a él como a los volscos, pero, no obstante, prometió que los reconciliaría con los volscos, si devolvían la tierra y las ciudades de éstos que tenían en su poder y les otorgaban el derecho de ciudadanía como a los latinos, pero que, mientras los vencidos poseyeran lo que pertenecía a los vencedores, no veía qué clase de paz podía hacerse. Después de hacerles estas propuestas, despidió a los embajadores y les dio un plazo de treinta días para considerarlas. Entonces marchó contra las ciudades latinas y tomó siete en treinta días, al cabo de los cuales regresó para recibir la respuesta.

---

retoques pragmáticos de los analistas, entre ellos, Valerio Antias (cf. *DE SANCTIS*, II, págs. 103 y sigs.).

Ellos respondieron que, si retiraba el ejército del territorio romano, enviarían embajadores para concluir una paz en términos apropiados. Al negarse él, de nuevo, enviaron a otros diez para suplicarle que no hiciera nada indigno contra su patria y que consintiera que se hiciese un tratado, no por una orden suya, sino como consecuencia de la libre voluntad, por respeto a su patria y estima a la reputación de sus antepasados, que no le habían hecho ninguna afrenta. Marcio les respondió tan sólo que volvieran al cabo de tres días con una propuesta mejor. Los romanos, entonces, enviaron a sus sacerdotes revestidos de sus ornamentos sagrados para suplicarle, una vez más, estas cosas. Pero éste contestó que debían cumplir lo ordenado, o no era necesario que volvieran a verle. Por consiguiente, los romanos se dispusieron para el asedio y llenaron la muralla de piedras y dardos con objeto de repeler el ataque de Marcio desde lo alto de los muros.

Pero Valeria, la hija de Públicola, reunió a muchas mujeres y las condujo ante Veturia, la madre de Marcio, y ante su esposa Volumnia. Todas iban con vestidos de luto y habían unido a las súplicas a sus hijos, y pidieron a aquéllas que las acompañaran para ir al encuentro de Marcio y pedirle que los perdonara a ellos y a su patria. Así pues, con el permiso del senado, salieron sólo las mujeres hacia el campamento de los enemigos. Marcio sintió admiración de la ciudad por su coraje y por el temple de las mujeres de Roma, y salió a su encuentro suprimiendo las varas y hachas de los lictores, en consideración a su madre. Corrió a su encuentro, la abrazó, la condujo hasta el consejo de los volscos y la exhortó a que expusiera lo que deseara.

Ella dijo que, al ser su madre, había sido agraviada como él con su destierro de la ciudad, pero que veía que los romanos habían sufrido ya mucho por su causa y que habían tenido un castigo suficiente con tanto

territorio devastado y muchas ciudades demolidas, y como último recurso para ellos, recurrían a la súplica y le enviaban como embajadores a los cónsules, a sus sacerdotes, a su madre y esposa, y querían reparar su injusticia con la amnistía y el retorno. «No quieras tú remediar una desgracia con otra irremediable ni acarres infortunios tanto a ti, como a los que te han hecho injusticia. ¿A dónde llevarás el fuego? ¿Desde los campos contra la ciudad? ¿Desde la ciudad contra tu propio hogar? ¿Desde tu propio hogar contra los templos? Concédenos tu favor a mí y a tu patria, hijo, como te lo pedimos». Éstas fueron sus palabras, y Marcio respondió que no consentía en llamar patria al país que le había desterrado, sino a aquel que le había acogido. No existe amistad, dijo, con quien te ofende ni enemistad hacia quien te beneficia. La exhortó a que pusiera su mirada en los presentes con quienes había intercambiado sentimientos de fidelidad mutua, le habían concedido el derecho de ciudadanía, le habían elegido su general y habían puesto en sus manos sus asuntos privados. Pasó revista, en fin, a todos los honores que había recibido de ellos y a los juramentos con los que se había comprometido, e invitó a su madre a que tuviera como amigos y enemigos a los mismos que aquéllos.

5 Mientras Marcio estaba todavía hablando, ella, afligida y tendiendo las manos hacia el cielo, invocó a los dioses familiares como testigos de que dos procesiones de mujeres habían salido desde Roma en épocas de gran calamidad: una, en tiempos del rey Tacio, y otra, en éstos de Gayo Marcio. De entre estas dos, dijo, Tacio que era un extranjero y un verdadero enemigo cedió por respeto a las mujeres y, en cambio, Marcio desprecia una embajada de tan gran número de mujeres, de la que, además, forman parte su esposa y su madre. «Ojalá —dijo— que ninguna otra madre, tras haber fracasado con su hijo, se vea en la necesidad de pos-

trarse a sus pies, pero yo, no obstante, también me someto a esto. Me postraré ante ti». Y al decirlo, se arrojó al suelo. Entonces, Marcio prorrumpió en lágrimas, saltó hacia delante, la sostuvo en sus brazos y exclamó profundamente conmovido: «Has vencido, madre, pero una victoria a causa de la cual matarás a tu hijo». Después de decir esto retiró al ejército con idea de dar explicaciones a los volscos y de reconciliar a los dos pueblos. Había una esperanza de que lograse persuadir a los volscos. Sin embargo, a causa de la envidia de su general Acio fue lapidado.

(*Exc. de las embajadas de los romanos* 1, pág. 65)

## 5 B

Marcio no consideraba oportuno contradecir a ninguna de estas (demandas).

(*Suda*, s. v. *edikaíou*)

## 6

Fueron dignos de compasión por su desgracia y de alabanza por su valor, pues ésta fue una gran calamidad para los romanos a causa del número de bajas, de la dignidad de una casa noble y su total destrucción<sup>2</sup>. El día en que ocurrió lo consideraron nefasto.

(*Suda*, s. v. *eleeinós* y *apophrádes hēmérai*)

## 7

El ejército mostraba una actitud rebelde hacia su general<sup>3</sup>, a causa del rencor. Lucharon, dejándose ven-

<sup>2</sup> Se refiere al desastre de los Fabios en Cremera, en la primera guerra entre Veyes y Roma en el siglo v.

<sup>3</sup> Apio Claudio Sabino.

cer adrede, y huyeron, vendándose el cuerpo como si estuvieran heridos. Derribarón las tiendas e intentaron retirarse, acusando de impericia a su general.

(Suda, s. v. *ethelokákōs*)

## 8

- 1 Al producirse malos presagios de parte de Júpiter después de la toma de Veyes, los augures dijeron que había sido olvidado algún deber religioso y Camilo recordó que se le había olvidado apartar la décima parte del botín para el dios que dio el oráculo relativo al lago. Por tanto, el senado decretó que los que hubieran tomado cualquier cosa de Veyes hicieran una evaluación de ello y trajeran la décima parte bajo juramento. Y no vacilaron, debido a su piedad, en ofrendar una décima parte del producto de la tierra, que ya había sido vendida, así como del botín. Con el dinero obtenido, enviaron una crátera de oro sobre un pedestal de bronce al tesoro de los romanos y masaliotas en Delfos, la cual permaneció allí hasta que Onomarco hizo fundir su oro durante la guerra focense. Sin embargo, el pedestal todavía está allí.
- 2 Algún tiempo después, alguien acusó a Camilo ante el pueblo de haber sido el causante de aquellos augurios y portentos funestos para la ciudad, y el pueblo, que desde hacía bastante tiempo se había vuelto hostil hacia él, lo castigó con una multa de quinientos mil sesteracios, sin sentir compasión por él, ni siquiera pese a que había perdido a su hijo antes del juicio. Sus amigos contribuyeron a aportar el dinero para que su persona no sufriera violencia. Sin embargo, Camilo, profundamente enojado, se trasladó a vivir a Ardea, haciendo el voto de Aquiles de que llegaría el momento en el que los romanos añorarían a Camilo. Y ello ocurrió muy pronto. Pues, cuando los galos se apoderaron de la

ciudad, el pueblo huyó al lado de Camilo y lo eligió de nuevo dictador, como está escrito en mi historia de la Galia.

(*Exc. de virt. 2, pág. 216*)

## 9

El patricio Manlio salvó a Roma de un ataque galo y fue objeto de los máximos honores. Posteriormente, al reconocer a un anciano que había combatido muchas veces por su país reducido a la esclavitud por un prestamista, pagó su deuda. Como esta acción le granjeó el elogio de todos, liberó de sus obligaciones a sus propios deudores, y al obtener más fama, pagó, incluso, las deudas de otros. Encumbrado en su prestigio por estas medidas demagógicas, ya proyectó la abolición de todas las deudas o juzgó conveniente que el pueblo vendiera la tierra que estaba todavía sin repartir y aplicara su producto al pago de los deudores.

(*Exc. de virt. 3, pág. 217; de allí Suda, s. v. Márkos Mállios*)

### III

## LA HISTORIA SAMNITA (FRAGMENTOS)

#### 1

1 Cuando los generales romanos Cornelio y Corvino, y el plebeyo Decio, vencieron a los samnitas, dejaron una guarnición en Campania como defensa contra las incursiones de éstos. Los soldados de la guarnición romana, debido a su convivencia con el refinamiento y lujo de los de Campania, corrompieron sus costumbres y comenzaron a envidiar las riquezas de este pueblo, dado que eran pobres y temían por las deudas que tenían contraídas en Roma. Finalmente, planearon matar a sus huéspedes, apoderarse de su hacienda y tomar como esposas a sus mujeres. Y tal vez hubieran cometido una infamia tan horrenda, de no haber sido porque Mamerco<sup>1</sup>, otro general romano, que estaba en camino contra los samnitas, se enteró de la maquinación de los guardianes y, ocultando sus intenciones, desarmó a algunos de ellos y les dejó marchar

---

<sup>1</sup> Gayo Marcio Rutilo, cónsul en el 342 a. C., que Apiano, o su fuente, confunde con L. Emilio Mamerco, maestro de caballería de M. Valerio Corvo, dictador el mismo año (cf. Livio, VII 39, 17). Estos dos capítulos refieren la sedición militar del ejército romano durante la primera guerra samnita.

como si fueran a disfrutar de un descanso por sus muchos años de milicia; a los más viles, les ordenó apresurarse hacia Roma para una cierta misión y envió, con ellos, a un tribuno militar al que le dio la orden de vigilarlos en secreto. Ambos grupos sospechaban que sus planes habían sido descubiertos y, cerca de la ciudad de Terracina, se separaron del tribuno militar, liberaron a los prisioneros que trabajaban en los campos y, armándolos como pudieron, marcharon contra Roma en número aproximado a veinte mil.

Cuando les faltaba todavía un día de camino, les <sup>2</sup> salió al encuentro Corvino, que permanecía tranquilo acampado en los montes Albanos, e inspeccionando el curso de los acontecimientos, consideró arriesgado luchar contra hombres desesperados. Sin embargo, los hombres de uno y otro bando se mezclaron entre ellos a escondidas, y los guardianes reconocieron, con gemidos y lágrimas, pues se trataba de familiares y amigos, que eran culpables, pero imputaban la culpa a las deudas de Roma. Corvino, al enterarse de esto, no se atrevió a cargar con la responsabilidad de tantas muertes por motivos civiles y aconsejó al senado que condonara a los hombres sus deudas. Exageró la dificultad de la guerra, pues ponía en duda que fuera capaz de vencer a tantos hombres que luchaban a la desesperada y sospechaba de sus encuentros y reuniones, no fuera a ser que ni siquiera su propio ejército le fuera fiel en todo, puesto que eran familiares de aquéllos y no menos oprimidos por las deudas. Dijo que, si era derrotado, el peligro sería mucho mayor, y que, en caso de vencer, la victoria sería muy desafortunada para la ciudad, al haber sido obtenida sobre tantos compatriotas. El senado hizo caso de estos argumentos y decretó la condonación de las deudas para todos los romanos y la inmunidad para aquellos que entonces eran enemigos.

Estos últimos, deponiendo las armas, regresaron a la ciudad.

(*Exc. de virt.* 4, pág. 217)

## 2

El cónsul Manlio Torcuato fue un hombre de gran valor. Su padre, en cambio, fue un hombre mezquino que no se preocupó de él y le mantuvo en el campo, trabajando y criándose con los esclavos. Cuando el tribuno de la plebe Pomponio entabló un proceso contra él por sus muchos delitos, entre los que era su intención el mencionar el mal comportamiento con su hijo, el joven Manlio se dirigió, con una daga oculta, a la casa del tribuno y pidió entrevistarse a solas con él so pretexto de comunicarle algo de importancia en relación con el juicio. Una vez que fue recibido e iba a comenzar a hablar, cerró las puertas y, empuñando la espada, amenazó de muerte al tribuno, si no juraba que retiraría la acusación contra su padre. Aquél lo juró y la retiró explicando al pueblo lo sucedido. Manlio obtuvo fama por este hecho y fue alabado porque se mostró un hijo tal para tal padre.

(*Exc. de virt.* 5, pág. 219)

## 3

Éste le incitó con mofa a un combate singular<sup>2</sup>. Pero aquél se contuvo durante un cierto tiempo, y después, al no poder soportar ya la provocación, espoleó contra él su caballo.

(*Suda*, s. v. *eréthisma*)

---

<sup>2</sup> Combate entre Gémino Mecio, un jinete tusculano, y T. Manlio, hijo de T. Manlio Torcuato, cónsul en el 340 a. C.

## 4

Mientras los samnitas recorrían el territorio de Fregelas, saqueándolo, los romanos se apoderaron de ochenta y una aldeas pertenecientes a los samnitas y a los daunios, mataron a veintiún mil hombres y los sacaron del territorio de Fregelas. Los samnitas enviaron de nuevo embajadores a Roma llevando los cadáveres de unos hombres que habían sido ejecutados como presuntos culpables de esta guerra y cierta cantidad de dinero que dijeron había sido cogido de su hacienda. A la vista de lo cual, el senado, pensando que ellos estaban ya completamente deshechos, juzgó que un pueblo que había sufrido tantos males cedería en lo referente a la supremacía de Italia. Los samnitas aceptaron las demás condiciones y todas las otras objeciones que plantearon lo hicieron en un tono de demanda, de invitación o como propuesta a debatir en sus ciudades. Sin embargo, respecto a la supremacía, no soportaron, una vez más, ni oír hablar de ello y dijeron que no habían ido allí para rendir a sus ciudades, sino para entablar lazos de amistad. Y después de rescatar a los prisioneros con el oro, se marcharon irritados, dispuestos a persistir en su pretensión de hacer un debate acerca de la supremacía.

Los romanos decretaron que no recibirían ya más embajadas de los samnitas, sino que los combatirían sin tregua ni reconciliación, hasta que los sometieran totalmente por la fuerza. La divinidad, no obstante, se irritó por esta actitud altanera y, con posterioridad, los romanos fueron derrotados por los samnitas y obligados a pasar bajo el yugo. Los samnitas, a las órdenes de su general Poncio, coparon a los romanos en un lugar muy estrecho, donde estaban oprimidos por el hambre, y los generales romanos enviaron embajadores a Poncio

invitándole a que se hiciera acreedor de la gratitud de Roma de una forma como raras veces ofrece la oportunidad. Sin embargo, éste respondió que no era necesario que le enviaran más embajadores, a menos que se entregaran ellos mismos con sus armas. Se produjo un lamento como si la ciudad hubiera sido tomada y los generales consumieron aún varios días dudando en cometer un acto indigno de la ciudad. Pero, como no aparecía ningún otro medio de salvación, el hambre los agobiaba y había cincuenta mil hombres jóvenes cuya muerte no soportaban ver, se entregaron a Poncio y le pidieron que, tanto si había elegido matarlos, como venderlos o tenerlos bajo vigilancia a la espera del rescate, no cometiera ningún ultraje contra las personas de unos infelices.

- 3 Poncio se hizo aconsejar por su padre, a quien mandó venir desde Caudio en un carro a causa de su edad. El anciano le dijo: «Un solo remedio existe, hijo, para una gran enemistad, el máximo de indulgencia o de severidad. Los castigos severos espantan y la generosidad reconcilia. Ten presente que la primera y más grande de todas las victorias es conservar como un tesoro el éxito. Deja ir a todos indemnes y sin ultrajes, sin quitarles nada, para que la magnitud de tu generosidad quede intacta. Tengo entendido que son sumamente sensibles a los honores. Así pues, sólo si son vencidos por un acto de generosidad rivalizarán contigo en aventajarte en la devolución de un favor tal. Puedes hacer de tu generosidad una garantía segura de paz imperecedera. Pero si no logro convencerte con estas razones, mátalos a todos de la forma más cruel, sin que quede ni siquiera uno que lleve la noticia. Te aconsejo lo primero como elección y esto último, como una necesidad. Pues los romanos tomarán inevitablemente venganza sobre ti por cualquier ultraje que reciban de tus manos. En este caso, anticipáte a asestarles el primer

golpe y no podrías encontrar un perjuicio mayor que la muerte, a un mismo tiempo, de cincuenta mil hombres jóvenes».

Tales fueron sus palabras, y su hijo respondió: «No me extraño, padre, de que hayas propuesto las dos cosas más dispares entre sí, pues ya anunciaste de antemano que ibas a referirte a medidas extremas en uno y otro sentido. Yo no voy a matar a tantos hombres por miedo a la venganza del dios y por respeto al oprobio de los hombres, y no quiero quitar tampoco a ambas naciones las esperanzas de un mutuo entendimiento por causa de un mal irreparable. Sin embargo, en lo que respecta a su liberación, no me parece bien, después de habernos causado los romanos tantas desgracias y mientras todavía poseen territorios y ciudades nuestras, dejar marchar libres de todo a tantos prisioneros. No lo haré. Pues el humanitarismo irracional es una estupidez. Y observa tú también el asunto desde la óptica samnita, dejándome a mí a un lado. Los samnitas cuyos hijos, padres y hermanos han muerto por causa de los romanos y que han sido despojados de sus posesiones y riquezas, desean una satisfacción. El vencedor es orgulloso por naturaleza y busca la ganancia. ¿Quién, pues, soportará que yo no mate a éstos, ni los venda, ni siquiera los castigue, sino que los deje partir indemnes como si fueran nuestros benefactores? A la vista de esta situación, descartemos los extremismos, uno, porque no está en mi mano, el otro, porque yo no consiento un acto tal de inhumanidad. Sin embargo, para humillar de algún modo el orgullo de los romanos y no ser objeto de censura ante los demás, les quitaré las armas, que siempre utilizaron contra nosotros, y sus riquezas —pues también las tienen por habérselas quitado— y los dejaré ir sanos y salvos bajo el yugo, señal ésta de oprobio de la que ellos se sirvieron contra otros pueblos. Estableceré la paz entre

ambas naciones y elegiré a sus jinetes más ilustres como rehenes de estos tratados, hasta que el pueblo entero los ratifique. Actuando de este modo, pienso que haré cosas propias de un vencedor y de hombre humanitario, y que los romanos se alegrarán también con estas condiciones, ellos que, pese a que hacen gala de poseer un carácter noble, se las impusieron muchas veces a otros pueblos».

- 5 Mientras Poncio decía estas cosas, el anciano rompió a llorar y, subiendo al carro, regresó a Caudio. Poncio convocó a los embajadores y les preguntó si había entre ellos algún fetial. Pero no había ninguno, pues habían emprendido la campaña para una guerra sin tregua ni cuartel. Por tanto, ordenó a los embajadores que dijeran a los cónsules, a los otros oficiales del ejército y a toda la multitud lo siguiente: «Siempre pactamos con los romanos la amistad que vosotros mismos quebrantasteis al aliaros con los sidicinos, que eran nuestros enemigos. Después, cuando se concertó de nuevo la paz, hicisteis la guerra a nuestros vecinos los neapolitanos y no se nos escapó a nadie que esto formaba parte de un ambicioso plan vuestro para dominar toda Italia. En los combates anteriores, tras obtener mucho provecho frente a la inexperiencia de nuestros generales, no mostrasteis nada de mesura hacia nosotros. Y ni siquiera os bastó con haber devastado nuestro país y haber ocupado plazas fuertes y ciudades de otro pueblo y enviar colonos a ellas, sino que, al enviaros embajadores por dos veces, haciéndoos muchas concesiones, nos impusisteis otras condiciones arrogantes, como la exigencia de someteros todo nuestro imperio. Nos tratasteis no como a un pueblo que está en negociación, sino como a quién ya ha sido hecho prisionero. Y, además de esto, decretasteis esta guerra sin tregua ni cuartel contra unos hombres amigos en otro tiempo y descendientes de los sabinos a los que

hicisteis conciudadanos vuestros. Por consiguiente, no debiéramos concertar tratado alguno con vosotros por causa de vuestra ambición. No obstante, yo, por respeto a la cólera divina que vosotros despreciasteis y en recuerdo de nuestra relación familiar y amistad anteriores, os permito a cada uno que os marchéis sanos y salvos con una túnica, pasando bajo el yugo, en el caso de que queráis devolvernos nuestra tierra y todas las plazas fuertes, retirar a vuestros colonos de las ciudades y no hacer la guerra jamás contra los samnitas».

Al ser comunicadas estas condiciones al campamen- 6 to, se produjo en todo él un profundo clamor de dolor, pues consideraban la afrenta de pasar bajo el yugo peor que la muerte. Después, al enterarse de los jinetes que quedarían como rehenes, de nuevo se lamentaron profundamente. Sin embargo, aceptaron por necesidad estas condiciones y llevaron a cabo la ceremonia del juramento Poncio, los dos cónsules romanos Postumio y Veturio, dos cuestores, cuatro legados de las legiones y doce tribunos militares que representaban la totalidad de los oficiales que habían sobrevivido. Después de la toma del juramento, Poncio abrió una parte de la barricada y, tras clavar dos lanzas en el suelo con otra transversal encima, hizo salir a los romanos de uno en uno bajo ellas. Les dio algunos animales de carga para llevar a los enfermos y provisiones suficientes hasta que llegaran a Roma. Esta forma de liberación que llaman «los de bajo el yugo» me parece a mí que implica un ultraje similar al de si hubieran sido capturados en el combate.

Cuando se supo la desgracia en la ciudad, se pro- 7 dujeron gemidos y lamentos de dolor como ante un duelo y las mujeres se golpeaban en señal de luto por los que se habían salvado de manera ignominiosa como si estuvieran muertos. Los senadores se despojaron de sus túnicas de color púrpura, se prohibieron las fiestas,

casamientos y otras ceremonias de esta índole por un año entero, hasta que se reparase la desgracia. Algunos de los liberados se refugiaron en los campos por vergüenza, otros entraron de noche en la ciudad, y los cónsules lo hicieron de día, porque la ley les obligaba y llevaban las enseñas de su rango, pero no ejercieron más su autoridad.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 2, pág. 517*)

## 5

Una multitud de ochocientos jóvenes elegidos seguía a Dentato por admiración a su valor, dispuestos a todo. Esto suponía una dificultad para el senado en sus reuniones.

(*Suda, s. v. zêlos*)

## 6

- 1 Un gran número de senones, una tribu celta, combatió contra los romanos como aliados de los etruscos. Los romanos enviaron embajadores a las ciudades de los senones y se quejaron de que, estando bajo tratado, combatieran como mercenarios contra los romanos. Britómáris despedazó a estos embajadores y esparció los restos de sus cuerpos a pesar de sus emblemas de heraldo y sus vestidos sagrados, reprochándoles, a su vez, que los romanos habían matado a su padre mientras combatía en Etruria. El cónsul Cornelio, al enterarse de esta acción abominable cuando estaba de camino, dejó su campaña contra Etruria y marchó contra las ciudades de los senones con toda rapidez a través del territorio sabino y de los picenos, las destruyó y prendió fuego a todas; esclavizó a las mujeres y a los niños, y mató a todos los jóvenes adultos, excepto a un hijo de Britómáris, al cual, después de infligirle terribles ultrajes, se lo llevó para su triunfo.

Cuando los senones que estaban en Etruria se enteraron de esta desgracia, condujeron a los etruscos contra Roma y, después de sufrir muchos reveses al no tener tierras propias en las que refugiarse, irritados por las desgracias ocurridas, atacaron a Domicio y perecieron muchos. El resto se dio muerte a sí mismo en su desesperación. Éste fue el castigo que sufrieron los senones como consecuencia de su crimen contra los embajadores.

*(Exc. de las embajadas de los romanos 2, pág. 68)*

## 7

Cornelio realizó un viaje de inspección a lo largo de la costa de la Magna Grecia con diez barcos de guerra. En Tarento, un demagogo llamado Filócaris, hombre de vida infamante, por lo que tenía el apodo de Tais, recordó a los tarentinos unos tratados antiguos en virtud de los cuales los romanos se comprometieron a no navegar más allá del cabo Lacinio. Y encendiendo sus ánimos, les convenció de que se hicieran a la mar contra Cornelio. Los tarentinos hundieron cuatro de sus barcos y apresaron uno solo con su tripulación. Acusaron también a los turios de que, a pesar de ser griegos, habían preferido refugiarse al lado de los romanos en vez de con ellos y de que eran los culpables de que los romanos hubieran traspasado los límites. Expulsaron a sus hombres más notables, arrasaron la ciudad y dejaron marchar a la guarnición romana bajo acuerdo.

Los romanos, al enterarse de estos sucesos, enviaron embajadores a Tarento para exigir que devolviesen a los que habían hecho prisioneros no en la guerra sino mientras estaban de inspección; que restituyeran a su ciudad a los ciudadanos turios expulsados; que devolvieran lo que habían saqueado o una indemnización por lo que se había perdido, y que les entregaran a los res-

ponsables de estos actos criminales, si querían seguir siendo amigos del pueblo romano. Los tarentinos hicieron pasar con muchas reticencias a los embajadores a su consejo y, cuando estuvieron dentro, se burlaban de ellos cada vez que cometían algún fallo al expresarse en lengua griega, también se mofaron de sus túnicas y de las bandas de color púrpura. Pero un cierto Filónides, hombre burlón y amigo de las bromas, acercándose a Postumio, el jefe de la embajada, le volvió la espalda, se agachó, y tirándose de la toga, ultrajó al embajador. Todos los asistentes se rieron del hecho. Postumio tendiendo hacia adelante la túnica manchada, dijo: «Lavaréis esto con mucha sangre, vosotros que os alegráis con tales bromas». Como los tarentinos no dieron ninguna respuesta, los embajadores se marcharon. Y Postumio, sin lavar el ultraje de que había sido objeto su túnica, se lo mostró a los romanos.

- 3 El pueblo se irritó profundamente y dio orden a Emilio<sup>3</sup>, que estaba luchando contra los samnitas, de que dejara por el momento la campaña samnita e invadiera el territorio tarentino y les ofreciera las mismas propuestas de paz que la legación anterior, y si no estaban de acuerdo, les hiciera la guerra con todas sus fuerzas. Él les hizo las mismas ofertas y ya esta vez no se rieron, pues veían al ejército, pero estaban divididos casi por igual en sus opiniones. Finalmente, alguien, al verlos sin saber qué hacer y enzarzados en disputas, les dijo: «Entregar a ciudadanos es propio de gente ya esclavizada y hacer la guerra nosotros solos es arriesgado. Si queremos salvaguardar a toda costa nuestra libertad y luchar en igualdad de condiciones, llamemos a Pirro, rey de Epiro, y hagámosle nuestro general en esta guerra». Y así se hizo.

*(Exc. de las embajadas de los romanos 3, pág. 68)*

<sup>3</sup> L. Emilio Bárbula, cónsul en el 281 a. C.

## 8

Después del naufragio, Pirro, rey de Epiro, desembarcó en Tarento. Los tarentinos, entonces, estaban muy molestos con los oficiales del rey, que se habían instalado por la fuerza en sus casas y habían abusado abiertamente de sus mujeres e hijos. Después, Pirro puso fin a sus comidas de hermandad y a otras reuniones y pasatiempos, por no considerarlas convenientes para un estado de guerra, les ordenó ejercicios militares y estableció como castigo la pena de muerte para quienes desobedecieran las órdenes. En este punto los tarentinos, fatigados por ejercicios y tareas a las que estaban absolutamente desacostumbrados, huyeron de la ciudad, como si les fuera extraña, hacia los campos. El rey cerró las puertas y estableció guardianes. Y los tarentinos comprendieron con claridad su propia estupidez.

(*Exc. de virt.* 6, pág. 219)

## 9

En Regio había una guarnición romana para la seguridad y custodia de la ciudad contra los enemigos. Estos soldados y su jefe, Decio, envidiando los bienes de sus habitantes, aguardaron a una ocasión en que estaban de fiesta en un día sagrado y los mataron y violaron a sus mujeres. Adujeron como excusa de su crimen que los habitantes de Regio iban a entregarle la guarnición a Pirro. Decio se convirtió en gobernante absoluto, en vez de prefecto de guardia, y estableció lazos de amistad con los mamertinos que habitaban al otro lado del estrecho de Sicilia y que, no mucho tiempo antes, habían cometido un ultraje similar con sus propios huéspedes.

Como sufría una afección de los ojos y desconfiaba de los médicos de Regio, hizo venir, desde Mesina, para

que le curase, a un hombre de Regio que había emigrado a Mesina hacía tiempo, que no se conocía que era de Regio. Éste le convenció para que usase ciertos fármacos calientes, si quería un pronto restablecimiento. Le ordenó que se frotara los ojos con algunos ungüentos abrasadores y corrosivos y que aguantara el dolor hasta que él regresara. Luego retornó en secreto a Mesina. Decio, después de soportar el dolor por mucho tiempo, se lavó el ungüento y descubrió que había perdido la vista.

- 3 Fabricio fue enviado por los romanos para restablecer el orden, devolvió la ciudad a los habitantes que aún quedaban de Regio y envió a Roma a los guardianes responsables del motín. A éstos los azotaron en mitad del foro, los decapitaron y arrojaron sus cuerpos sin enterrar. Y Decio que, por estar ciego, fue puesto en prisión con negligencia, se suicidó.

*(Exc. de virt. 7, pág. 219)*

## 10

- 1 Pirro, el rey de Epiro, tras derrotar a los romanos, deseaba que su ejército se recuperara de la dura batalla. Como esperaba que aquéllos se avendrían, en especial entonces, a entablar negociaciones para la paz, envió a Roma a Cineas el tesalio, que gozaba de fama por sus dotes de orador hasta el punto de haber sido comparado con Demóstenes. Cineas, al ser introducido en el senado, hizo muchos elogios en un tono grandilocuente acerca de su rey y recalcó, en especial, su moderación tras el combate, porque no había atacado de inmediato la ciudad ni el campamento vencido. Les ofreció la paz, la amistad y la alianza con Pirro, si incluían en estos tratados a los tarentinos, dejaban libres y autónomos a los demás griegos que habitaban en Italia y devolvían todo lo que habían apresado en

la guerra a los lucanios, samitas, daunios y brucios. Afirmó que, si se realizaban estos tratados, Pirro les devolvería a los prisioneros sin rescate.

Ellos dudaron mucho tiempo, sobrecogidos por la fama de Pirro y por la desgracia que les había ocurrido, hasta que Apio Claudio el Ciego, que se hallaba ya privado de la vista, ordenó a sus hijos que lo llevaran al senado y allí dijo: «Estoy enojado, porque he perdido la visión, pero ahora, también, porque conservo la capacidad de oír. Pues nunca pensé ver ni oír tales deliberaciones de vosotros que, por un solo fracaso, os olvidasteis, en bloque, de vosotros mismos y proyectáis hacer amigos, en vez de enemigos, a quien os hizo esto y a los que lo llamaron, y pensáis entregar la herencia de vuestros antepasados a los lucanios y a los brucios. ¿Qué es esto sino convertir a los romanos en siervos de los macedonios? Y algunos se atreven a llamar a este hecho paz, en vez de esclavitud». Apio, tras decir otras muchas cosas similares a éstas y enardecer los ánimos con ellas, expuso que, si Pirro deseaba la amistad y la alianza de los romanos, se retirara de Italia y entonces enviara una embajada, pero que si permanecía allí, no esperara ser amigo ni aliado, ni juez ni árbitro de los romanos.

El senado dio como respuesta a Cineas lo que precisamente había dicho Apio. Hicieron una leva de dos legiones para Levino<sup>4</sup> con la proclama siguiente: que se inscribiera en el ejército todo el que quisiera dar su nombre para reemplazar a los que habían muerto. Y Cineas, que todavía estaba presente, al ver que ellos se empujaban en su afán de enrolarse, se dice que al regresar junto a Pirro le dijo: «Estamos luchando contra una hidra». Hay otros, en cambio, que opinan que no fue Cineas, sino el propio Pirro, quien dijo esta frase,

<sup>4</sup> P. Valerio Levino, cónsul en el 280 a. C.

cuando vio un ejército romano mayor que el anterior, pues el otro cónsul, Coruncanio, llegó desde Etruria con sus fuerzas para unirse a Levino. Se dice también que Cineas, al preguntarle Pirro otras cosas sobre Roma, le respondió que era una ciudad, en su totalidad, de generales, y, como Pirro se admirara, se rectificó a sí mismo y dijo: «De reyes mejor que de generales». Pirro, al ver que ninguna propuesta de paz salía del senado, se apresuró contra Roma devastándolo todo. A la altura de la ciudad de Anagnia, con el ejército pesado por la carga del botín y la gran cantidad de prisioneros, aplazó el combate y se volvió a Campania, enviando por delante a los elefantes, y distribuyó el ejército entre los cuarteles de invierno de las distintas ciudades.

- 4 Embajadores romanos le propusieron rescatar a los prisioneros o canjearlos por los tarentinos y los otros aliados suyos que tenían en su poder. Sin embargo, él respondió que si, como ya había dicho antes Cineas, se avenían a hacer la paz, liberaría a los prisioneros sin rescate alguno, pero que si estaban dispuestos a proseguir la lucha, no dejaría ir a tantos hombres valientes para que lucharan contra él. No obstante, dispensó a la legación una hospitalidad regia y, enterado de que Fabricio, el jefe de la misma, tenía mucha influencia en la ciudad y era un hombre sumamente pobre, se le aproximó y le dijo que si le conseguía el tratado, le llevaría al Epiro como lugarteniente suyo y partícipe de todas sus posesiones. Le invitó a que tomara ya desde aquel momento una cierta cantidad de dinero, con el pretexto de que se la iba a dar para los que iban a arreglar la paz. Fabricio, por su parte, rompió a reír y no hizo ningún comentario sobre los asuntos públicos pero replicó: «Mi independencia no podéis tomarla ninguno de tus amigos ni tú mismo, rey, y estimo en mucho más a mi pobreza que a la riqueza y miedo a un tiempo de

los tiranos». Otros, sin embargo, afirman que no fue ésta su respuesta sino: «Ten cuidado, no sea que los epirotas, adoptando mi naturaleza, me prefieran a mí».

Cualquiera que fuese la respuesta, Pirro quedó admirado de la altivez de su espíritu y buscó otro camino para conseguir la paz. Permitió a los prisioneros que marcharan a las fiestas saturnales<sup>5</sup> sin vigilancia, a condición de que, si la ciudad aceptaba las propuestas de Pirro, se quedarán libres ya de su prisión, pero que, si no las aceptaba, regresaran a su lado al finalizar las fiestas. El senado les ordenó, aunque ellos les suplicaron e instaron fervientemente a aceptar las propuestas de paz, que se entregaran voluntariamente a Pirro al finalizar el festival en el día fijado y decretó la pena de muerte para los que pospusieran el día. Todos observaron la orden y Pirro pensó, de nuevo, que la guerra era inevitable.

(Exc. de las embajadas de los pueblos 3, pág. 520)

## 11

A Pirro le tenía perplejo ya la marcha de los asuntos romanos y también le causó cierta zozobra un levantamiento entre los molosos. Entonces Agatocles, tirano de Sicilia, acababa de morir y Pirro, que estaba casado con su hija Lanasa, empezó a mirar la isla, en vez de a Italia, como posesión particular. Sin embargo, dudaba todavía en dejar sin ningún acuerdo de paz a los que le habían llamado en su ayuda. Por tanto, aferrándose complacido al pretexto que le había proporcionado la

---

<sup>5</sup> Fiestas en honor de Saturno. Tenían lugar el 17 de diciembre. Eran fiestas más o menos licenciosas, con una mayor permisividad y relajamiento de las costumbres. Se daba una cierta libertad a los esclavos durante estos días e, incluso, había una subversión de las clases sociales. Los esclavos se sentaban a la mesa y se hacían servir por sus dueños.

devolución del traidor, testificó su gratitud a los cónsules y envió a Roma a Cineas para que corroborara dicha gratitud por la salvación de su vida, llevara como recompensa a los prisioneros y se procurara la paz del modo que pudiera. Cineas llevó muchos regalos para hombres y mujeres, pues se había enterado de que la ciudad gustaba mucho del dinero y de los regalos, y de que las mujeres tenían mucha influencia desde siempre entre los romanos.

- 2 Pero ellos se prevenían unos a otros contra la aceptación de los regalos y dicen que nadie, ni hombre ni mujer, cogió nada. Le respondieron igual que antes: que cuando Pirro se marchase de Italia enviara embajadores sin regalos y que no dudarían en hacer nada de lo que fuera justo. Sin embargo, dieron un magnífico hospedaje a los embajadores y devolvieron a Pirro los prisioneros tarentinos y de sus otros aliados. Pirro, a la vista de esto, partió hacia Sicilia con los elefantes (...) y ocho mil jinetes prometiendo a sus aliados que volvería a Italia desde Sicilia. Y regresó al cabo de tres años, cuando lo expulsaron de allí los cartagineses.

*(Exc. de las embajadas de los pueblos 4, pág. 523)*

## 12

- 1 Pirro, después de la batalla y el tratado con los romanos, navegó hacia Sicilia, prometiendo a sus aliados que regresaría desde Sicilia a Italia. Y regresó al cabo de tres años, cuando lo expulsaron de allí los cartagineses y era ya una pesada carga para los sicilianos por causa del hospedaje, del suministro de víveres, de las guarniciones y los tributos que les había impuesto. Enriquecido por estos tributos, regresó a Regio con ciento diez navíos de guerra y un número mucho mayor de barcos mercantes y de transporte. Pero los cartagineses, en un combate naval, le hundieron setenta barcos y,

a excepción de doce, dejaron a los demás inservibles para navegar. Pirro huyó con éstos y se tomó venganza sobre los locrios epizefirios que habían matado a su guarnición y al jefe de ésta por los ultrajes cometidos contra ellos. Pirro los masacró y saqueó con saña cruel, sin respetar siquiera las ofrendas del templo de Proserpina, y comentó con sorna que la piedad extemporánea era superstición y que era una buena decisión amontonar riquezas sin trabajo.

Una tormenta le sorprendió cuando se había hecho <sup>2</sup> a la mar con los despojos del saqueo, y hundió a algunos de sus barcos con sus tripulaciones y a los otros los arrojó contra la costa. Sin embargo, las olas llevaron de vuelta intactos, todos los objetos sagrados a los puertos de los locrios, de forma que Pirro, dándose cuenta tarde de su impiedad, los restituyó al templo de Proserpina y trató de propiciarse a la diosa con muchos sacrificios. Pero como las víctimas no eran propicias, se enfureció todavía más y dio muerte a los que le habían aconsejado el saqueo del templo o a quienes habían asentido a su propuesta o habían tomado parte en el hecho. Tal fue el desastre de Pirro.

(*Exc. de virt.* 8, pág. 220)

## IV

### LA HISTORIA DE LA GALIA (FRAGMENTOS)

#### 1

1 Los galos tomaron la iniciativa en atacar a los romanos y se apoderaron de Roma, con excepción del Capitolio, y la incendiaron. Camilo<sup>1</sup> los venció y los expulsó, y con el tiempo, los volvió a derrotar en un segundo intento de invasión y celebró el triunfo por este motivo a los ochenta años de edad. Un tercer ejército galo que invadió Italia fue destruido también por los romanos bajo el mando de Tito Quintio. Después de esto, los boyos, la tribu más salvaje de los galos, atacaron a los romanos. El dictador Gayo Sulpicio en persona les salió al encuentro con el ejército y se dice que utilizó la siguiente estratagema. Ordenó a los que estaban colocados en la primera línea que, disparando a un tiempo sus lanzas, se agacharan de inmediato hasta que las lanzaran los de la segunda línea, los de la tercera y los de la cuarta, y que, a medida que las fueran lanzando, se agacharan para que no les hirieran las lanzas, y que, cuando los últimos las hubieran lanzado, se levantarán a un tiempo todos juntos y trabaran combate de inmediato dando fuertes gritos. Pues pensaba que el tener que esquivar tantas lanzas seguido de una carga rápida aterrorizaría a los enemigos. Las lanzas eran semejantes a las jabalinas y los romanos las

---

<sup>1</sup> M. Furio Camilo, dictador romano.

llamaban «pilas»<sup>2</sup>, tenían cuatro caras, la mitad de hierro y la otra de madera y eran flexibles excepto en la punta. De esta forma, todo el ejército de los boyos fue destruido por los romanos.

Popilio derrotó a otras tropas galas y, después de aquél,<sup>2</sup> Camilo, el hijo del anterior Camilo, derrotó a las mismas. Emilio Papo también erigió trofeos sobre los galos. Poco antes del consulado de Mario, una horda de galos mucho mayor y más belicosa, la más temible, sobre todo por el vigor corporal de sus componentes, invadió Italia y la Galia, derrotó a algunos cónsules romanos y destrozó sus ejércitos. Mario fue enviado contra ellos y los destruyó a todos. La última y más grande de las guerras emprendidas por los romanos contra los galos fue la que se llevó a cabo bajo el mando de Gayo César. Pues durante los diez años de su campaña se enfrentó a más de cuatro millones de hombres salvajes, considerados en total, y de éstos, un millón fueron hechos prisioneros y otros tantos muertos en combate. Sometieron a cuatrocientas tribus y más de ochocientas ciudades: algunas, que habían hecho defección de su alianza, y otras, apresadas por primera vez. Antes que Mario, Fabio Máximo Emiliano con un ejército muy pequeño combatió contra los galos y mató a ciento veinte mil en una sola batalla, perdiendo sólo a quince de los suyos. E hizo esto a pesar de que sufría por causa de una herida reciente, pasando entre los cuerpos de tropas, animándolos y mostrando cómo había que combatir a los bárbaros, unas veces en carro y otras a pie, sostenido por los brazos de otros.

César, al comenzar la guerra contra ellos, venció a los hel-<sup>3</sup>vecios y tigurinos, que eran unos doscientos mil. Los tigurinos anteriormente habían vencido a un ejército romano mandado por Pisón y Casio y lo habían enviado bajo el yugo, según testimonia Paulo Claudio en sus anales. Labieno, lugarteniente de César, venció ahora a los tigurinos y a los demás los venció César, así como a los trícorios que les ayudaron. Después venció a los germanos acaudillados por Ariovisto, los cuales

---

<sup>2</sup> El *pilum*, como arma arrojadiza, y el *gladius*, espada corta para el combate cuerpo a cuerpo, fueron durante mucho tiempo las armas por excelencia de la legión romana.

aventajaban en estatura incluso a los hombres de mayor tamaño, eran de carácter salvaje, de enorme osadía y despreciaban la muerte pues esperaban una vida ulterior; sobrellevaban con igual paciencia el frío y el calor, se alimentaban de yerbas en tiempo de escasez y los caballos ramoneaban en los árboles. No eran, en cambio, según parece, sufridos en el combate y luchaban sin cálculo ni ciencia, con la pasión como las fieras y, a causa de ello, fueron vencidos por la ciencia y resistencia de los romanos. Aquéllos atacaron con un impulso tremendo y rechazaron a todas las legiones a la vez, pero los romanos se mantuvieron en formación y, venciendoles con una maniobra, dieron muerte, finalmente, a ochenta mil.

4 Después, César atacó a los llamados belgas cuando atravesaban un río y mató a tantos que pudo atravesar el río sobre un puente formado por los cuerpos de los muertos. Los nervios, en cambio, le derrotaron, al atacarle de improviso cuando estaba preparando el campamento, nada más llegar de una marcha; mataron a muchos y, entre ellos, a todos los tribunos y centuriones, y al propio César, que se había refugiado en una colina con su guardia personal, le pusieron cerco. Sin embargo, al atacarles la décima legión por la retaguardia, sucumbieron pese a que eran sesenta mil. Los nervios eran descendientes de los cimrios y de los teutones. César venció también a los alóbroges. Dio muerte a cuatrocientos mil usipetos y tencteros, armados y desarmados conjuntamente. Los sigambros, con quinientos jinetes, derrotaron a cinco mil jinetes de César, atacándoles de manera repentina, pero después lo pagaron con una derrota.

5 César fue también el primer romano que atravesó el Rin y llegó a la Isla Británica, mucho mayor que el mayor continente, y todavía desconocida para los hombres de Roma. Realizó la travesía aprovechando la oportunidad de la marea. Pues al afectarle el movimiento del mar, la flota fue impulsada, al principio despacio, luego con más rapidez, y finalmente, César llegó hasta la Isla Británica con enorme velocidad.

## 2

En la olimpiada noventa y siete, según el cómputo griego, una parte considerable de los galos que habitaban a ambos lados del Rin se movió en busca de otras tierras, ya que las que ellos ocupaban no eran suficientes a causa del número de habitantes. Cruzaron los Alpes e hicieron la guerra a los clusinos, que ocupaban una tierra muy fértil de Etruria. Éstos, que hacía poco tiempo que habían concertado tratados con los romanos, acudieron a ellos en demanda de ayuda. Los romanos les enviaron como embajadores a los tres Fabios, para que instaran a los galos a retirarse de un país que era amigo de Roma y les amenazaran si no obedecían. Los galos replicaron que no temían ni las amenazas ni la guerra de nadie; que estaban necesitados de tierra y no se habían inmiscuido aún en los asuntos de Roma. Los embajadores, los Fabios, apremiaron entonces a los clusinos a que atacaran a los galos mientras estaban devastando el país sin consideración; participaron personalmente en la expedición y mataron a un gran número de galos que andaban recogiendo forraje. El embajador romano Quinto Fabio mató al jefe de aquel grupo, lo despojó de sus armas y las llevó, de regreso, a Clusio.

*(Exc. de las embajadas de los romanos 4, pág. 70)*

## 3

Brenno, el rey de los galos, después que los Fabios hubieran dado muerte a muchos galos, no recibió a los embajadores romanos, sino que, con el propósito de intimidar a los romanos, eligió como embajadores a algunos que destacaban por su estatura entre todos los demás galos, que ya de por sí son todos de gran cor-

pulencia, y los envió a Roma para quejarse de que los Fabios, mientras actuaban como embajadores, les habían hecho la guerra, en contra de las leyes de las naciones. Exigía que les fueran entregados aquéllos para castigarlos, a menos que los romanos quisieran hacer suyo el crimen. Los romanos eran conscientes de que los Fabios habían actuado ilegalmente, pero por respeto a esta familia noble pidieron a los galos que aceptaran una suma de dinero en compensación por ellos. Al no aceptarla éstos, eligieron a los Fabios como tribunos militares para ese año y dijeron a los embajadores galos que no podían hacer nada ahora contra los Fabios, pues estaban ya desempeñando un cargo oficial, pero que regresaran al año siguiente, si todavía continuaban irritados. Brenno y los galos que estaban bajo su mandato consideraron que habían sido ultrajados y, llenos de indignación por ello, enviaron emisarios a otras tribus galas para pedirles, como cosa justa, que hicieran causa común con ellos en esta guerra. Cuando estuvieron reunidos en gran número, levantaron el campamento y marcharon contra Roma.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 5, pág. 523)

## 4

Y él<sup>3</sup> prometió llevar las cartas a través de las filas enemigas hasta el Capitolio.

(*Suda*, s. v. *hyphístatai*)

## 5

Cuando Cedicio llevaba a Camilo el decreto del senado por el que se le nombraba cónsul, le pidió que, en las circunstancias presentes, depusiera su cólera

<sup>3</sup> Poncio Cominio.

contra su patria a causa del castigo sufrido. Este último le interrumpió mientras hablaba y dijo: «Nunca hubiera suplicado que los romanos me desearan, si hubiera conocido lo que había de significar para ellos su deseo, pero ahora haré una súplica más noble: ¡ojalá pueda prestar a mi patria un servicio tan grande como la desgracia en la que se ve envuelta!».

(*Exc. de virt. 9, pág. 221*)

## 6

Como los galos no pudieron subir al Capitolio por ningún medio, permanecieron tranquilos a la espera de reducir a los de dentro por hambre. Un sacerdote llamado Dorsón descendió desde el Capitolio con sus instrumentos sagrados a través de las filas enemigas para llevar a cabo un sacrificio anual al templo de Vesta. Éstos respetaron su osadía, su piedad o quedaron sobrecogidos por la santidad de su figura. Y él, que había escogido el riesgo a causa de sus sagrados menesteres, se salvó por esto mismo. El escritor romano Casio nos refiere que este hecho sucedió así.

(*Exc. de virt. 10, pág. 221*)

## 7

Los galos se atiboraban de vino y de otros alimentos hasta la saciedad, eran incontinentes por naturaleza y poseían un país que, excepción hecha de los cereales, era improductivo y carente de otros frutos. Sus cuerpos, que eran grandes y delicados, llenos de carne fofa a causa del exceso en la comida y la bebida, tendían a la pesadez y corpulencia, y se volvían incapaces por completo de correr y trabajar, así que, cuando era necesario hacer algún esfuerzo se fatigaban con rapidez por causa del sudor y la falta de respiración.

(*Exc. de virt. 11, pág. 222, de allí Suda, s. v. ádēn*)

## 8

Los mostró <sup>4</sup> desnudos a los romanos y dijo: «Ésos son los que os atacan en el combate con gritos agudos, haciendo sonar sus armas y sus grandes espadones y agitando sus cabellos. Observad su falta de temeridad y la blandura y debilidad de su cuerpo, y volved al trabajo».

(*Suda*, s. v. *hiéntes*)

## 9

El pueblo observaba el combate desde las murallas y enviaba continuamente otras tropas de refresco a los que estaban soportando la pelea. Los galos, cansados al tener que luchar con un enemigo en plenitud de facultades, huyeron desordenadamente.

(*Suda*, s. v. *nealês*)

## 10

El galo, furioso y exhausto por la pérdida de sangre, perseguía a Valerio, esforzándose por agarrarse a él y obligarle a caer; sin embargo, como Valerio seguía retirándose continuamente, el galo cayó de bruces. Los romanos se felicitaron de este segundo combate singular con los galos.

(*Suda*, s. v. *liphaimêi*)

## 11

La tribu de los senones, aunque tenía concertado un tratado con Roma, proporcionó, no obstante, mercenarios contra los romanos. El senado envió emisarios

---

<sup>4</sup> Marco Furio Camilo.

quejándose de que, estando bajo tratado, proporcionaban mercenarios contra ellos. El galo Britómaris, irritado porque su padre, siendo aliado de los etruscos, había muerto a manos de los romanos en esta guerra, despedazó a los embajadores que llevaban las insignias de los heraldos o iban revestidos con las vestimentas inviolables de su cargo, y esparció los trozos de sus cuerpos por los campos. Cornelio se enteró por el camino de este hecho execrable y, atacando con toda rapidez a las ciudades de los senones a través del territorio sabino y piceno, las destruyó e incendió a todas, esclavizó a las mujeres y a los niños, dio una muerte cruel a todos los hombres adultos, arrasó el país por los más variados procedimientos y lo dejó inhabitable para el futuro. Sólo se llevó a Britómaris como prisionero para someterlo a tortura. Después los senones, no teniendo ya patria a donde huir, atacaron con osadía a Domicio y, al ser derrotados, se dieron muerte a sí mismos presa de la desesperación. Éste fue el castigo que sufrieron los senones por su violación criminal contra los embajadores.

*(Exc. de las embajadas de los romanos 5, pág. 70)*

## 12

Los jefes de los salios, una tribu vencida por los romanos, se refugiaron junto a los alóbroges. Los romanos los reclamaron y, como los alóbroges no accedieron a entregarlos, les hicieron la guerra bajo el mando de Gneo Domicio. Cuando éste se encontraba atravesando el territorio salio, le salió al encuentro un mensajero de Bituito, rey de los alóbroges, espléndidamente adornado y con una comitiva de lanceros engalanados a su vez y de perros —pues los bárbaros de esta región llevan perros como escolta—. También les seguía un

músico que cantaba, a la usanza bárbara, alabanzas al rey Bituito, a los alóbroges y al propio emisario, celebrando su nacimiento, bravura y riqueza. Por este motivo precisamente, los embajadores distinguidos se hacían acompañar de tales personas. Pero él, aunque pidió perdón para los jefes salios, no consiguió nada.

*(Exc. de las embajadas de los pueblos 6, pág. 524)*

## 13

Una banda numerosa de teutones, que estaba entregada al saqueo, invadió el territorio de Nórico. El cónsul romano Papirio Carbón, temeroso de que invadieran Italia, tomó posiciones en los Alpes, en un lugar donde el paso era muy estrecho. No obstante, como ellos no avanzaron, les atacó bajo la acusación de que habían invadido el pueblo de Nórico, que era amigo de los romanos. Era costumbre de Roma hacer amigos a aquellos que se entregaban para ser aliados, pero sin que hubiera obligación de defenderlos como a tales. Los teutones, al aproximarse Carbón, le enviaron embajadores para decirle que desconocían la existencia de una relación tal entre los romanos y los habitantes de Nórico, y que, en el futuro, se abstendrían de molestarlos. Éste alabó a los embajadores y les proporcionó guías para el viaje de regreso, pero encargó a los guías, en secreto, que siguieran una ruta más larga. Entonces él atravesó por una más corta y atacó a los teutones de improviso, mientras se hallaban todavía descansando. Sin embargo, pagó por su perfidia con la pérdida de muchos hombres. Y tal vez hubieran muerto todos, de no haber sido porque la oscuridad y un enorme aguacero que se desencadenó en el transcurso de la batalla, acompañado de fuertes truenos, separaron a los combatientes y pusieron fin al combate por el temor que ins-

piraba el firmamento. Aún así, los romanos se refugiaron en los bosques en grupos pequeños y se reunieron a duras penas tres días más tarde. Los teutones pasaron a la Galia.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 7, pág. 524*)

## 14

Ordenó que dejaran intactos los cuerpos de los cimbrios hasta que llegara el día, porque pensaban que estaban adornados con mucho oro.

(*Suda, s. v. apsaústōs y kimbros*)

## 15

Dos pueblos, los tigurinos y los helvecios, invadieron la provincia romana de la Galia. Cuando Gayo César se enteró de este movimiento, hizo construir un muro de ciento cincuenta estadios a lo largo del río Ródano. Al enviarle los enemigos unos embajadores con la intención de hacer un tratado, les ordenó entregar rehenes y dinero. Ellos le respondieron que estaban acostumbrados a recibir estas cosas, pero no a entregarlas. Entonces, César, que quería impedir la unión de ambos, envió a Labieno contra los tigurinos, que eran los más débiles, y él mismo marchó contra los helvecios con veinte mil montañeses galos. Labieno tuvo un trabajo fácil, cayó sobre los tigurinos, que estaban desprevenidos a orillas del río, los derrotó y provocó la desbandada de la mayoría.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 8, pág. 525*)

## 16

Ariovisto, rey de los germanos de allende el Rin, pasó a este lado antes de la llegada de César y atacó a los eduos, que eran amigos de los romanos. Pero en-

tonces, convencido por éstos, que le ordenaron desistir se separó de los eduos y deseó ser amigo del pueblo romano, y así ocurrió, dado que César, que era cónsul, votó en su favor.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos 9, pág. 525*)

## 17

Ariovisto, el rey de los germanos que había llegado a ser amigo de los romanos, vino para conferenciar con César y, cuando se separaron de nuevo, manifestó su deseo de sostener otra conversación. Sin embargo, César se negó, pero envió en su lugar a algunos líderes galos. Ariovisto los hizo prisioneros y César se puso en marcha con su ejército contra él y le amenazó. Pero el miedo hizo presa en el ejército por la fama de los germanos.

(*Exc. de las embajadas de los romanos 6, pág. 71*)

## 18

Parece que los usipetes, una tribu germana, y los tencterios pusieron en fuga, sin que mediara provocación, con ochocientos jinetes, a cinco mil jinetes de César y que éste, cuando enviaron embajadores para llegar a un acuerdo con él, los detuvo, y que sufrieron un desastre tan repentino y total, que fueron despedazados cuatrocientos mil germanos. Un escritor romano<sup>5</sup> dice que Catón propuso en Roma que César fuera entregado a los bárbaros, como autor de este crimen llevado a cabo contra gentes que buscaban negociaciones. Pero César, en su propio diario, afirma que, tras ordenar a los usipetes y tencterios que volvieran a sus primitivos lares, le replicaron que habían enviado embajadores a

---

<sup>5</sup> Tamesio Gémino (cf. H. PETER, *Historicorum Romanorum Reliquiae*, vol. II, Stuttgart, reimpr. 1967, pág. 50).

los suevos, los autores de su expulsión, y que aguardaban su respuesta; y que, mientras estaban pendientes de estas negociaciones, le atacaron con ochocientos jinetes, y por ello, pusieron en fuga a cinco mil romanos. Y que, cuando enviaron ellos otra embajada para defenderse por la violación de su buena fe, sospechando otra argucia semejante, les atacó antes de dar su respuesta.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 10, pág. 525)

## 19

De inmediato incitaron a los britanos a violar el juramento, quejándose de que, cuando ya tenían vigencia los tratados, todavía estaba presente el ejército.

(*Suda, s. v. parorkêsai*)

## 20

César, temiendo por Cicerón, se volvió hacia atrás.

(*Suda, s. v. deísantes*)

## 21

Brítores sedujo a los eduos para que hicieran defección de los romanos y, cuando César se lo reprochó, contestaron que tenía preferencia una antigua alianza.

(*Exc. de sent. 6, pág. 66*)

## V

### SOBRE SICILIA Y OTRAS ISLAS (FRAGMENTOS)

#### 1

Al carecer de dinero los romanos y cartagineses, los primeros no podían construir ya barcos, exhaustos por los impuestos, pero reclutaban soldados de infantería y los enviaban cada año a África<sup>1</sup> y a Sicilia; los cartagineses, por su parte, enviaron una embajada al rey de Egipto Tolomeo<sup>2</sup>, hijo de Tolomeo, hijo de Lago, para solicitar un préstamo de dos mil talentos. Éste mantenía relaciones de amistad<sup>3</sup> con los romanos y los cartagineses y trató de reconciliar a ambos. Sin embargo, como no pudo conseguirlo, dijo que debía aliarse con los amigos contra los enemigos, pero no contra amigos.

(Exc. de las embajadas de los pueblos  
11, pág. 526, y Exc. de sent. 7, pág. 66)

---

<sup>1</sup> es Libyén error de Apiano.

<sup>2</sup> Tolomeo Filadelfo (muerto en el 246 a. C.).

<sup>3</sup> El término griego es *philia* (cf. HOLLEAUX, *Rome, la Grèce et les monarchies hellénistiques au 3 siècle av. J. C.*, 1921, páginas 60 y sigs.).

## 2

Cuando los cartagineses habían sufrido dos reveses <sup>1</sup> a un mismo tiempo en tierra y otros dos en el mar, donde se creían netamente superiores, y andaban faltos de dinero, de barcos y de hombres, solicitaron de Lutacio un armisticio y, tras obtenerlo, enviaron embajadores a Roma para negociar un tratado con ciertas condiciones limitadas. Enviaron con los embajadores a Atilio Régulo, el cónsul, que era su prisionero, para que solicitara de su patria que llegara a un acuerdo sobre esas condiciones. Cuando éste llegó como prisionero, revestido a la usanza cartaginesa, y los embajadores le dejaron en el senado, mostró la situación desesperada de los asuntos cartagineses y aconsejó que o bien prosiguieran la guerra con toda la fuerza posible, o bien llegaran a un acuerdo sobre condiciones más satisfactorias. Los cartagineses lo mataron cuando regresó por propia voluntad a Cartago, colocándolo de pie entre planchas erizadas por todas partes de púas de hierro, para que de ninguna forma pudiera reclinarsse. Sin embargo, hicieron la paz sobre condiciones más satisfactorias para ellos.

Las condiciones del tratado <sup>4</sup> fueron las siguientes: <sup>2</sup> que todos los prisioneros romanos y los desertores que estaban en poder de los cartagineses fueran devueltos a los romanos; que fueran entregadas a los romanos Sicilia y todas las islas pequeñas adyacentes; que los cartagineses no iniciaran ninguna guerra contra los siracusanos o contra su tirano Hierón; que no reclutaran mercenarios en ningún lugar de Italia y que pagaran una indemnización de guerra a los romanos de dos mil talentos euboicos en veinte años, llevando a Roma una

<sup>4</sup> Cf. DÍAZ TEJERA, «En torno al tratado de Lutacio entre Roma y Cartago», *Habis* 2 (1971), 109-126.

parte proporcional cada año —el talento euboico equivale a siete mil dracmas alejandrinos—. Así terminó la primera guerra entre romanos y cartagineses por la posesión de Sicilia, que se había prolongado durante veinticuatro años. Los romanos perdieron en ella setecientas naves y los cartagineses, quinientas. Los romanos entraron, de este modo, en posesión de la mayor parte de Sicilia, que antes poseían los cartagineses. Les impusieron tributos, distribuyeron ciertas cargas navales entre sus ciudades y enviaron cada año un pretor a Sicilia. A Hierón, el tirano de Siracusa, lo hicieron amigo y aliado por los favores que había hecho a los romanos en esta guerra.

- 3 Al acabar la guerra, los mercenarios galos reclamaron a los cartagineses la paga que les adeudaban todavía por su servicio en Sicilia y todos aquellos regalos que les había prometido Amílcar. También presentaron las mismas demandas los soldados africanos, aunque éstos eran súbditos de los cartagineses, a causa de su intervención en Sicilia, y lo hicieron de forma más orgullosa, al ver que los cartagineses estaban debilitados y humillados. Contribuía a su enojo la muerte de tres mil compañeros a quienes habían crucificado los cartagineses por su desertión a los romanos. Y cuando los cartagineses rehusaron acceder a las demandas de unos y otros, se apoderaron, ambos, de Túnez y de Útica, que es la ciudad más grande de África después de Cartago. Tomándola como base de operaciones, se dedicaron a provocar la insurrección del resto de África, se atrajeron a algunos númidas, acogieron a una gran cantidad de esclavos fugitivos y devastaron todas las posesiones de los cartagineses. Éstos, combatidos en todos los frentes, llamaron a los romanos como aliados contra los africanos. Aquéllos no enviaron ningún ejército, pero les permitieron importar provisiones de Italia y Sicilia, y reclutar mercenarios en Italia sólo

para esta guerra. Enviaron también embajadores a África para ver si podían poner fin a la guerra, pero éstos regresaron sin haber conseguido nada. Los cartagineses prosiguieron la lucha con toda energía.

(*Exc. de las embajadas de los pueblos* 12, pág. 526)

## 3

Hipócrates y Epícides eran dos hermanos, ambos, generales de los siracusanos. Durante largo tiempo mantuvieron una actitud hostil hacia los romanos, pero, dado que no pudieron incitar a la guerra a Siracusa, huyeron junto a los leontinos, que eran enemigos de los siracusanos, y acusaron a su patria de haber renovado, ellos solos, un tratado con los romanos, a pesar de los que había concertado Hierón, que incluían a toda Sicilia. Los leontinos se encolerizaron por ello. Y los siracusanos hicieron la proclama de que, si alguien traía la cabeza de Hipócrates o Epícides, se le pagaría su peso en oro. Sin embargo, los leontinos eligieron a Hipócrates como su general.

(*Exc. de virt.* 12, pág. 222, de donde *Suda*, s. v. *Epikýdēs*)

## 4

Los sicilianos, que ya hacía tiempo estaban irritados contra el general Marcelo por su crueldad, se enojaron aún más contra él por esta acción: por haber penetrado a traición en Siracusa. Por esta razón se pasaron al lado de Hipócrates y juraron todos no hacer la paz por separado, le enviaron provisiones y un ejército de veinte mil soldados de infantería y cinco mil jinetes.

(*Exc. de virt.* 13, pág. 222)

## 5

A causa de su mala fama, nadie confiaba en Marcelo, excepto bajo juramento. Por esta razón, cuando los tauromenios se le entregaron voluntariamente, hizo un pacto y juró que no establecería una guarnición en la ciudad ni reclutaría soldados en ella.

(*Exc. de virt.* 14, pág. 223)

## 6

1 Parece que la isla de Creta estaba bien dispuesta, desde un principio, hacia Mitrídates, rey del Ponto, y se dice que le proporcionó mercenarios cuando estaba en guerra contra los romanos. Se cree también que ellos, por favorecer a Mitrídates, toleraron y se aliaron abiertamente con los piratas que surcaban el mar entonces, pese a que eran perseguidos por Marco Antonio. Cuando este último les envió una embajada, los menospreciaron y les respondieron con desdén. Por este motivo, Antonio los combatió de inmediato y, aunque no obtuvo un triunfo, no obstante se ganó el título de Crético por esta empresa. Éste era el padre de aquel Marco Antonio que combatió posteriormente contra César Augusto en Accio. Al decretar los romanos hacer la guerra a los cretenses a causa de estos hechos, éstos enviaron embajadores a Roma para negociar la paz. Los romanos ordenaron que les entregaran a Lástenes, el que había combatido contra Antonio, y la totalidad de los barcos piratas, así como todos los prisioneros romanos que tuvieran, junto con trescientos rehenes y cuatro mil talentos de plata.

2 Los cretenses no aceptaron estas condiciones y Metelo fue elegido general contra ellos. Metelo venció en Cidonia a Lástenes, que huyó a Cnoso, y Panares

entregó Cidonia a Metelo, a condición de que le garantizara su seguridad personal. Mientras Metelo estaba sitiando Cnoso, Lástenes prendió fuego a su casa después de haberla llenado de dinero y huyó de Cnoso. Entonces los cretenses enviaron embajadores a Pompeyo el Magno, que dirigía la guerra contra los piratas y contra Mitrídates, para decirle que, si venía, se le entregarían voluntariamente. Él, como estaba ocupado en aquel momento, ordenó a Metelo que se retirara de la isla, porque no era necesario ya combatir a quienes estaban dispuestos a entregarse, y comunicó que iría después, para recibir la rendición de la isla. Sin embargo, Metelo no hizo caso y persistió en la guerra hasta someterla, pactando con Lástenes lo mismo que con Panares. Obtuvo, pues, un triunfo y fue llamado Crético con más justicia que Antonio, ya que fue él quien realmente sometió a la isla.

(Fragm. VI compuesto a partir de *Exc. de las embajadas de los romanos* 7, pág. 71, y *Exc. de las embajadas de los pueblos* 13, pág. 527)

## 7

El patricio Clodio, apodado *Pulcher*, esto es: distinguido, estaba enamorado de la esposa de Gayo César. Se disfrazó de mujer desde la cabeza a los pies (todavía era imberbe) y entró en la casa de Gayo durante la noche, como una mujer, en una ocasión en la que sólo estaba permitida la entrada a las mujeres por celebrarse los misterios. Sin embargo, al haber perdido su guía y ser reconocido por otras por el sonido de su voz, fue expulsado.

(*Exc. de virt.* 15, pág. 223)

## INDICE DE NOMBRES

Las abreviaturas utilizadas para designar los diferentes libros de Apiano son las siguientes: *P.* = *Prólogo*; *R.* = *De la realeza*; *It.* = *Sobre Italia*; *Sa.* = *La historia samnita*; *Ga.* = *La historia de la Galia*; *Si.* = *Sobre Sicilia y otras islas*; *Ib.* = *Sobre Iberia*; *An.* = *La guerra de Aníbal*; *Af.* = *Sobre Africa*; *Nu.* = *Sobre Numidia*; *Mac.* = *Sobre Macedonia*; *Il.* = *Sobre Iliria*; *Sir.* = *Sobre Siria*; *Mi.* = *Sobre Mitrídates*.

Los nombres de dioses han sido traducidos por el correlato correspondiente en la mitología romana, dado que se trata de una historia de Roma, desde una óptica romana y con personajes romanos como protagonistas principales, aunque en el texto original, figura la terminología griega para los nombres de los dioses. Los étnicos se han incorporado al índice por la importancia que tienen, así como por la rareza y abundancia de los mismos en diferentes y extensas partes de los libros traducidos. Los nombres geográficos se han conservado, en general, tal como aparecen en el original, salvo aquellos casos que, por su entidad y singularidad, parecían aconsejar que se diera la equivalencia moderna. En estos casos, no obstante, se da en nota la forma original.

- |  |  |
|--|--|
| Abido (ciudad de la Tróade),<br><i>Sir.</i> 21; 23; 28; <i>Mi.</i> 56. | Acarmania (región de Grecia),<br><i>Mac.</i> XI, 4; <i>Sir.</i> 16; <i>Mi.</i> 95. |
| aborígenes (primitivos habitantes de Italia), <i>R.</i> I, 1; I A.     | Acaya (región de Grecia), <i>Mi.</i> 96.   |
| Abrúpolis (amigo de los romanos), <i>Mac.</i> XI, 2; 6.                | Acaya (ciudad de Siria), <i>Sir.</i> 57; (ciudad de Partia), <i>Sir.</i> 57.       |
| Academia (bosque de la —, en el Ática, Grecia), <i>Mi.</i> 30.         | Accio (promontorio del terri-  |

- torio de Anactoria en la Acarnania), *Si.* VI, 1.
- Acilio Glabrio, Manio (general romano contra Antíoco), *Sir.* 17; 18; 19; 21; 23.
- Acio (líder de los volscos), *It.* V, 5.
- Acola (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- Acrópolis (ciudadela de Atenas), *Mi.* 38; 39.
- Adana (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Adramitio (los habitantes de —, en Asia), *Mi.* 23.
- Adriano (emperador de Roma), *Ib.* 38; *Sir.* 50.
- Adriático (o mar Jonio, confusión en Apiano), *P.* 14; *Il.* 1; 3; 7; 8; 12; *Sir.* 15; 16; 63; *Mi.* 95; 112.
- Africa, *P.* 4; 9; 12; *Si.* I; II, 3; *Ib.* 4; 9; 14; 18; 19; 29; 37; 56; 57; 67; 89; *An.* 55; 57; 59; 60; *Af.* 1; 2; 3; 4; 6; 7; 9; 10; 13; 17; 27; 42; 48; 49; 51; 54; 57; 60; 62; 63; 65; 67; 73; 74; 75; 76; 83; 88; 89; 94; 100; 111; 112; 120; 126; 135; 136; *Nu.* II; *Mac.* I; *Il.* 4; *Sir.* 31; *Mi.* 16; 95; 121.
- africanos (habitantes de Africa, en general no cartagineses), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 12; 14; 16; 17; 19; 20; 27; *An.* 4; 5; 22; 28; 50; *Af.* 1; 5; 9; 14; 15; 21; 36; 40; 44; 68; 71; 101; 103; 126.
- Agamenón (en mitología, rey de Argos y Micenas), *Mi.* 53.
- agaros (una tribu escita), *Mi.* 88.
- Agatocles (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Agatocles (tirano de Sicilia), *Sa.* XI, 1; *Af.* 14; 110.
- agema (cuerpo de caballería macedónico), *Sir.* 32.
- agrianes (tribu de Iliria), *Il.* 14.
- Agripa (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Agripa (general de Augusto), *Il.* 20.
- Agrón (rey de una parte de Iliria), *Il.* 7.
- Agropas (en mitología, rey de Alba), *R.* I A.
- Alba (ciudad del Lacio), *R.* I, 2; I A; *An.* 39; *Af.* 89.
- Alba (colonia romana entre los equos), *An.* 39.
- albanios (habitantes de la primitiva Alba), *An.* 39.
- Albanos (montes al noroeste de Roma), *R.* I A; *Sa.* I, 2.
- albanos (tribu del Cáucaso, en Asia), *Mi.* 103; 114; 116.
- albenses (habitantes de la colonia romana de Alba), *An.* 39.
- Alcetas (prefecto de Caria), *Sir.* 52.
- Alejandrécata (ciudad de Escitia), *Sir.* 57.
- Alejandría (ciudad de Egipto), *P.* 15; *Sir.* 51; 66; *Mi.* 33.

- Alejandría (junto al Granico, en Asia), *Sir.* 29.
- alejandrinos (habitantes de Alejandría), *Sir.* 51.
- Alejandro (proedro de los etolios), *Mac.* IX, 1; 2.
- Alejandro (de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo del anterior), *Sir.* 13.
- Alejandro (hijo de Lisímaco), *Sir.* 64.
- Alejandro (hijo de Alejandro Balas), *Sir.* 68.
- Alejandro (hijo de Alejandro, rey de Egipto), *Mi.* 23.
- Alejandro (enviado de Mitrídates para asesinar a Nicomedes), *Mi.* 57.
- Alejandro (el paflagonio, lugarteniente de Mitrídates), *Mi.* 76; 77.
- Alejandro Balas (bastardo del linaje seleúcida), *Sir.* 67; 68; 70.
- Alejandro Magno (rey de Macedonia), *P.* 8; 9; 10; *Il.* 3; 14; *Sir.* 1; 10; 19; 32; 52; 54; 55; 56; 57; 61; 63; 64; 70; *Mi.* 8; 19; 20; 83; 89; 117.
- Alejandrópolis (ciudad de la India), *Sir.* 57.
- alóbrogos (tribu gala), *Ga.* I, 4; XII.
- Alpes (cordillera de Europa), *Ga.* II; XIII; *Ib.* 13; 14; *An.* 4; 6; 8; 52; *Il.* 1; 4; 10; 15; 16; 17; *Sir.* 10; 13; *Mi.* 102; 117.
- Amastris (ciudad del Ponto), *Mi.* 11; 12; 82.
- Amazonas (en mitología, pueblo de mujeres guerreras), *Mi.* 78; 83; 103; (país de las —, en el Ponto), *Mi.* 69.
- Ambón (líder de los arevacos), *Ib.* 46.
- Ambracia (ciudad de Tesprocia), *Mac.* III, 1; *Sir.* 17.
- Amigos (caballería de los —, cuerpo de jinetes de Alejandro), *Sir.* 32; 57.
- Amílcar (almirante cartaginés), *Af.* 24.
- Amílcar Barca (general cartaginés), *Si.* II, 3; *Ib.* 4; 5; 6; 8; 24; 28; *An.* 2; 3.
- Amílcar «el Samnita» (jefe de la facción democrática de Cartago), *Af.* 68; 70.
- Aminandro (rey de los atamanes), *Mac.* III, 1; VIII; *Sir.* 13; 14; 17.
- Amintas (padre de Filipo, rey de Macedonia), *P.* 8; 10.
- Amisos (ciudad del Ponto), *Mi.* 8; 78; 83; 120.
- ammonios (pueblo de África), *P.* 1.
- Anneo (río de Paflagonia), *Mi.* 18.
- Amulio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Anagnia (ciudad de Italia), *Sa.* X, 3.
- Anco Hostilio (error de Apiano por Tulio, rey de Roma), *R.* II; *Af.* 112.

- Anco Marcio (rey de Roma), *R.* II.
- Anda (ciudad de África), *Af.* 24.
- Andriscos el Pseudofilipo (aspirante al trono de Macedonia), *Af.* 135.
- Androcoto (rey de un pueblo del Indo), *Sir.* 55.
- Andronico (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Andronico (embajador de Atalo, hermano de Eúmenes), *Mi.* 4; 5.
- Anfípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Aníbal (el paso de —), *An.* 4.
- Aníbal Barca (general cartaginés), *Ib.* 6; 8; 9; 10; 11; 12; 13; 14; 15; 17; 18; 28; 56; 75; *An.* 1-22; 24-26; 28-38; 40-61; *Af.* 2; 6; 7; 9; 15; 23; 31; 33; 35-49; 54-56; 58-59; 63; *Mac.* I; *Sir.* 4; 7-11; 13-15; 17; 22; 28; *Mi.* 109.
- Aníbal «el Estornino» (jefe de la facción cartaginesa pro Masinissa), *Af.* 68.
- Anicio (general romano), *Il.* 9.
- Anio (río del Lacio), *An.* 38-40.
- Annón el Grande (general cartaginés), *Ib.* 4-5; *Af.* 34; 49; 50; 68.
- Annón (sobrino de Aníbal), *An.* 20; 29-30; 36-37.
- Annón (otro general cartaginés), *Ib.* 31.
- Annón (comandante de la guarnición cartaginesa en Capua), *An.* 43.
- Annón (comandante en jefe de la caballería de Asdrúbal), *Af.* 14.
- Annón (hijo de Bomílcar), *Af.* 24; 29-31.
- Annón «el Blanco» (un cartaginés), *Af.* 108.
- Anquises (en mitología, padre de Eneas), *R.* I, 1.
- Antícrago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Antígono (sátrapa de Frigia, Licia y Panfilia), *Sir.* 53-55; *Mi.* 9.
- Antíoco el Asiático (hijo de Antíoco el Piadoso), *Sir.* 49; 70; *Mi.* 106.
- Antíoco de Comagene, *Mi.* 106; 114; 117.
- Antíoco Ciziceno (hijo de Antíoco, el hermano de Demetrio Nicátor y de Cleopatra), *Sir.* 68; 69.
- Antíoco Epífanes (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 39; 45-47; 66.
- Antíoco Eupátor (hijo de Antíoco Epífanes), *Sir.* 46; 66.
- Antíoco Gripo (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Antíoco el Grande (hijo de Seleuco II), *Af.* 134; *Mac.* IV; IX, 5; 6; XI, 4; 8; *Sir.* 1-9; 11-13; 15-25; 27-34; 36-39; 42-46; 66; *Mi.* 23; 62.
- Antíoco (otro hijo del ante-

- rior), *Sir.* 4; (el hijo más joven), *Sir.* 39.
- Antíoco el Piadoso (hijo de Antíoco Ciziceno), *Sir.* 48; 69; *Mi.* 105; 106.
- Antíoco Sidetes (hijo de Demetrio Soter y hermano de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Antíoco Soter (hijo de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60; 63; 65.
- Antíoco Teos (hijo de Antíoco Soter y abuelo de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 65-66.
- Antioquía (nombre de 16 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la que se hallaba al pie del monte Líbano), *Sir.* 57.
- Antióquide (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Antípatro (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52-53; *Mi.* 8.
- Antonio, Gayo (hermano de Marco Antonio, el triunviro), *Il.* 12.
- Antonio, Marco (el triunviro), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Il.* 13; 16; 17; 19; 28; *Mi.* 121.
- Antonio, Marco (Crético, padre del anterior), *Si.* VI, 1-2.
- Apama (hija de Alejandro de Megalópolis), *Sir.* 13.
- Apamea (otro nombre dado a la ciudad de Celenas, en Frigia), *Sir.* 36; 39.
- Apamea (nombre de 3 ciudades, fundadas por Seleuco Nicátor, la más famosa de las cuales era la de Siria), *Sir.* 57.
- Apamea (ciudad de Bitinia), *Mi.* 19; 77.
- Apeninos (montes de Italia), *An.* 8.
- Apiano (historiador griego), *P.* 15.
- Apio (véase Claudio Pulcher, Apio).
- Apión (rey de Cirene), *Mi.* 121.
- Apolo (en mitología, dios griego y romano), *Il.* 4; (estatua de —), *Il.* 30; *Sir.* 12.
- Apolo (promontorio de —, lugar de África), *Af.* 34.
- Apolo (santuario de —, en Cartago), *Af.* 127; 133.
- Apolonia (ciudad griega de los misios de Europa); *Il.* 30; 57.
- Apolonia (ciudad de Iliria), *Il.* 8; *Sir.* 17.
- Apsar (amigo de Yugurta), *Nu.* V.
- Apsaro (río de Armenia), *Mi.* 101.
- Apuleyo (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Apustio, Lucio, *Mac.* IV.
- Aquea (Liga —), *Mac.* VII.
- aqueos (habitantes de Acaya, en Grecia), *Mac.* VII; *Sir.* 14; 26; 31; 63; *Mi.* 29 (de allende la Cólquide).
- aqueos (de Escitia), *Mi.* 67; 69; 102; 116.
- aquerranos (habitantes de Aquerra, en Campania), *Af.* 63.

- Aquilea (ciudad de la Galia), *Il.* 18.
- Aquiles (voto de —), *It.* VIII, 2.
- Aquilio, Manio (general romano), *Mi.* 57.
- Aquilio, Manio (hijo del anterior), *Mi.* 11; 17; 19; 21; 112; 113.
- árabes (vecinos a Siria), *Sir.* 32; 49; 51; 55; 57; (— nabateos), *Mi.* 106; 114.
- Arabia (país de Asia), *P.* 2; 9.
- Aracosia (país de Asia), *Sir.* 55.
- Araxes (afluente mayor del Cirno, entre Armenia y Media), *Mi.* 103.
- arcadios (habitantes de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Arcatias (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 18; 35; 41.
- Ardea (ciudad del Lacio), *It.* VIII, 2.
- ardeos (tribu iliria), *Il.* 10.
- ardieos (tribu iliria), *Il.* 3.
- areácida (tribu númida), *Af.* 33.
- Aretas (rey de los árabes nabateos), *Mi.* 106; 117.
- Aretusa (ciudad junto al río Orontes, en Asia), *Sir.* 57.
- arevacos (tribu celtíbera), *Ib.* 45-46; 48; 50; 51; 66; 76; 94; 99.
- Argantonio (rey de Tartesos, en Iberia), *Ib.* 2; 63.
- argéadas (dinastía de reyes macedonios), *Mac.* II; *Sir.* 63.
- Argiripa (ciudad de Italia), *An.* 31.
- Argonautas (en mitología, expedicionarios a la Cólquide), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Argos (nombre de varias ciudades en diversos lugares), *Sir.* 63.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 5; 32; 42.
- Ariárates (rey de Capadocia, hermano de Olofernes), *Sir.* 47.
- Ariárates (gobernador de Capadocia), *Mi.* 8.
- Ariárates (rey de Capadocia), *Mi.* 10.
- Ariárates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 15.
- Arimino (ciudad de Italia), *An.* 12.
- Ariobarzanes (rey de Capadocia, sucesor de Ariárates), *Sir.* 48; *Mi.* 10; 11; 13; 15; 16; 56-58; 60; 64; 66-67; 105; 114.
- Ariovisto (caudillo germano), *Ga.* I, 3; XVI; XVII.
- Aristandro (adivino de Alejandro Magno), *Sir.* 64.
- Aristarco (príncipe de los colcos), *Mi.* 114.
- Aristides, *Sir.* 41.
- Aristión (el epicúreo, tirano de Atenas), *Mi.* 28-30; 38-39.
- Aristobulo (rey de los judíos), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 117.
- Aristón (mercader de Tiro), *Sir.* 8.

- Aristonico (hijo ilegítimo de Eúmenes II de Pérgamo), *Mi.* 12; 62.
- Armenia (país de Asia), *Sir.* 49; 57; *Mi.* 13; 67; 88; 101; 104-105; (gentes de Armenia), *Mi.* 114; 116; (rey de —), 119.
- Armenia Mayor (en época romana, la parte de Armenia al este del Éufrates), *P.* 2; 4.
- Armenia Menor (en época romana, la parte de Armenia al oeste del Éufrates), *P.* 2; *Mi.* 90; 105; 115.
- armenios (habitantes de Armenia), *Mi.* 69; 87; (población armenia), 114.
- Arquelao (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-18; 27-32; 34-37; 40-45; 49-50; 54-55; 58; 64.
- Arquelao (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 114; 121.
- Arrideo (hermano de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 54.
- Arsa (ciudad de Iberia), *Ib.* 70.
- Arsaces (rey de Partia), *Mi.* 15.
- Artafernes (hijo de Mitrídates), *Mi.* 108; 117.
- Artaxata (residencia real de Tigranes), *Mi.* 104.
- Artaxias (rey de los armenios), *Sir.* 46; 66.
- Artetauro (príncipe de los ilirios), *Mac.* XI, 2; 6.
- Artoces (rey de los iberos de Asia), *Mi.* 103; 117.
- Asandro (enemigo de Farnaces), *Mi.* 120.
- Asasis (prefecto de caballería de Masinissa), *Af.* 70.
- Ascanio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 1.
- Asclepiódoto (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Asdrúbal (cuñado de Amílcar), *Ib.* 4; 5; 6; 8; *An.* 2-3.
- Asdrúbal (hermano de Aníbal), *Ib.* 13; 15-16; 24; 28; *An.* 4; 16; 52.
- Asdrúbal (hijo de Giscón), *Ib.* 16; 24; 25; 27; 30; 37; *Af.* 9; 10; 13-15; 17; 18; 20; 22; 24; 27; 29-30; 36; 38.
- Asdrúbal (almirante cartaginés), *An.* 58; *Af.* 34.
- Asdrúbal (el Boetarca, jefe de las tropas auxiliares), *Af.* 70-74; 80; 93; 97; 102-104; 108-111; 114; 118; 120; 126-127; 130-132.
- Asdrúbal (nieta de Masinissa), *Af.* 93; 111.
- Asdrúbal Erifo (cartaginés), *Af.* 34; 49; 53.
- Asia, *Mac.* IX, 5; XI, 4; *Sir.* 1; 3; 6; 12; 14; 15; 17; 21; 53; 55-57; 63; 65; *Mi.* 6; (territorios de Asia), *Mi.* 16; 20; 21; 23; 24; 49; 51; 55; 60-64; 68-69; 91; 97; 101; 120.
- Asia (de en torno a Pérgamo), *Mac.* XI, 1; *Mi.* 3; 11; 118.
- Asia (de en torno al Éufrates), *Sir.* 1.

- Asia (de esta parte del monte Tauro), *Sir.* 29; 38.
- Asia (interior), *Sir.* 59.
- Asia (provincia de —), *Mi.* 53; 58; 60-61; 68; 77; 83; 90; 92.
- Asia (imperio de —), *P.* 4; 8; 9.
- Asiático (sobrenombre de Antíoco, hijo de Antíoco el Píadoso; véase).
- Asiria (país de Asia), *Af.* 132.
- asirio (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- Aspis (ciudad de Africa), *Af.* 3.
- Astaco (ciudad de Bitinia, en Asia), *Sir.* 57.
- Astapa (ciudad de Iberia), *Ib.* 33.
- astapenses (habitantes de Astapa), *Ib.* 33.
- Atabirio (monte de Rodas), *Mi.* 26.
- Átalo (padre de Eúmenes), *Mac.* IV; *Sir.* 38; 44.
- Átalo (hermano de Eúmenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5; 36; 45; *Mi.* 3-7.
- Átalo (príncipe de Paflagonia), *Mi.* 114.
- Átalo Filométor (hijo de Eúmenes II), *Mi.* 62.
- atamanes (tribu del Epiro), *Mac.* III, 1; *Sir.* 13; 17.
- Atamania (región del Epiro), *Sir.* 17.
- Atela (ciudad de Campania), *An.* 49.
- Atenas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Mac.* IV; *Sir.* 68; *Mi.* 34-35; 38-39.
- atenienses (habitantes de Atenas), *Af.* 87; *Mac.* IV; VII; *Mi.* 28; 30; 83.
- Atenión (mote peyorativo dado a Fimbria), *Mi.* 59.
- Ática (región de Grecia), *Mi.* 30; 35; *Mac.* IV; *Mi.* 95.
- Atidio (senador romano prófugo), *Mi.* 90.
- Atilio (G. Atilio Serrano), *An.* 5.
- Atilio (M. Atilio Régulo, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 16.
- Atilio, Marco (M. Atilio Serrano, pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 58-59.
- Atilio Régulo (cónsul en el 241 a. C.), *Si.* II, 1; (jefe de la flota romana en Africa en el 256 a. C.), *Af.* 3; 4; 63.
- Atilio (predecesor de Livio en el mando de la flota romana), *Sir.* 22.
- Atilio, Publio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- atintanos (tribu iliria), *Il.* 7-8.
- Atlas (monte de Mauritania, en Africa), *Nu.* V.
- Atreo (hijos de —, en mitología reyes de Argos y Micenas), *Sir.* 63.
- Audacia (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Audax (lusitano amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Aufido (río de Apulia, en Italia), *An.* 16.
- Augusto (véase César Augusto).
- Aulonia (ciudad de Brucios, en Italia), *An.* 49.

- aurupinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Autarico (hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- autaricos (tribu de Iliria), *Il.* 2-5.
- Autólico (compañero de Hércules contra las Amazonas), *Mi.* 83.
- Autronio Peto (un cónsul), *Il.* 28.
- Avaro (un numantino), *Ib.* 95.
- avendeatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Aventino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Axinio (ciudad de Iberia), *Ib.* 47.
- Azov (mar de —), *Mi.* 101; 103; 119; (territorios del —), *Mi.* 102; (pueblos del mar de —), *Mi.* 15.
- Babilonia (satrapía de —, en Asia), *Sir.* 47; 53-57; 65.
- babilonios (habitantes de Babilonia), *Sir.* 1; 47.
- Baco (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 82.
- bactrianos (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Bagadates (sátrapa de Tigranes), *Sir.* 48-49.
- Bagoas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Baleares (islas del Mediterráneo), *P.* 5.
- baleares (honderos), *Af.* 40.
- Bannón Tigilas (legado cartaginés), *Af.* 82; 86.
- Barba (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77.
- Barca (apelativo de Amílcar, véase éste).
- basilidas (tribus de la desembocadura del Dnieper), *Mi.* 69.
- Basilo (un tribuno militar), *Mi.* 50.
- bastarnas (tribus de la Sarmacia europea), *Mac.* XI 1; *Il.* 4; 22; *Mi.* 15; 69; 71.
- bastitanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 66.
- batiatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Bebio (prefecto de Macedonia), *Sir.* 16.
- Bebio (oficial romano), *Il.* 13.
- Bebricia (= Bitinia de Tracia), *Mi.* 1.
- Bécor (fortaleza de Iberia), *Ib.* 65.
- belgas (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Belgeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 100.
- belos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- beneventinos (habitantes de Benevento), *An.* 36-37.
- Benevento (ciudad de Italia), *An.* 37.
- Beocia (región de Grecia), *Mi.* 29-30; 41; 51; 95.
- beocios (habitantes de Beocia), *Mac.* VIII; XI, 1; 7.
- Berenice (hija de Tolomeo Filadelfo y esposa de Antíoco Teos), *Sir.* 65.
- Bernice (pequeña ciudad del Epiro), *Mi.* 4.

- Berrea (ciudad de Asia, homónima de otra en Macedonia), *Sir.* 57.
- besios (pueblo de Tracia o Iliria), *Il.* 16.
- Bética (error de Apiano por Bécula, ciudad de Iberia), *Ib.* 24.
- Betis (río de Iberia), *Ib.* 71; 75.
- Beturia (región de Iberia), *Ib.* 68.
- Bibulo (M. Lucio por error en Apiano, procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Biesio (prefecto de caballería), *Ib.* 47.
- Birsa (primitivo núcleo de población de Cartago), *Af.* 1; 2; 95; 117; 127; 128; 130; 135.
- Bitia (prefecto de la caballería nómada), *Af.* 111; 114; 120.
- Bitias (río de la Bitinia Tracia), *Mi.* 1.
- Bitinia (país al noroeste de Asia Menor), *Sir.* 11; *Mi.* 1; 2; 4; 6-7; 10; 11; 17; 60; 68; 71; 75; 77; 95; 112; 121.
- bitinios (habitantes de Bitinia), *P.* 2; *Sir.* 23; *Mi.* 4-5; 7; 16.
- Bitis (rey legendario epónimo de Bitinia), *Mi.* 1.
- Bituito (rey de los alóbroges), *Ga.* XII.
- Bituito (oficial galo), *Mi.* 111.
- Bizancio (ciudad de Tracia), *Mi.* 1.
- bizantinos (habitantes de Bizancio), *Mac.* XI, 1; 7; *Sir.* 6; 12.
- Blacio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- blastofenicios (tribu de Iberia), *Ib.* 56.
- Blítor (prefecto de Mesopotamia), *Sir.* 53.
- Boco (rey de Mauritania), *Nu.* IV; V.
- Bomílcar (general cartaginés), *Af.* 24; *Nu.* I.
- Bósforo (estrecho entre Asia y Europa), *Mi.* 78; 83; 101; (tribus del —), *Mi.* 64; 67; (región del —), *Mi.* 113; (reino del —), *Mi.* 114; (región del Bósforo tracio), *Mi.* 119.
- bosporianos (tribu del Bósforo), *Mi.* 64.
- Bostar (comandante cartaginés en Capua), *An.* 43.
- boyos (tribu gala), *Ga.* I, 1; *An.* 5; 8.
- brácaros (pueblo de Lusitania), *Ib.* 72.
- Brenno (rey de los Galos), *Ga.* III.
- Brindisi (ciudad de Italia), *An.* 34; *Mac.* XIX; *Il.* 12; *Sir.* 17; 43; *Mi.* 51; 93; 95.
- Británica (isla en el Atlántico), *P.* 5; 9; *Ga.* I, 5.
- britanos (habitantes de Britania), *P.* 1; *Ga.* XIX; *Ib.* 1.
- Britómaris (caudillo galo), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.

- Bríttores (un galo), *Ga.* XXI.  
 Brucios (región de Italia), *Ib.* 44.  
 brucios (pueblo de Italia), *Sa.* X, 1; 2; *An.* 49; 54; 56-57; 61; *Af.* 47; 58.  
 Brutio (prefecto de Macedonia), *Mi.* 29.  
 Bruto (Décimo Bruto Albino, amigo de César), *Il.* 19.  
 Bruto, Sexto Junio (oficial romano), *Ib.* 71-73; 80; 82; 99.  
 Buteón (sobrino de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 84.  
 Cabeza del León (fortaleza de Frigia), *Mi.* 19.  
 Cabira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78-79.  
 «cadenas de Grecia» (tres guarniciones de Filipo en Grecia), *Mac.* VIII.  
 calaicos (tribu de Iberia), *Ib.* 70.  
 Calatis (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.  
 Calcedón (ciudad de Bitinia), *Mi.* 52; 71.  
 calcidios (habitantes de Calcis), *Sir.* 21.  
 Calcis (ciudad de Eubea, en Grecia), *Mac.* VIII; *Sir.* 16; 20; 29; *Mi.* 31; 34; 41; 45; 50.  
 Calcis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.  
 cálibes (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.  
 Calicadno (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.  
 Calidio (tal vez Q. Calidio, tribuno de la plebe en el 99 a. C.), *Mi.* 65.  
 Calídro (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-19.  
 Calíope (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.  
 Calípolis (ciudad de Etolia, en Grecia), *Sir.* 21.  
 Calípolis (ciudad de Siria), *Sir.* 57.  
 Calor (río de la Campania, en Italia), *An.* 36.  
 Calpurnio Pisón (Lucio Calpurnio Pisón Cesonino, pretor en Iberia en el 151-150 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 109-113; 115.  
 Calpurnio Pisón Frugi (pretor en Iberia en el 112 a. C.), *Ib.* 99.  
 Calpurnio Pisón, Q. (pretor en Iberia en el 135 a. C.), *Ib.* 83.  
 Calvino (véase Domicio Calvino).  
 cambeos (tribu iliria), *Il.* 16.  
 Camilo, L. Furio (hijo de Camilo, M. Furio), *Ga.* I, 2.  
 Camilo, M. Furio (dictador romano), *It.* VIII, 1; 2; *Ga.* I, 1; V; *An.* 8.  
 Campania (región de Italia), *Sa.* I, 1; X, 3; *An.* 36; 39.  
 campanios (habitantes de la Campania), *An.* 36-37; 49; 58.  
 «campos grandes» (territorio de África), *Af.* 68.

- Cannas (aldea y batalla famosa de Italia), *An.* 17; 24-25; 31.
- cántabros (tribu de Iberia), *Ib.* 80.
- Canusio (ciudad de la Apulia, en Italia), *An.* 24; 26.
- Caonia (parte del Epiro), *Il.* 1.
- Capadocia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 47; 53; 57; *Mi.* 8-13; 15-17; 56; 60; 64; 66-67; 68; 80-81; 91; 105; 112; 114; 115; 117; (gentes de —), 116; (llamada Seleúcida), 55.
- capadocios (habitantes de Capadocia), *P.* 2; *Sir.* 5; 32; *Mi.* 30; 41; 114; 118.
- Cápeto (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capis (en mitología, padre de Anquises), *R.* I, 1.
- Capis (hijo de Latino Silvio, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Capitolio (edificio de Roma), *Ga.* I, 1; IV; VI; *Ib.* 23; *Af.* 66; 75; *Mac.* IX, 4; *Sir.* 39-40; *Mi.* 117.
- Capua (ciudad de Italia), *An.* 36-37; 38; 40.
- capuanos (habitantes de Capua), *An.* 36-37; 43.
- Caraunio (apodo de Retógenes; véase éste).
- Caravis (ciudad de Iberia), *Ib.* 43.
- Caria (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 44; 52; *Mi.* 118.
- Caris (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Carmona (ciudad de Iberia), *Ib.* 25; 27; 58.
- carnos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Caro (segedano, general de los celtiberos), *Ib.* 45.
- Carpessos (véase Tartessos).
- Carpessos (otra —, ciudad de Iberia), *Ib.* 63.
- Carpetania (región de Iberia), *Ib.* 64; 70; 83.
- carpetanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 51.
- cartagineses (habitantes de Cartago), *passim.*
- Cartago «Espartagena» o Cartago Nova (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19-20; 24; 28; 32; 34-35; 75.
- Cartago (ciudad del norte de Africa), *P.* 1; 12; *Si.* II, 1; 3; *Ib.* 5; 7-8; 10-13; 18; 24; 49; 65; 84; 98; *An.* 2-3; 40; 54; 58; *Af.* 1-2; 8-10; 24; 31-34; 36-37; 42; 49-50; 51; 55; 62; 67; 69-71; 73; 75-79; 81; 83-85; 89-90; 94; 97; 105-106; 109-114; 120; 122; 126; 131; 133-136; *Mac.* I; *Sir.* 7-11; 40.
- Cartago (en mitología, fundador de Cartago), *Af.* 1.
- Cartalón (jefe de la guarnición cartaginesa en Tarento), *An.* 49.
- Cartalón (jefe de la facción democrática en Cartago), *Af.* 68; 74.
- Casandro (hijo de Antípatro), *Sir.* 53.

- Casio (L. Casio Longino, cónsul en el 107 a. C.), *Ga.* I, 3.
- Casio (Gayo Casio Hémina, analista romano), *Ga.* VI.
- Casio (Gayo Longino, asesino de César), *Il.* 13.
- Casio, Lucio (procónsul de Asia), *Mi.* 11; 17; 19; 24; 112.
- Caspio (mar), *Mi.* 103.
- Castabala (ciudad de Cilicia), *Mi.* 105.
- Cástax (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- Cástor de Fanagoria, *Mi.* 108; 114.
- Cástulo (ciudad de Iberia), *Ib.* 16.
- Catón (Marco Porcio Catón Uticense), *Ga.* XVIII.
- Catón (Marco Porcio Catón Censorino, célebre hombre de armas y orador romano), *Ib.* 39; 40; *Af.* 65; 69; *Sir.* 18; 19; *Mi.* 6.
- Cauca (ciudad de Iberia), *Ib.* 51-53.
- Cáucaso (monte de Asia), *P.* 4; 9; *Mi.* 103.
- Cauceno (caudillo lusitano), *Ib.* 57.
- cauceos (tribu de Iberia), *Ib.* 89.
- Caudio (ciudad del Samnio, en Italia), *Sa.* IV, 3; 5.
- caunios (habitantes de Cauno, en Caria), *Mi.* 23.
- Cauno (viento de —), *Mi.* 26.
- Cecilio (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo «Crético», cónsul en el 69 a. C.), *Si.* VI, 2.
- Cecilio Metelo (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 76.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Pío, cónsul en el 80 a. C.), *Ib.* 101.
- Cecilio Metelo (Q. Cecilio Metelo Numídico, cónsul en el 108 a. C.), *Nu.* II; III.
- Cedicio, Q. (emisario romano), *Ga.* V.
- Celenas (ciudad de Frigia), *Sir.* 36.
- Celesiria (en la época imperial romana, la parte norte de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 5; 38; 50; 53; *Mi.* 106; 115; 117; 118.
- celtas (habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; 4; *Ib.* 1-2; 4; 37; 39; *An.* 4; *Af.* 5; 7; 17; 40; 44; 46-47; 49; 54; *Il.* 2; 4; 5; 8.
- Celtiberia (región de Iberia), *Ib.* 56.
- celtíberos (tribus de Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1-3; 28; 31; 43; 46-47; 50; 54; 100; *An.* 4; 20; 22; 23; 30; 52-53; 59; 68; 71.
- Celto (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Censorino (véase L. Marcio Censorino).
- Centenio (ciudadano romano), *An.* 9-11; 17.
- Cepión (véase Q. Servilio Cepión).

- Cepión (Bruto Cepión, uno de los asesinos de César), *Il.* 13.
- Cerdeña (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Ib.* 4; *An.* 8; 54; *Af.* 2; 5; 17; 86; *Mi.* 95.
- César, Gayo Julio (dictador y cónsul romano), *P.* 6; 14; *Ga.* I, 2; 3-5; XVI-XXI; *Si.* VII; *Ib.* 102; *Af.* 136; *Il.* 12-13; 15; 28-29; *Mi.* 120-121.
- César Augusto (G. Octavio, véase Octavio César).
- Césaro (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Cicerón (Q. Tulio Cicerón, hermano del célebre orador romano), *Ga.* XX.
- Cícladas (islas en el mar Egeo), *P.* 5; *Mac.* IV.
- Cidonia (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- Cila (ciudad de Africa), *Af.* 40.
- Cilicia (país de Asia Menor), *P.* 2; *Sir.* 1; 2; 22; 48; 50; 69; *Mi.* 8; 57; 75; 92; 96; 97; 105-106; 112; 115; 117-119; (gentes de Cilicia), 116.
- cilicios (habitantes de Cilicia), *P.* 2; *Sir.* 32; 50; *Mi.* 92; 96; (tiranos cilicios), 117.
- cimbrios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4; XIV; *Ib.* 99; *Il.* 4.
- cinambrios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Cineas (tesalio), *Sa.* X, 1; 3; 4; XI, 1.
- Cinna (embajador romano en Iberia), *Ib.* 81.
- Cinna, Lucio Cornelio (rival de Sila), *Ib.* 101; *Mi.* 51; 60.
- Cinoscéfalas (montañas de Tesalia), *Sir.* 16.
- Cipsela (ciudad de Tracia), *Mi.* 56.
- Cirene (puerto y ciudad en el norte de Africa), *P.* 1; *Af.* 106; *Mac.* IV; *Mi.* 121.
- Cirno (río de la Cólquide), *Mi.* 103.
- Ciro (rey de Persia), *Af.* 28.
- Ciro (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Cirra (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Mac.* XI, 4.
- Cirta (ciudad de Africa), *Af.* 27; 106; *Nu.* IV.
- Ciziceno (sobrenombre de Antíoco Ciziceno; véase éste), *Sir.* 69.
- Cízico (ciudad de Asia), *Sir.* 68; 72; 73; 75; 76; *Mi.* 85; (los habitantes de —), *Sir.* 12; *Mi.* 73-76.
- Claudia Quintia (mujer romana), *An.* 56.
- Claudio el Ciego, Apio (romano célebre), *Sa.* X, 2-3.
- Claudio, Apio (tribuno militar del prefecto Bebio), *Sir.* 16.
- Claudio (sabino elegido senador romano), *R.* XII.
- Claudio, Apio (Pulcher, cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40.
- Claudio (Nerón, pretor en el 212 a. C.), *Ib.* 17.
- Claudio Aselo (romano sitiador de Capua), *An.* 37.

- Claudio Marcelo (cónsul en el 216 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Claudio Marcelo (pretor en Iberia en el 152 a. C., véase Marcelo, Claudio).
- Clazómenas (ciudad de la Jonia), *Mi.* 63.
- Cleémporo (embajador de los isios), *II.* 7.
- Clelio (jefe de los getas), *Mac.* XVIII, 2-3.
- Cleopatra (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Cleopatra (esposa de Demetrio Nicátor), *Sir.* 68.
- Cleopatra (abuela del hijo de Alejandro rey de Egipto), *Mi.* 23; 115; 117.
- Cleopatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- Clístenes (de Lesbos, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Clodio (P. Clodio Pulcher, patricio romano), *Si.* VII
- clusinos (habitantes de Clusio, en Etruria), *Ga.* II.
- Clusio (ciudad de Etruria, en Italia), *Ga.* II.
- Cnosos (ciudad de Creta), *Si.* VI, 2.
- colcos (habitantes de la Cólquide, en Asia), *P.* 4, *Mi.* 15; 64; 101; 103; (país de los —), 101; 114.
- Colenda (ciudad de Iberia), *Ib.* 99; 100.
- Cólquide (país de Asia), *Sir.* 63; *Mi.* 101; 103.
- Comana (aldea de Capadocia), *Mi.* 64; 82; 114; (sacerdocio de —), 121.
- Cominio (prefecto de caballería de Graco), *Ib.* 43.
- Complega (ciudad de Iberia), *Ib.* 42-43.
- Concordia (templo de la —, en Tralles, Lidia), *Mi.* 23.
- Conistorgis (ciudad de Iberia), *Ib.* 57-58.
- Cónnoba (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Cononeo (un tarentino), *An.* 32-33.
- Consentia (ciudad de Italia), *An.* 56.
- Coplanio (llanura del territorio de Palantia, en Iberia), *Ib.* 88.
- coralos (tribu sármata), *Mi.* 64.
- Córax (monte de Etolia), *Sir.* 21.
- Córcega (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Mi.* 95.
- Corcira (isla del Adriático), *Mac.* I; XIX; *II.* 7-8.
- corcirenses (habitantes de Corcira), *II.* 16.
- Córdoba (ciudad de Iberia), *Ib.* 65-66.
- Corinto (ciudad de Grecia), *Af.* 136; *Mac.* VII-VIII.
- Cornelio (liberto de Cartago), *Nu.* V.
- Cornelio (general romano contra los peones), *II.* 14.
- Cornelio Coso (cónsul romano en el 343 a. C.), *Sa.* I, 1.

- Cornelio Hispano, Gneo (embajador romano), *Af.* 80.
- Cornelio Léntulo (véase Léntulo, Gneo Cornelio).
- Cornelio, L. Valerio (cónsul romano en el 282 a. C.), *Sa.* VI, 1; VII, 1; *Ga.* XI.
- Cornelio, Marco (cónsul romano en el 201 a. C.), *Af.* 63.
- Cornelio, Publio (familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Coruncanio, T. (cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Coruncanio (otro, embajador romano), *Il.* 7.
- Corvino (véase Valerio Corvo, M.).
- Cos (isla del Egèo), *Mi.* 23; 115; (los de —), 117.
- Cota (Lucio Aurelio Cota cónsul ?), *Il.* 10.
- Cota, Marco Aurelio (gobernador de Bitinia), *Mi.* 71; 112.
- Cotene (prefectura de Armenia), *Mi.* 101.
- cotenos (habitantes de Cotene), *Mi.* 101.
- Cotón (puerto de Cartago), *Af.* 127.
- Crago (fortaleza de Cilicia), *Mi.* 96.
- Craso (cónsul romano), *Mac.* XII.
- Craso, Licinio (cónsul en el 205 a. C.), *An.* 55-56.
- Craso, M. Licinio (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Crátero (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17.
- Cremona (ciudad de Italia), *An.* 7.
- Creso (rey de Lidia), *Af.* 28.
- Creta (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Si.* VI, 1; *Il.* 6.
- cretenses (habitantes de Creta), *Si.* VI, 1-2; *Sir.* 32.
- Creusa (en mitología, esposa de Eneas), *R.* I, 1.
- Crispino, Tito (cónsul en el 208 a. C.), *An.* 50-51.
- Critias (tirano de Atenas), *Mi.* 28.
- Crotona (ciudad de Italia), *An.* 57.
- Cumas (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 25.
- cuneos (tribu de Iberia), *Ib.* 57-58; 68.
- Curio (salteador ibero), *Ib.* 68.
- Curión G. Escribonio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 60.
- Chipre (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 9; *Mac.* IV; *Sir.* 4; 52; 54; 56; 95.
- chipriotas (habitantes de Chipre), *Mi.* 92.
- Dalas (ciudad de Asia), *Sir.* 32.
- Dacamas (príncipe númida), *Af.* 41.
- dacios (habitantes de la Dacia, en Europa), *P.* 4; *Il.* 22-23.
- dálmatas (tribu iliria), *Il.* 11; 12; 17; 24-25; 27-28.
- Damágoras (un rodio), *Mi.* 25.
- Damócrito (general etolio), *Sir.* 21.

- Danubio (río de Europa), *P.* 4; *Mac.* XVIII, 1; 2; *Il.* 1; 3; 5; 6; 14; (curso bajo del Istro), 22; (pueblos del —), *Mi.* 15; 69.
- Daorto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dárdano (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- dárdanos (pueblo de Iliria), *Il.* 2; 5; 14; 22; *Mi.* 55.
- Darío (rey de Persia), *P.* 8; *Mi.* 8; 112; 115; (lecho de —), 116.
- Darío (rey de Media), *Mi.* 106; 117.
- Darío (hijo de Mitridates), *Mi.* 108; 117.
- darsios (tribu iliria), *Il.* 2.
- dasaretios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Dasaro (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- Dasio (un daunio), *An.* 31.
- Dasio (ciudadano de Salapia), *An.* 45-48.
- Daunia (región de Italia), *An.* 31.
- daunios (habitantes de Daunia), *Sa.* IV, 1; X, 1.
- Decio, P. (tribuno militar), *Sa.* I, 1.
- Decio, Vibelio (romano), *Sa.* IX, 1; 2; 3.
- Delfos (santuario de Grecia), *It.* VIII, 1; *An.* 27; *Mac.* XI, 4; 7; *Mac.* XIX; *Il.* 4; (templo de —), *Il.* 5; (tesoro de —), *Mi.* 54; 112.
- Delio (ciudad de Beocia), *Sir.* 12; 15.
- delmatenses (nombre primitivo de los dálmatas), *Il.* 11.
- Delminio (ciudad de Iliria), *Il.* 11.
- Delos (isla del Egeo), *Mi.* 28.
- Demetrias (ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; *Sir.* 29; *Mi.* 29.
- Demetrio (hijo de Filipo V de Macedonia), *Mac.* IX, 2; 5-6; *Sir.* 20.
- Demetrio (gobernador de Faro), *Il.* 7-8.
- Demetrio (hijo de Antígono), *Sir.* 54.
- Demetrio Nicátor (hijo de Demetrio Soter), *Sir.* 67-69.
- Demetrio Soter (hijo de Seleuco IV), *Sir.* 45-47; 66.
- Demóstenes (orador griego), *Sa.* X, 1.
- Dentato, M. Curio (general romano), *Sa.* V.
- derbanos (tribu iliria), *Il.* 28.
- desios (tribu alpina), *Il.* 17.
- Deyótaro (tetrarca de Galacia), *Mi.* 75.
- Deyótaro (tetrarca de los galogrecos), *Mi.* 114.
- Diana (templo de —, en Éfeso), *Mi.* 23.
- Dídima (oráculo de —, en Mileto), *Sir.* 56.
- Didio, Tito (pretor en Iberia en el 101 a. C.), *Ib.* 99-100.
- Dido (en mitología, fundadora de Cartago), *Af.* 1.

- Diégilis (cuñado del rey Prusias), *Mi.* 6.
- Dime (ciudad de Acaya), *Mi.* 96.
- Díndimo (monte de Cízico), *Mi.* 75-76.
- Diocles (oficial de Mitrídates), *Mi.* 78.
- Diódoto (esclavo de la casa real seleúcida), *Sir.* 68; 70.
- Diófanes (comandante de las tropas defensoras de Pérgamo), *Sir.* 26.
- Diógenes (defensor de Néferis), *Af.* 126.
- Diógenes (hijo de Arquelao), *Mi.* 49.
- Diomedes (héroe argivo, en mitología), *An.* 31; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 53.
- Dionisio (el eunuco, lugarteniente de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 76-77.
- Dionisópolis (ciudad griega vecina a los misios de Europa), *Il.* 30.
- Dioscuria (ciudad de la Cólquide), *Mi.* 101.
- Dioscuros (los hijos de Zeus, Cástor y Pólux), *Mi.* 101; 103.
- Ditalcón (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- docleatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- dólopes (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 6.
- Domicio (romano), *Sa.* VI, 2.
- Domicio (Gneo Domicio Ahenobarbo), *Ga.* XI; XII.
- Domicio, Calvino (general de César), *Il.* 7; 13.
- Domicio, Gneo (consejero de Lucio Cornelio Escipión), *Sir.* 30-31; 34; 36.
- Don (pueblos de la región del —), *Mi.* 15.
- Dorilao (oficial de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17; 49.
- Dorsón (G. Fabio Dorsuo, sacerdote romano), *Ga.* VI.
- Dromiquetes (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 32; 41.
- Druso (cónsul romano en el 148 a. C.), *Af.* 112.
- Duero (rio de Iberia), *Ib.* 55; 71-72; 91.
- Ebro (río de Iberia), *Ib.* 6-7; 10; 41-42; *An.* 2-3; *Af.* 6.
- ecuos (pueblo de Italia), *An.* 39; *Af.* 58.
- Edesa (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.
- eduos (tribu gala), *Ga.* XVI; XXI.
- Eetes (en mitología, hijo del Sol y rey de la Cólquide), *Mi.* 103.
- efesios (habitantes de Éfeso), *Mi.* 21; 23; 48; 61.
- Éfeso (ciudad de Asia), *Sir.* 4; 6; 9; 12; 20; 22; 24; 25; 27; *Mi.* 21; 61; 116.
- Egeo (mar entre Grecia y Asia Menor), *P.* 2; (islas del —), *Mi.* 95.

- Egesto (en mitología, personaje de la casa real de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Egipcio (mar de Asia), *P.* 2; 3; 5.
- Egipto (país de Africa), *P.* 1; 9; 10; 14; *Af.* 136; *Mac.* IV; *Il.* 30; *Sir.* 4-5; 48; 50-52; 54; 62; 66; *Mi.* 13; 114; 120; 121; (reyes de —), *Mi.* 16.
- Elatea (ciudad de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 20.
- Elea (puerto de Eólida, en Asia Menor), *Sir.* 26; 30; 38.
- Eleusis (ciudad de Grecia), *Mi.* 30; 32.
- elimeos (pueblo de Asia), *Sir.* 32.
- Emiliano (véase Fabio Máximo Emiliano).
- Emilio (L. Emilio Bárbula, cónsul en el 281 a. C.), *Sa.* VII, 3.
- Emilio (Paulo Emilio, cónsul romano en el 168 a. C.), *Mac.* XIX; *Il.* 9-10; *Sir.* 29; *Ib.* 65; *Af.* 101.
- Emilio Lépidio (pretor en Iberia en el 137 a. C.), *Ib.* 80-83.
- Emilio, Lucio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 20; 23-24.
- Emilio Pappo (L.), *Ga.* I, 2.
- Emporion (ciudad de Iberia), *Ib.* 7; 40.
- Emporion (ciudad de Africa), *Af.* 72; 79.
- Eneas (en mitología héroe de la guerra de Troya), *R.* I, 1-2; I A.
- Eneas Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- énetos (tribu que bordea a Macedonia), *Mi.* 55.
- Enqueleo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- enqueleos (pueblo ilirio), *Il.* 2.
- Eólida (región de Asia Menor), *Sir.* 23; 25.
- eolios (grupo étnico griego), *Sir.* 1; 12.
- Epaminondas (caudillo tebano), *Sir.* 41.
- Epícides (general siracusano), *Si.* III.
- epidamnios (habitantes de Epidamno), *Il.* 7.
- Epidamno (ciudad de Iliria), *Il.* 7; 13.
- Epidauro (tesoro de —), *Mi.* 54.
- Epifanea (ciudad de Cilicia), *Mi.* 96.
- Epifanes (sobrenombre de Antíoco V, véase éste).
- Epiro (país al noroeste de Grecia), *Sa.* VII, 3; VIII; X, 1; 4; *An.* 26; *Mac.* XI, 4; *Il.* 7; *Sir.* 43.
- epirotas (habitantes del Epiro), *Sa.* X, 4; *Mac.* V.
- Equínadas (islas del Adriático), *P.* 5.
- Erasítrato (médico de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59-60.
- Eridano (río, véase Po).
- Erisana (ciudad de Iberia), *Ib.* 69.

- Eritrea (ciudad de la Jonia), *Mi.* 46.
- Escadia (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Escarfia (ciudad de los locrios epicnemidios), *Sir.* 19.
- Escauro (cuestor de Pompeyo), *Sir.* 51.
- Escíatos (isla de Tesalia), *Mi.* 29.
- Escipión, Publio Cornelio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14-16; 18; 19; 32; *An.* 5-8; 27; 56; *Af.* 6; 104.
- Escipión, Gneo Cornelio (hermano del anterior), *Ib.* 14-16; *An.* 5; 56; *Af.* 6.
- Escipión, Publio Cornelio (el Africano Viejo), *Ib.* 18-19; 21-30; 32; 34; 35-38; *An.* 55; 57-58; *Af.* 2; 6-10; 13-16; 18-19; 22-32; 34-49; 53; 55-57; 59-62; 64-66; 69; 78; 80; 83; *Sir.* 9-11; 21; 23; 29-30; 38-42.
- Escipión, L. Cornelio E. Asiático (hermano del anterior y legado romano), *Ib.* 29; (cónsul), *Il.* 5; *Sir.* 21.
- Escipión, Lucio (véase el anterior), *Il.* 5.
- Escipión, Publio Cornelio E. Emiliano (el Africano Joven y el Numantino, lugarteniente de Lúculo), *Ib.* 49; 53-54; (cónsul), *Ib.* 84-85; 88-89; 91-96; 98-99; (tribuno militar en África), *Af.* 2; 71-72; 98-109; (cónsul en África), 112-115; 117; 119; 120-121; 124-126; 128-129; 131-135; *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Escipión Nasica, Cornelio (hijo de Gneo Cornelio Escipión), *An.* 56; *Af.* 69.
- Escipión Nasica, Cornelio (otro, cuestor de Escipión el Joven en África y partícipe de una embajada), *Af.* 80.
- Escipiones (Publio y Gneo Cornelio Escipión), *Ib.* 15-17; 19; 23; 29.
- Escipiones (padres adoptivos de Escipión el Joven), *Af.* 101.
- Escipiones (Publio Cornelio Escipión el Africano Viejo y Lucio Cornelio Escipión el Asiático), *Sir.* 22-23; 29-30; 39; 43.
- escitas (habitantes de Escitia), *Mi.* 15; 41; 57; 69; 78; 102; 109; (príncipes), 108; 119; (mujeres reinas de los —), 117.
- Escitia (región de Asia), *Sir.* 57; *Mi.* 101; 112.
- Escordisco (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- escordiscos (tribu iliria), *Il.* 3; 5.
- Escóroba (monte en el límite entre Bitinia y el Ponto), *Mi.* 19.
- Escotio (monte de Armenia Menor), *Mi.* 120.
- Esculapio (en mitología, dios de la medicina), *Af.* 130.
- Esculapio (templo de —), *Af.*

- 130; (en Pérgamo), *Mi.* 23; 60.
- Esepo (río de Misia, en Asia), *Mi.* 76.
- Esmirna (ciudad de la Jonia), *Sir.* 29; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Esparta (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 41.
- Espartaco (gladiador romano), *Mi.* 109.
- espartanos (habitantes de Esparta), *Sir.* 18.
- Espóradas (islas del Egeo), *P.* 5.
- Estatilio Tauro (oficial romano en Dalmacia), *Il.* 27.
- Estratonice (esposa de Seleuco Nicátor), *Sir.* 59; 61.
- Estratonice (otra, esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Estratonicea (ciudad de Caria fundada por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57; *Mi.* 21; 27.
- etíope (habitante de Etiopía), *P.* 1; 4.
- Etiopía (país de Africa), *P.* 4; 9; *Af.* 71.
- Etolia (región de Grecia), *Sir.* 21; 23; *Mi.* 30.
- etolios (habitantes de Etolia), *Mac.* III, 1; 2; IV; VIII; IX, 1; XI, 1; 7; XII; *Sir.* 12-14; 18-19; 21; 23.
- Etruria (región de Italia), *Sa.* VI, 1-2; X, 3; *Ga.* II; *Ib.* 14; *An.* 5; 8-10; 52; *Af.* 9; *Mi.* 93.
- etruscos (habitantes de Etruria), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI; *Af.* 58; 66.
- Eubea (esposa de Antíoco el Grande), *Sir.* 20.
- Eubea (isla del Egeo), *P.* 5; *Sir.* 12; *Mi.* 29; 95; (habitantes de —), *Mac.* VIII.
- Eudoro (comandante de la flota rodia), *Sir.* 27.
- Eufrates (río de Asia), *P.* 2; 4; 9; *Sir.* 1; 48; 50; 55-56; 62; *Mi.* 68; 84; 101; 116; 119; 121; (fuentes del —), *Mi.* 101.
- Eumaco (sátrapa de Mitrídates Eupátor en Galacia), *Mi.* 46; 75.
- Eumenes (de Cardia, sátrapa de Capadocia), *Sir.* 53; *Mi.* 8.
- Eumenes (rey de Pérgamo), *Mac.* IX, 6; XI, 1-5; 7-8; XVIII, 1-2; *Sir.* 5; 22; 25-26; 31; 33; 34; 36; 38; 44-45; *Mi.* 55; 62.
- Eupátor (sobrenombre de Antíoco el hijo de Epifanes, véase Antíoco Eupátor).
- Eupatoria (ciudad del Ponto), *Mi.* 78; 115.
- Eupatra (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Eurídice (hija de Antípatro y madre de Cerauno), *Sir.* 62.
- Eurileón (véase Ascanio).
- Euripo (estrecho entre Beocia y Eubea), *Mi.* 45.
- Europa, *P.* 9; *Ib.* 1; *Sir.* 1-3; 6; 15; 38; 53; 56; 63; 65; *Mi.* 13; 58; 69; 101.

- Euxino (Ponto, mar entre Europa y Asia), *P.* 3-4; *Il.* 6; 29; *Sir.* 6; *Mi.* 47; 78; 102-103; 108; (boca del Ponto —), *Mi.* 1; 12; 19; 95; (pueblos del —), *Mi.* 118; 121.
- Fabio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 88; 112.
- Fabio, Quinto (Ambusto, uno de los tres Fabios, véase Fabios).
- Fabio, Quinto (Píctor, analista romano), *An.* 27.
- Fabio Máximo (dictador romano), *An.* 11-16; 31.
- Fabio Máximo Emiliano (cónsul en el 145 a. C.), *Ga.* I, 2; *Ib.* 65; 67; *Mac.* XIX.
- Fabio Máximo Serviliano (pregonero en Iberia en el 141 a. C.), *Ib.* 67-70.
- Fabios (los tres, embajadores romanos a los galos), *Ga.* II-III.
- Fabricio (Gayo Fabricio Luscinio, héroe de la guerra con Pirro y cónsul en el 282 a. C.), *Sa.* IX, 3; X, 4.
- Fameas (véase Himilcón).
- Fanagoria (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 108; (los habitantes de —), *Mi.* 108; 113; 120.
- Fanio (oficial romano, cuñado de Lelio), *Ib.* 67.
- Fanio, Lucio (un sertoriano), *Mi.* 68.
- Farnaces (hijo de Mitrídates), *Mi.* 110-111; 113-114; 120-121.
- Faro (isla cerca de Dalmacia), *Il.* 7-8.
- Fauno (en mitología, dios-rey romano del Lacio), *R.* I, 1.
- Fenicia (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 50; 53; *Mi.* 13; 56; 95; 106; 118.
- fenicios (habitantes de Fenicia), *P.* 2; *Ib.* 2; *Af.* 1-2.
- Fénix (oficial de Mitrídates), *Mi.* 79.
- Féstulo (en mitología, pastor, esposo de Laurentia), *R.* I A.
- Fígulo (Gayo Marcio Fígulo, cónsul), *Il.* 11.
- Fila (ciudad de Macedonia), *Mac.* XVIII, 3.
- Filetero (hermano de Éumenes, rey de Pérgamo), *Sir.* 5.
- Filetero (otro, rey de Pérgamo), *Sir.* 63.
- Filipo (hijo de Amintas y padre de Alejandro Magno), *P.* 8-10; *Il.* 14; *Sir.* 19; 32; 52; 54.
- Filipo V (rey de Macedonia), *Ib.* 39; *Mac.* I-III, 1-2; IV-V; VII-VIII; IX, 1-6; X-XI, 1; XII; *Il.* 3; 6; 8; 9; *Sir.* 2-3; 12-17; 20-21; 23; 28; 30; 43.
- Filipo (hijo de Alejandro de Megalópolis, un macedonio), *Sir.* 13; 17.
- Filipo (guía de los elefantes del ejército de Antíoco), *Sir.* 33.
- Filipo (nombre dado a Arrideo,

- hermano de Alejandro), *Sir.* 52.
- Filócaris (un tarentino), *Sa.* VII, 1.
- Filoctetes (héroe griego), *Mi.* 77.
- Filónides (un tarentino), *Sa.* VII, 2.
- Filopemen (padre de Mónima), *Mi.* 21; 48.
- Filótimo (de Esmirna, íntimo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 48.
- Fimbria (compañero de generalato de Flaco, L. Valerio), *Mi.* 51-53; 56; 59-60; 64; 72; 112.
- Flaco (véase Flaco, Fulvio Q., cónsul en el 179 a. C.).
- Flaco (oficial romano a las órdenes de Emilio Lépido), *Ib.* 81.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 179 a. C.), *Ib.* 42.
- Flaco, Fulvio Q. (cónsul en el 212 a. C.), *An.* 37; 40-43; 48.
- Flaco, G. Valerio (pretor en Iberia en el 93 a. C.), *Ib.* 100.
- Flaco, Lucio Valerio (cónsul enviado por Cinna contra Mitrídates), *Mi.* 51-52.
- Flaminino (general romano), *Mac.* V; VIII; IX, 1-4; 6; *Sir.* 2; 11; 21.
- Flaminio, Gayo (cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8-10; 17.
- Flavio (un lucanio), *An.* 35.
- Foceá (ciudad de la Jonia), *Sir.* 22; 25.
- focenses (habitantes de la Fócide, en Grecia), *Sir.* 21.
- Fócide (región de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 41.
- Fraates (rey de los partos), *Sir.* 67-68; *Mi.* 104; 106.
- Fregelas (ciudad del Lacio), *Sa.* IV, 1.
- Frigia (país de Asia), *An.* 56; *Sir.* 53; *Mi.* 11-13; 15; 20; 56-57; 65; 75; 112; 118; (interior), *Sir.* 55; (la que está sobre el Helesponto), *Sir.* 62.
- Frigio (río de Lidia, en Asia Menor), *Sir.* 30.
- frigios (habitantes de Frigia), *P.* 2; *An.* 56; *Sir.* 32, *Mi.* 19; 41.
- Fulvio (Ser. Fulvio Flaco, cónsul romano), *Il.* 10-11.
- Furias (en mitología, deidades infernales), *Af.* 92.
- Furio (L. Furio Filo, comisionado romano en Iberia), *Ib.* 83.
- Furio (P. Furio Filo, cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27.
- Gabinio (A. Gabinio, lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 12; 24; 27-28; (procónsul en Siria), *Sir.* 51; *Mi.* 66.
- gabinos (tribu del Lacio), *R.* VIII.
- Gades (ciudad de Iberia), *Ib.* 5; 28; 31; 37; 59; 65; *An.* 2.
- Gala (en mitología, hijo de Polifemo), *Il.* 2.
- Galacia (país de Asia), *Mi.* 17;

- 46; 65; 68; 112; (tetrarcas de —), *Mi.* 46; 54; 58; 118.
- gálatas (habitantes de Galacia, en Asia), *P.* 2; *Il.* 2; 6; 32; 50; *Mi.* 41; 46; 58; (de Europa), *Sir.* 65.
- gálatas (también galos, habitantes de la Galia, en Europa), *P.* 3; *Ib.* 1.
- Galatea (en mitología, ninfa esposa de Polifemo), *Il.* 2.
- Galba (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Galba, Publio (Publio Sulpicio Galba Máximo, procónsul de Macedonia), *Mac.* III, 1; IV; VII.
- Galba, Servio Sulpicio (pretor en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 58-61.
- Galba, Servio Sulpicio (nieto del anterior, pretor en Iberia en el 111 a. C.), *Ib.* 99.
- Galia (país de Europa), *Ga.* I, 2; XIII; XV; *Ib.* 28; *An.* 4-5; 54; *Il.* 15; *Mi.* 95.
- galo-grecos (véase gálatas de Asia).
- galos (habitantes de la Galia), *It.* VIII, 2; *Ga.* I, 1-2; II; III; VI-VII; X; XV; XVII; *Si.* II, 3; *Ib.* 1; 13; *An.* 4; 6; 8; 10; 52; *Il.* 15; 29; *Mi.* 109; 112; 119.
- Gayo (véase César).
- Gayo Popilio (prefecto de la flota romana en el Euxino), *Mi.* 17.
- Gaza (ciudad de Siria), *Sir.* 54.
- Gelio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Gemela (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Gentio (rey Ilirio), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 9.
- germanos, *Ga.* I, 3; XVI-XVIII.
- Geronia (ciudad de Italia), *An.* 15-16.
- getas (tribu tracia), *P.* 14; *Mac.* XVIII, 1-3; *Il.* 3-4; 13.
- Getulia (región de África), *Nu.* V.
- Giscón (cartaginés), *Ib.* 16; 24-25; *Af.* 9-10.
- glintidiones (tribu iliria), *Il.* 16.
- Gneo (embajador romano ante Antíoco), *Sir.* 3.
- Gneo Octavio (otro embajador romano), *Sir.* 46-47.
- Gordiene (ciudad de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Gordio (general de Mitrídates), *Mi.* 65.
- Graco, Sempronio (procónsul romano en el 212 a. C.), *An.* 35.
- Graco, Tiberio Sempronio (pretor en Iberia en el 180 a. C.), *Ib.* 43-44; 48.
- Graco, Gayo (tribuno en el 122 a. C.), *Af.* 136.
- Grecia (país de Europa), *P.* 3; 8; 10; *Ib.* 65; *Af.* 135; *Mac.* I; III, 1; IV-V; VII-VIII; IX, 4-6; XI, 1; 4; *Il.* 5; *Sir.* 2; 7; 12; 14-15; 29; 38; *Mi.* 16; 27-28; 30; 39; 46; 49; 54;

- 58; 62-64; 92; 112; (antigua), 118.
- griegas (ciudades), *Mac.* V; IX, 3; *Il.* 30; *Sir.* 2; 44; *Mi.* 48.
- griegos (habitantes de Grecia), *P.* 12-13; *Ib.* 7; 63; *An.* 2; 8; *Af.* 2; *Mac.* III, 1; VIII-IX, 1-2; XI, 7; XII; *Il.* 1; 5; 14; *Sir.* 2; 6; 38; *Mi.* 1; 41; 58; 102; (de orillas del Ponto), *Mi.* 15; (de Asia), *Mi.* 58.
- Gripo (sobrenombre de Antíoco Gripo, véase éste), *Sir.* 69.
- Gulussa (hijo de Masinissa), *Af.* 70; 73; 106-109; 111; 126.
- Hadrumeto (ciudad de Africa), *Af.* 33; 47; 94.
- Halis (río de Misia, en Asia), *Sir.* 42; *Mi.* 62; 65.
- Hárpalo (enviado de Perseo), *Mac.* XI, 3.
- Hecatópilo (ciudad de Partia, en Asia), *Sir.* 57.
- Hefestión (jefe de la caballería de los Amigos con Alejandro), *Sir.* 57.
- Hegesianacte (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Helena (en mitología, esposa de Menelao), *R. I A.*
- helespontios (tribus de la zona del Helesponto), *Sir.* 1.
- Helesponto (mar de Asia), *P.* 2; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 6; 23; 29; 37-38; 42; 53; 62-63; *Mi.* 95.
- Heliodoro (cortesano de Seleuco Filópator), *Sir.* 45.
- helvecios (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Helvio, Marco (cónsul en el 197 a. C.), *Ib.* 39.
- Helvio, Marco (otro, general romano), *Il.* 20.
- Hemo (tribus en torno al —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- heníocos (tribu aliada de Mitridates), *Mi.* 69; 102; 116.
- Hera (diosa griega, en mitología), *Mi.* 101.
- Heraclea (ciudad de Italia), *An.* 36.
- Heraclea (ciudad de Grecia), *Sir.* 18.
- Heraclea (ciudad del Ponto), *Mi.* 82.
- Heraclides (tesorero de Antíoco Epífanes), *Sir.* 45; 47.
- Heraclides de Bizancio (enviado de Antíoco el Grande), *Sir.* 29.
- Hércules (en mitología, dios romano), *Sir.* 10; *Mi.* 83; 103.
- Hércules (templo de —), *Ib.* 2.
- Hércules (columnas de —, estrecho entre Europa y Africa), *P.* 1; 3; *Ib.* 1; 57; 65; *Mi.* 93-95; 119; 121.
- Herdonia (ciudad de Italia), *An.* 48.
- Herea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Hermócrates (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70.
- Hierón (tirano de Siracusa), *Si.* II, 2; III.

- Hierón (general de Agripa), *Il.* 20.
- Himilcón (apodado Fameas, prefecto de caballería cartaginés), *Af.* 97; 100-101; 104; 107-108.
- hipepenos (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Hipágreta (ciudad de Africa), *Af.* 110; 111.
- Hipócrates (general siracusano), *Si.* III-IV.
- Hipona (ciudad de Africa), *Af.* 30; 135.
- Hircania (región de Asia), *Sir.* 55.
- Hispania (denominación de Iberia como provincia romana), *Ib.* 1; 102.
- Histaspes (padre de Darío, rey de Persia), *Mi.* 112; 115-116.
- Homero (poeta griego), *Mi.* 1.
- Hortensio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 43.
- Hostilio (véase Anco Hostilio), *R.* VI.
- Horacio (Cocles, romano autor de hechos heroicos), *R.* X.
- Horóscopa (ciudad de Africa), *Af.* 10.
- Iberia (país de Europa), *P.* 3; 12; *Ib.* 1-11; 13-19; 23-25; 28; 37-38; 40; 42-44; 49; 54; 61; 63; 65; 66; 80; 81; 83-84; 99; 102; *An.* 1-5; 8; 16; 30; 55-56; *Af.* 2; 6; 10; 15; 17; 28; 31; 39; 57; 62-63; 67; 72; 86; 134; *Mac.* I; *Sir.* 10; *Mi.* 68; 70; 95; 109; 112; 119.
- iberos (habitantes de Iberia), *P.* 12; *Ib.* 1; 3; 5; 17; 23; 25; 31; 39; 42; 101; *An.* 3; *Af.* 29-30; 46-48; 134; *Il.* 15; *Mi.* 121; (de Asia), *Mi.* 101; 114; 116.
- Ida (monte de Asia Menor), *R.* I A; *Af.* 71.
- Idumea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Ilión (véase Troya), *Af.* 131; *Mi.* 53; (habitantes de —), *Mi.* 53; 61.
- Iliria (país vecino a Macedonia), *Mac.* XVIII, 1; *Il.* 6-7; 9-15; 24; 28-30.
- Ilirio (en mitología, hijo de Polifemo y epónimo de Iliria), *Il.* 2.
- ilirios (habitantes de Iliria), *P.* 3; *Mac.* XI, 2; *Il.* 1-2; 4-5; 7-8; 12-15.
- Ilurgia (ciudad de Iberia), *Ib.* 32.
- India (país de Asia), *Af.* 71; *Sir.* 56-57; *Mi.* 89.
- Indfbil (caudillo de un pueblo ibero), *Ib.* 37-38.
- Indo (río de la India), *Sir.* 55.
- Intercacia (ciudad de Iberia), *Ib.* 53-54.
- interfurinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Io (en mitología, doncella argiva), *Mi.* 101.
- ipasinos (pueblo de Panonia), *Il.* 16.

- Ipsó (ciudad de Frigia), *Sir.* 55.
- Isa (isla en aguas ilirias), *Il.* 7.
- isauros (pueblo de Asia Menor), *Mi.* 75.
- isios (habitantes de la isla de Isa), *Il.* 7.
- Isis (templo de —, en Rodas), *Mi.* 27; (aparición de —), *Mi.* 27.
- Istmicos (juegos griegos), *Mac.* IX, 3-4.
- Istro (nombre dado al curso bajo del Danubio), *Il.* 22.
- Istro (ciudad griega de los misios de Europa), *Il.* 30.
- istros (tribu iliria), *Il.* 8.
- Italia (país de Europa), *P.* 3; 6; 14; *R.* I, 1; *Sa.* IV, 1; IV, 5; X, 2; XI, 1-2; XII, 1; *Ga.* I, 1-2; XIII; *Si.* II, 2-3; *Ib.* 4; 13-14; 15; 17-18; 28; 38; 99; 101; *An.* 1; 4-5; 8-9; 16; 25-26; 30; 43-44; 52; 54-55; 58; 60-61; *Af.* 2; 5-7; 15; 17; 23; 31; 39; 40; 42; 45; 47; 49; 54; 58; 62; 65; 74; 114; 134; *Mac.* I; XI, 9; *Il.* 4; 14; 16; *Sir.* 3; 7; 8; 10; 14; 15; 22; *Mi.* 21; 28; 30; 54; 58; 62-63; 70; 91; 95; 97; 102; 109-110; 113; 116; 119; (lugares de —), *Mi.* 16; (costas de —), 93.
- italianos (habitantes de Italia), *Ib.* 28; *An.* 59; 60; *Af.* 41 (jinetes); 43 (caballería); 45; (caballería); 45; 47; 58; *Il.* 14; *Sir.* 31; (de Asia), *Mi.* 16; 22-24; 28; 54; 62.
- Itálica (ciudad de Iberia), *Ib.* 38; 66.
- italiotas (habitantes de la Magna Grecia, en Italia), *Ib.* 14; *Af.* 8; *Mi.* 41.
- Ituca (ciudad de Iberia), *Ib.* 66-67.
- Iturea (región de Asia Menor), *Mi.* 106.
- Jantipo (general lacedemonio), *Af.* 3-4.
- Jenófanés (embajador de Filipo a Aníbal), *Mac.* I.
- Jerjes (rey de los persas), *Sir.* 18.
- Jerjes (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Jerónimo (de Cardia, historiador griego), *Mi.* 8.
- Jerusalén (ciudad de Judea, en Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106.
- Jifares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 107.
- Jonia (región de Asia Menor), *P.* 2-3; 9; *Mac.* IV; XVIII, 3; *Sir.* 6; 51; *Mi.* 20-21; 118.
- Jónicas (islas —, en el mar Jónico), *P.* 5.
- Jónico (= Adriático, mar entre Grecia e Italia), *P.* 3; 5; 14; *An.* 8; 12; 87.
- jonios (habitantes de la Jonia), *Sir.* 1; 12.
- judío (pueblo), *Sir.* 50; (judíos), *Mi.* 106; 114.
- Julio César Augusto (véase César Augusto).
- Júpiter (en mitología, dios ro-

- mano), *It.* VIII, 1; *An.* 56; *Af.* 13; 71; 85; (Estratio), *Mi.* 66; 70; 75.
- Júpiter (templo de —, en Nicomedia ciudad de Bitinia), *Mi.* 7;
- Júpiter Atabirio (templo de —, en Rodas), *Mi.* 26.
- Labieno (lugarteniente de César), *Ga.* I, 3; XV.
- Lacedemonia (región de Grecia), *Af.* 4.
- lacedemonios (habitantes de Lacedemonia), *Af.* 3; 4; *Mac.* VII; *Sir.* 12; 14; 41; *Mi.* 29.
- Lacinio (promontorio de Bruccios, en Italia), *Sa.* VII, 1.
- Lago (uno de los epígonos), *Sir.* I.
- Lámpsaco (ciudad de Asia Menor), *Sir.* 29; *Mi.* 76; (habitantes de —), *Sir.* 2.
- Lanasa (mujer de Pirro), *Sa.* XI, 1.
- Laódice (hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 4.
- Laódice (mujer de Antíoco Teos), *Sir.* 65-66.
- Laodicea (ciudad de Siria), *Sir.* 46.
- Laodicea (nombre de cinco ciudades fundadas por Seleuco Nicátor; la más famosa de las cuales era la de Fenicia), *Sir.* 57.
- laodicensis (habitantes de Laodicea, en Siria), *Mi.* 20.
- Laomedonte de Mitilene (primer sátrapa de Siria), *Sir.* 52; *Mi.* 9.
- Larisa (ciudad de Tesalia), *Sir.* 16.
- Larisa (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Lástenes (un cretense), *Si.* VI, 1-2.
- Latino Fauno (véase Fauno).
- Latino Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- latinos (habitantes del Lacio), *R.* XIII; *It.* VI, 1; *Af.* 58.
- Latona (bosque de —, en Rodas), *Mi.* 27.
- Laurento (lugar del Lacio), *R.* I, 1.
- Lavinia (en mitología, hija de Latino Fauno), *R.* I, 1; I A.
- Lavinio (ciudad del Lacio), *R.* I, 1; I A.
- Lelio, Gayo (legado y amigo de Escipión el Viejo), *Ib.* 25-26; 29; 67; *Af.* 26; 28; 41; 44.
- Lelio, Gayo (lugarteniente de Escipión el Joven), *Af.* 126-127.
- Lemnos (isla del Egeo), *Mi.* 77.
- Léntulo, Gneo Cornelio (cónsul en el 201 a. C.), *Af.* 56; 62.
- Léntulo Marcelino (pretor de Siria y sucesor de Marcio Filipo), *Sir.* 51.
- Léntulo Marcelino, Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Léntulo, (Clodiano) Gneo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Leónidas (general espartano), *Sir.* 18.

- leontinos (pueblo de Sicilia), *Si.* III.
- Leptines (un laodicense), *Sir.* 46-47.
- Leptis (ciudad de África), *Af.* 94.
- Lersa (nombre corrupto de lugar, en Iberia), *Ib.* 24.
- Lesbos (isla del Egeo), *P.* 5.
- Letes (río de Iberia), *Ib.* 71-72.
- Leucón (general de los areva-cos), *Ib.* 46.
- leucosirios (pueblo del Ponto), *Mi.* 69.
- Leuctra (ciudad de Beocia y nombre de una batalla famosa), *Sir.* 41.
- Levino (P. Valerio, cónsul en el 280 a. C.), *Sa.* X, 3.
- Libia (país de África), *P.* 5.
- Libisa (llanura de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- Libisos (río de Bitinia, en Asia), *Sir.* 11.
- «liburnias» (trirremes ligeras de los liburnios), *Il.* 3.
- liburnios (tribu iliria), *Il.* 3; 12; 16; 25.
- Licia (país de Asia), *Sir.* 4; 44; 53; *Mi.* 20; 25; 95.
- licio(s) (habitantes de Licia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 21; 27; 61; 62.
- Lico (río de Asia Menor), *Mi.* 20.
- Licomedes (sacerdote de la diosa de Comana), *Mi.* 121.
- Lidia (país de Asia Menor), *Af.* 28.
- lidios (habitantes de Lidia), *P.* 2; *Af.* 66.
- ligures (habitantes de Liguria), *Ib.* 37; *Af.* 7; 17; 40; 44; 54; 59; *Nu.* 111.
- Liguria (región galo-italica), *An.* 54; *Af.* 9; 23; 31-32; 54.
- Liguria (mar de —), *Mi.* 95.
- Lisias (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Lisias (preceptor de Antíoco Eupátor), *Sir.* 46-47.
- Lisímaco (sátrapa de Tracia), *Sir.* 1; 53; (rey), 55; 62; 64.
- Lisimaquea (ciudad del Quersoneso Tracio), *Sir.* 1; 3; 21; 28-29; 37-38; 62-63.
- Lisimaqueo (templo en honor de Lisímaco), *Sir.* 64.
- lisimaqueos (habitantes de Lisimaquea), *Sir.* 28; 64.
- Liso (ciudad de Iliria), *Il.* 7.
- Litennón (jefe de los numantinos), *Ib.* 50.
- Livio (jefe de la guarnición romana en Tarento), *An.* 32.
- Livio (almirante de la flota romana), *Sir.* 22-26.
- Loca (ciudad de África), *Af.* 15.
- locrios (habitantes de la Lócride, en Grecia), *Mac.* VIII.
- locrios (italianos o epizefirios, colonia griega en Italia meridional), *Sa.* XII, 1; *An.* 55.
- Lolio, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Lucania (región de Italia), *An.* 37-38; 43.

- lucanios (habitantes de Lucania), *Sa.* X, 1-2; *An.* 35; 37; 49.
- Lucio (véase Apustio), *Mac.* IV.
- Lucio (véase Régilo, Lucio Emilio), *Sir.* 27.
- Lucio Quintio (hermano del cónsul T. Quintio), *Mac.* VII.
- Lucio Tarquino «el Soberbio» (rey de Roma), *R.* II; XI-XII.
- Lucios (los dos —, consejeros romanos de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 70.
- Lúculo, Licinio L. (pretor con poder consular en Iberia en el 151 a. C.), *Ib.* 49-55; 59-61; 71; 89.
- Lúculo, Licinio L. (cónsul en el 74 a. C. contra Mitrídates), *Il.* 30; *Sir.* 49; (lugarteniente de Sila), *Mi.* 33; 51; 56; 68; (cónsul), *Mi.* 72; 75-85; 87-91; 97; 112.
- Lúculo, Marco (hermano del anterior), *Il.* 30.
- Lusitania (región de Iberia), *Ib.* 68; 71.
- lusitanos (tribu de Iberia), *Ib.* 56-60; 68; 100.
- lusones (tribu de Iberia), *Ib.* 42; 79.
- Lutacio (Gayo Lutacio Catulo, cónsul en el 242 a. C.), *Si.* II, 1.
- Lutia (ciudad de Iberia), *Ib.* 94.
- Luto (guarda de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Macares (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 67; 78; 83; 101-102; 113.
- Macedonia (país de Europa), *P.* 10; 12; *Af.* 101; 111; 132; 135; *Mac.* IX, 2; 5; XI, 1; 6; XVIII, 1; XIX; *Il.* 1; 5; 12-13; *Sir.* 13; 16; 17; 23; 43; 52-53; *Mi.* 8-9; 29; 35; 41; 55; 58; 95; 102; 112; 118.
- macedonios (habitantes de Macedonia), *P.* 3; 9; *Sa.* X, 2; *Ib.* 65; *Af.* 134; *Mac.* II; V; IX, 2; 4; X; XI, 9; *Il.* 9; *Sir.* 2; 16; 18; 53; 55; *Mi.* 8; 41; 89; 112; (reyes), *Sir.* 70; *Mi.* 8.
- Magdalses (un númida), *Nu.* V.
- Magio, Lucio (sertoriano consejero de Mitrídates), *Mi.* 68; 72.
- Magna Grecia (colonias griegas del sur de Italia), *Sa.* VII, 1.
- Magnesia (país de Asia Menor), *Mi.* 21.
- Magnesia (ciudad de Tesalia, en Grecia), *Mi.* 29.
- magnesios (habitantes de Magnesia, ciudad de Tesalia), *Mac.* VIII; (habitantes de Magnesia, en Asia Menor), *Mi.* 21; 60.
- Magnópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Eupatoria, en el Ponto), *Mi.* 115.
- Magón (general cartaginés), *Ib.* 16; 19; 20; 22.
- Magón (otro cartaginés), *Ib.* 24-25; 27; 31-32; 34; 37.

- Magón (hermano de Aníbal), *An.* 20; 54; *Af.* 7; 9; 23; 31; 32; 49; 54; 59.
- Magón (prefecto de caballería de Asdrúbal), *Af.* 15.
- Maharbal (lugarteniente de Aníbal), *An.* 10-11; 20-21.
- Malia (ciudad de Iberia), *Ib.* 77.
- Malia (golfo de —, entre las Termópilas y Ftía, en Grecia), *Mac.* VIII.
- Malo (ciudad de Cilicia, en Asia Menor), *Mi.* 95.
- Mamerco (L. Emilio, maestro de caballería), *Sa.* I, 1.
- mamertinos (pueblo de Sicilia), *Sa.* IX, 1.
- Manceo (oficial de Tigranes), *Mi.* 84; 86.
- Mancino (tal vez error por Manio Aquilio, véase éste), *Mi.* 19.
- Mancino, Hostilio (pretor en Iberia en el 138 a. C.), *Ib.* 79; 80; 83.
- Mancino, Lucio Hostilio (cónsul en el 148 a. C.), *Af.* 110; 113-114.
- Manilio, Manio (pretor en Iberia en el 150/151 a. C.), *Ib.* 56; *Af.* 75; 97; 99; 100-102; 104-105; 108-109; 111; 116.
- Manio (véase Aquilio, Manio), *Mi.* 17; 19; 57.
- Manlio, Aulo (lugarteniente de Mario), *Nu.* IV.
- Manlio, Lucio (senador romano), *Mi.* 71.
- Manlio, Marco Capitolino (cónsul), *It.* IX.
- Manlio (L. Manlio Vulso), *An.* 5.
- Manlio Torcuato (T. Manlio Imperioso Torcuato, cónsul en el 340 a. C.), *Sa.* II, 1.
- Manlio Torcuato (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Manlio Vulsón (sucesor de Escipión contra Antíoco), *Sir.* 39; 42-43.
- Maratón (batalla de —, en Grecia), *An.* 39.
- Marcelo (Marco Claudio Marcelo, cónsul romano en el 214 a. C.), *Si.* IV; V.
- Marcelo (error de Apiano por Marcio), *Ib.* 17.
- Marcelo, Claudio (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 27; 50-51.
- Marcelo, Claudio (pretor en Iberia en el 152 a. C.), *Ib.* 48-50.
- Marcio (Gneo Coriolano, caudillo volsco de origen romano), *It.* II-III; V, 1-6.
- Marcio (L. Marcio Séptimo, oficial de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 31-34.
- Marcio (Q. Marcio Filipo), *Mac.* XIV; XVII.
- Marcio, Gayo (íbero de Itálica), *Ib.* 66.
- Marcio Censorino, Lucio (cónsul en África en el 149 a. C.), *Af.* 75; 80; 86; 90; 97-99.
- Marcio Filipo (pretor sucesor de Escauro), *Sir.* 51.

- Marco Pomponio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Mareotis (lago de Egipto), *P.* 1.
- Mario, Gayo (estadista romano), *P.* 14; *Ga.* I, 2; *Nu.* IV-V; *Il.* 4; *Mi.* 51; 60.
- Mario, Marco (pretor en Iberia), *Ib.* 100.
- marmáridas (pueblo de África), *P.* 1.
- Maronea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- Martama (ciudad de África), *Af.* 55.
- Marte (en mitología, dios romano de la guerra), *R.* I, 1; *Af.* 133.
- Masalia (ciudad de la Galia), *Ib.* 40.
- masaliotas (habitantes de Masalia), *It.* VIII, 1; *Ib.* 14.
- masilios (tribu africana), *Af.* 10; 17; 26-27; 32; 46.
- Masinissa (rey de los númidas), *Ib.* 25; 27; 37; 46; 89; *Af.* 10-15; 17; 19-20; 22; 26-28; 32-33; 37; 41; 44-48; 54-55; 60-61; 67-74; 76; 79; 82; 94; 105-107; *Nu.* IV; *Mac.* XI, 4; *Mi.* 55.
- Massates (príncipe númida), *Af.* 44.
- Mastanabal (hijo de Masinissa), *Af.* 106; 111.
- Mauritania (país de África), *Af.* 106.
- Mauritano (monte de África, véase Atlas).
- mauritanos (habitantes de Mauritania), *P.* 1; *Af.* 40; 111; *Il.* 4.
- Máximo (hermano de Cornelio Escipión Emiliano), *Ib.* 90.
- Máximo (véase Fabio Máximo Emiliano), *Mac.* XIX.
- Mazaca (ciudad de Capadocia), *Mi.* 115.
- Media (país de Asia), *Af.* 132; *Sir.* 1; 3; 53; 55.
- Medo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- medo (imperio), *P.* 9; *Af.* 87.
- medos (habitantes de Media), *Il.* 2; 5; *Mi.* 114.
- Megalópolis (ciudad de Arcadia, en Grecia), *Sir.* 13; 17.
- Mégara (suburbio de Cartago), *Af.* 117-118; 135.
- Mégara (ciudad del Atica, en Grecia), *Mi.* 30.
- melitenses (habitantes de una isla cerca de Dalmacia), *Il.* 16.
- Menandro (prefecto de caballería), *Mi.* 117.
- Menas (embajador del rey Prusias en Roma), *Mi.* 4-5.
- Menipo (embajador de Antíoco el Grande), *Sir.* 6.
- Menófanes (allegado a Mitrídates Eupátor), *Mi.* 110.
- merrómenos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Mesala (M. Valerio Mesala Corvino), *Il.* 17.
- Mesembria (ciudad griega vecina de los misios de Europa), *Il.* 30.

- mesenios (habitantes de Mesenia, en Grecia), *Sir.* 41.
- Mesina (ciudad de Sicilia), *Sa.* IX, 2.
- mesolitas (pueblo de Lidia), *Mi.* 48.
- Mesopotamia (región de Asia), *Sir.* 48; 53; 55; 57; *Mi.* 114.
- Mesótilo (reyezuelo nómada), *Af.* 33.
- metapontios (habitantes de Metaponto), *An.* 35.
- Metaponto (ciudad de Italia), *An.* 33; 35.
- Metelo (L. Cecilio Metelo Delmático), *Il.* 10-11.
- Metelo Nepote, Q. Cecilio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Metrófanes (general de Mitrídates), *Mi.* 29.
- Metulo (ciudad de Iliria), *Il.* 19; 21.
- metulos (habitantes de Metulo), *Il.* 19-21.
- Mezencio (rey de los rútuos), *R. I A.*
- Mícipsa (hijo de Masinissa), *Ib.* 67; *Af.* 70; 106; 111.
- Micitio (general de Antíoco el Grande), *Sir.* 12.
- Miedo (personificación de este sentimiento), *Af.* 21.
- Mindis (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 33.
- Minerva (en mitología, diosa romana), *Af.* 133; (templo de —, en Ilión), *Mi.* 53; (estatua de —, en Ilión), *Mi.* 53.
- Minio (de Esmirna, íntimo de Mitrídates), *Mi.* 48.
- Minucio (Q. Minucio Termo), *Ib.* 39.
- Minucio Rufo (prefecto de caballería de Fabio Máximo), *An.* 12-13.
- Minucio Rufo (otro, prefecto de la flota de Bizancio), *Mi.* 17.
- Minuro (lusitano, amigo de Viriato), *Ib.* 74.
- Mioneso (ciudad en la costa de Lidia), *Sir.* 27-28.
- Mirto (mar —, parte del mar Egeo al sur de Eubea, el Atica, Argólida y oeste de las Cícladas), *P.* 5.
- Misia (país de Asia Menor), *Sir.* 42; *Mi.* 20; 118.
- misios (habitantes de Misia, en Asia Menor), *P.* 2; (de Europa), *P.* 3; *Il.* 6; 29-30, *Sir.* 32.
- Mitilene (ciudad principal de la isla de Lesbos), *Mi.* 21; 52; (embajadores de —), *Mac.* III, 1.
- mitilenios (habitantes de Mitilene), *Sir.* 65.
- Mitraas (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates (Ctistés «el fundador»), *Mi.* 9; 112.
- Mitrídates (rey de los partos), *Sir.* 51.
- Mitrídates (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 52; 64.
- Mitrídates Eupátor Dionisos

- (rey del Ponto), *Si.* VI, 1-2; *Il.* 30; *Sir.* 48-50; *Mi.* 9-21; 23-30; 32-33; 41; 46-49; 51-52; 54-58; 60-69; 71-76; 78-85; 87-92; 97-105; 107-113; 115; (trono de —), 116; (imagen de —), 117; 118.
- Mitrídates Evergetes (padre de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 10.
- Mitrídates de Pérgamo, *Mi.* 121.
- Mitrídatís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Mitrobarzanes (rey de Armenia), *Mi.* 84.
- moentinos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Molistomo (príncipe de una tribu iliria), *Il.* 4.
- molosos (pueblo del Epiro), *Sa.* XI, 1.
- Mónima (esposa de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 21; 48.
- Mopsuestia (ciudad de Cilicia), *Sir.* 29.
- Mummio (L. Mummio Acaico, pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 56-57; *Af.* 135.
- Munacio (lugarteniente de Sila), *Mi.* 34.
- Murena (lugarteniente de Sila), *Mi.* 32; 43; 64-66; 93; 112.
- naabateos (véanse árabes), *Mi.* 106.
- Nabis (tirano de los lacedemonios), *Mac.* VII.
- Narce (ciudad de Africa), *Af.* 33-34.
- naresios (tribu iliria), *Il.* 16.
- Narón (río de Dalmacia), *Il.* 11.
- neapolitanos (habitantes de Neápolis, en la Campania), *Sa.* IV, 5.
- Néferis (ciudad de Africa), *Af.* 102; 108; 111; 126.
- Nemanes (un armenio), *Mi.* 19.
- Nemea (santuario griego), *Mi.* 112.
- Némesis (personificación de la venganza), *Af.* 85.
- Neoptólemo (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 17-19; 34.
- Neptuno (en mitología, dios romano), *Af.* 13; 71; *Mi.* 70.
- Nergóbriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 50.
- nergobrigenses (habitantes de Nergóbriga), *Ib.* 84.
- Nerón, G. Claudio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- nervios (tribu galo-germana), *Ga.* I, 4.
- Nicandro (un pirata), *Sir.* 24-25.
- Nicanor (sátrapa de Capadocia), *Mi.* 8.
- Nicanor (quizá mejor Nicátor, sátrapa de Media), *Sir.* 55; 57.
- Nicátor (sobrenombre de Seleuco, sátrapa de Babilonia).
- Nicatorio (recinto consagrado a Seleuco Nicátor), *Sir.* 63.
- Nicea (ciudadela de Bitinia), *Mi.* 6; 77.
- Niceforio (ciudad de Mesopotamia), *Sir.* 57.

- Niceforio (ciudadela de Pérgamo), *Mi.* 3.
- Nicias (oficial de Perseo), *Mac.* XVI.
- Nicomedes (hijo de Prusias, rey de Bitinia), *Mi.* 4-7.
- Nicomedes (nieto de Nicomedes Filópator), *Mi.* 7.
- Nicomedes Filópator (hijo de Nicomedes el hijo de Prusias), *Mi.* 7; 10-20; 56-58; 60.
- Nicomedia (ciudad de Bitinia), *Mi.* 7; 52; 76.
- Nicópolis (ciudad de Armenia Menor), *Sir.* 57; *Mi.* 105; 115.
- Nilo (río de Egipto), *P.* 1.
- Nimis (río de Iberia), *Ib.* 72.
- Ninfeo (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Nisa (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 111.
- Nobilior, Q. Fulvio (pretor en Iberia en el 153 a. C.), *Ib.* 45-49; 80.
- Nonio (oficial de Fimbria), *Mi.* 59.
- Nórico (ciudad de los nóricos, véanse éstos), *Ga.* XIII.
- nóricos (tribu germana), *Ga.* XIII; *Il.* 6; 29.
- Nuceria (ciudad de Italia), *An.* 49.
- Nuceria (ciudad de Africa), *Af.* 63.
- Nudo (comandante de la flota de Cota), *Mi.* 71.
- Numa Pompilio (rey de Roma), *R.* II; *Mi.* 22.
- Numancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 46; 49-50; 76; 78; 83-84; 87; 89-90; 98.
- numantina (guerra), *Ib.* 66.
- numantinos (habitantes de Numancia), *Ib.* 46; 76; 78-81; 83-84; 87; 89-90; 93-95; 97.
- númidas (habitantes de Numidia), *P.* 1; *Si.* II, 3; *Ib.* 15; 25; 27; *An.* 2; 50-51; 57; *Af.* 9-12; 14; 18-19; (caballos —), 23; 24; 26; 41-42; 44; (jinetes —), 46; 48; 61; 68; 71; 73; 106; 126; *Il.* 4.
- Numidia (país de Africa), *P.* 1.
- Númitor (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Obólcola (ciudad de Iberia), *Ib.* 68.
- Ocile (ciudad de Iberia), *Ib.* 57.
- Ocilis (ciudad de Iberia), *Ib.* 47-48.
- Octavia (pórtico de —, en Roma), *Il.* 28.
- Octavio (lugarteniente de Escipión el Viejo), *Af.* 41; 44; 49.
- Octavio César Augusto (emperador romano), *P.* 14; *Si.* VI, 1; *Ib.* 102; *An.* 13; *Af.* 136; *Il.* 13-30; *Sir.* 50; *Mi.* 105; 121.
- Odeón (edificio de Atenas), *Mi.* 38.
- Odeso (ciudad de Misia), *Il.* 30.
- Ojatres (hijo de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108; 117.
- Oleabas (un escita), *Mi.* 79.
- Olimpia (tesoro de —), *Mi.* 54.

- Olimpiade (esposa de Filipo el padre de Alejandro), *Sir.* 54.
- Olimpo (monte de Misia), *Sir.* 42.
- Olofernes (supuesto hermano de Ariárates), *Sir.* 47.
- Oltaces (rey de la Cólquide), *Mi.* 117.
- Onomarco (general focense), *It.* VIII, 1.
- Opio (tribuno militar), *Ib.* 78.
- Opio, Quinto (general romano), *Mi.* 17; 20; 112.
- Orcómeno (ciudad de Beocia), *Mi.* 49; 54.
- Oresteia (Argos de —, en Macedonia), *Sir.* 63.
- Orezes (rey de los albanos), *Mi.* 103; 117.
- Orodes (hermano de Mitrídates el rey de los partos), *Sir.* 51.
- Oropo (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Orsabarís (hija de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 117.
- Orsón (ciudad de Iberia), *Ib.* 16; 65.
- oxieos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Oxtraca (ciudad de Iberia), *Ib.* 58.
- Paflagonia (país de Asia Menor), *Mi.* 17-18; 56; 58; 68; 70; 112; 114; 118.
- paflagonios (habitantes de Paflagonia), *Mi.* 21.
- Paladión (nombre dado en Ilión a la estatua de Minerva), *Mi.* 53.
- Palantia (ciudad de Iberia), *Ib.* 55; 80-83; 88.
- palantinos (habitantes de Palantia), *Ib.* 55; 82; 88.
- palarios (tribu iliria), *Il.* 10.
- Palatino (monte de Roma), *Il.* 30.
- Palestina (país de Asia Menor), *Sir.* 50; *Mi.* 106; 115; 117-118.
- palestinos (habitantes de Palestina), *P.* 2.
- Palmira (ciudad de Siria), *P.* 2.
- palmiranos (habitantes de Palmira), *P.* 2.
- Panares (un cretense), *Si.* VI, 2.
- Panfília (país de Asia Menor), *Sir.* 22; 28; 53; *Mi.* 8; 20; 56; 95.
- Panfílio (mar, en Asia), *P.* 2; (golfo), *P.* 9.
- panfílios (habitantes de Panfília), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 92.
- Panonia (país entre Iliria y el Danubio), *Il.* 1; 3; *Mi.* 102.
- Panonio (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- panonios (habitantes de Panonia), *P.* 3; *Il.* 6; 14; 17; 22; 23; 29.
- Panticapeo (enclave comercial en la boca del Ponto), *Mi.* 107; 120.
- Papirio Carbón (Gneo, cónsul en el 113 a. C.). *Ga.* XIII.

- Parío (ciudad de Asia Menor, en la Propóntide), *Mi.* 76.
- partenios (tribu iliria), *Il.* 2.
- Partia (país de Asia), *Sir.* 1; 51; 57; *Mi.* 87; (rey de —), *Mi.* 15.
- Parto (ciudad de Africa), *Af.* 39.
- Parto (en mitología, hija de Ilirio), *Il.* 2.
- partos (habitantes de Partia), *Il.* 13; *Sir.* 48; 51; 55; 67-68; *Mi.* 87; 105.
- Pasargadas (ciudad de Persia), *Mi.* 66.
- Patara (puerto de Licia), *Mi.* 27.
- Paulo (véase Emilio Paulo), *Mac.* XIX; *Sir.* 29.
- Pausímaco (almirante rodio), *Sir.* 23-24.
- Pela (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Pelópidas (compañero de Epaminondas), *Sir.* 41.
- Pelópidas (embajador de Mitrídates), *Mi.* 12-16; 27.
- peloponesios (habitantes del Peloponeso), *Mi.* 30.
- Peloponeso (parte sur de Grecia), *Mac.* VIII; *Mi.* 95; (Argos del —), *Sir.* 63.
- Pelusio (ciudad de Africa), *P.* 1.
- Peón (en mitología, hijo de Autaríeo), *Il.* 2.
- peones (véanse panonios).
- Peonia (inferior, país limítrofe con Iliria), *Il.* 14.
- Perdicas (general de Alejandro Magno), *Sir.* 52; 57; *Mi.* 8.
- Perea (distrito perteneciente a Rodas), *Mac.* IV.
- Pérgamo (ciudad de Asia Menor), *Mac.* IV; XI, 1; *Sir.* 26; *Mi.* 3; 19; 21; 52; 56; 60; (los de —), *Mi.* 23; (ochenta ciudadanos de —), *Mi.* 48.
- Pericles (estadista ateniense), *Mi.* 30.
- Perinto (ciudad de Siria), *Sir.* 57.
- Perpenna (romano del partido de Sertorio), *Ib.* 101.
- Perpenna (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- Perrebo (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- perrebos (pueblo de Tesalia), *Mac.* XI, 1; *Il.* 2.
- persa (imperio), *P.* 9; *Af.* 2; 87.
- persas (habitantes de Persia), *Sir.* 52; 55-56; 61.
- Perseo (rey de Macedonia), *Ib.* 65; *Af.* 111; *Mac.* XI, 1; 3-8; XII-XIII; XV-XVIII, 1-3; XIX; *Il.* 9; *Sir.* 44.
- Persia (país de Asia), *Af.* 132.
- Pérsico (golfo, en Asia), *P.* 9.
- perteenatas (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pesino (localidad de Frigia), *An.* 56.
- Petelia (ciudad de Italia), *An.* 29; 57.
- petelios (habitantes de Petelia), *An.* 57; 60.
- Petilio (embajador romano), *Mac.* XVIII, 1.
- píccenos (habitantes del Pícceno)

- no, en Italia), *Sa.* VI, 1; *Ga.* XI.
- Pigmalión (en mitología, rey de Tiro), *Af.* 1.
- Pilo (lugar de Grecia), *Af.* 112.
- Pinnes (hijo de Agrón), *Il.* 7-8.
- Pireo (puerto de Atenas), *Sir.* 22; *Mi.* 29-30; 34; 36-37; 40-41.
- Pirineos (montes de Europa), *Ib.* 1-2; 6-7; 17; 28; *An.* 4; *Il.* 4.
- piriseos (tribu iliria), *Il.* 16.
- Pirro (rey de Epiro), *Sa.* VII, 3; VIII-IX, 1; X, 1-3; X, 5; XI, 1-2; XII, 1-2; *An.* 26; 58; *Il.* 7; *Sir.* 10.
- Pisidia (país de Asia Menor), *Sir.* 9; 12.
- pisidios (habitantes de Pisidia), *P.* 2; *Sir.* 32; *Mi.* 75.
- Pisístrato (general de los de Cízico), *Mi.* 73.
- Pisón (véase L. Calpurnio Pisón Cesonino, cónsul en el 112).
- Pitane (ciudad de Misia cercana a Pérgamo), *Mi.* 52.
- Placentia (ciudad de Italia), *An.* 5; 7.
- Platea (ciudad de Beocia), *An.* 39.
- Platón (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Plaucio, Gayo (pretor en Iberia en el 146 a. C.), *Ib.* 64.
- Pleminio (jefe de la guarnición romana en Locros Epizefrios), *An.* 55.
- Plestine (zona pantanosa de la Umbría, en Italia), *An.* 9; 11.
- Plotio Varo (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Po (río de Europa), *Ib.* 39; *An.* 5; 7-8; 10; *Il.* 8.
- Polibio (historiador griego), *Af.* 132-133.
- Polifemo (en mitología, un ciclope), *Il.* 2.
- Polixénidas (oficial de Antíoco el Grande), *Sir.* 14; 17; 21-22; 24; 27.
- Pompeyo Aulo, Quinto (pretor en Iberia en el 143 a. C.), *Ib.* 66; 76-79; 83.
- Pompeyo, Gneo (hijo mayor de Pompeyo el Grande), *Ib.* 101.
- Pompeyo el Grande (político y general romano), *P.* 14; *Si.* VI, 2; *Il.* 12-13; 15; *Af.* 136; *Sir.* 49-51; 70; *Mi.* 68; 91; 94-100; 103-108; 112-117; 120-121.
- Pompeyópolis (nombre dado por Pompeyo a la ciudad de Solos en Cilicia), *Mi.* 115.
- Pomponio (tribuno de la plebe), *Sa.* II, 1.
- Pomponio (prefecto de caballería de Lúculo), *Mi.* 79.
- Poncio (general samnita), *Sa.* IV, 2-3; 5-6.
- pónticos (habitantes de la zona del Ponto), *Mi.* 92.
- Ponto (región de Asia Menor), *P.* 2; 3; *Si.* VI, 1; *Mi.* 9-10; 23; 48; 55; 58; 64; 68; (ciudades del —), 82; (reyes del —), 83; (oficiales del —), 87; (región del —), 88; 101; 107; 119; 121; (reino del —), *Mi.*

- 112; 114-115; (pueblos del —), 116; (regiones vecinas al —), 120.
- Ponto Euxino (véase Euxino).
- Popilio (embajador de los romanos), *Sir.* 66.
- Popilio (M. Popilio Lena, cónsul en el 350 a. C.), *Ga.* I, 2.
- Popilio Lena, Marco (pretor en Iberia en el 139 a. C.), *Ib.* 79.
- posenos (tribu de los yápodas), *Il.* 21.
- Postumio (Espurio, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6; VII, 2.
- Príamo (en mitología, rey de Troya), *R.* I, 1; *Af.* 132.
- Procas (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Prometeo (en mitología, un titán), *Mi.* 103.
- Promona (ciudad de los liburnios, en Iliria), *Il.* 12; 25-27.
- Propóntide (mar de Asia), *P.* 2; *Mi.* 95.
- Prosérpina (en mitología, hija de Júpiter y Ceres), *Sa.* XII, 1; *Mi.* 75; (templo de —), *Sa.* XII, 2; *An.* 55.
- Protopaquio (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 19.
- Prusias (la de al pie de una montaña, ciudad de Asia Menor), *Mi.* 77.
- Prusias I (rey de Bitinia), *Sir.* 11; 23.
- Prusias II el Cazador (rey de Bitinia, hijo del anterior), *Mi.* 2-7.
- Publícola (un romano), *It.* V, 3.
- Publio (véase Galba, P. Sulpicio Galba Máximo), *Mac.* IV.
- Publio (véase Cornelio, Publio, familiar de Cornelio Léntulo), *Af.* 62.
- Publio (véase Publio Cornelio Escipión Africano), *Sir.* 30.
- Puertas Cilicias (lugar de Asia Menor), *Sir.* 54.
- Puertas Escitas (lugar de Escitia), *Mi.* 102.
- Púnico (caudillo lusitano), *Ib.* 56.
- Pupio Pisón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Queronea (lugar de Beocia), *Mi.* 29; 42; (batalla de —), 45.
- Quersoneso (Tracio), *Sir.* 1; 6; 21; 28-29; 37-38; 43; *Mi.* 13.
- Quersoneso del Ponto, *Mi.* 102.
- Quersoneso (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108.
- Quintio (general romano), *Ib.* 66-67.
- Quintio, Tito (Penno Crispino Capitolino, general romano), *Ga.* I, 1.
- Quíos (embajadores de —), *Mac.* III, 1; (isla de —), *Mac.* IV; *Sir.* 22; (una nave de —), *Mi.* 25; (los de —), *Mi.* 25; 46.
- quiotas (habitantes de Quíos), *Mi.* 46-48; 55.
- Rea Silvia (en mitología, madre de Rómulo y Remo), *R.* I, 2.
- Regilo (ciudad sabina, en Italia), *R.* XII.

- Regilo, L. Emilio (almirante de la flota romana), *Sir.* 26-27.
- reginos (habitantes de Regio), *Sa.* IX, 3.
- Regio (ciudad del sur de Italia), *Sa.* IX, 1-2; XII, 1; *An.* 44.
- Régulo (véase Atilio Régulo, M., jefe de la flota romana en África en el 256 a. C.).
- Remo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; I A.
- Rennio (de Brindisi, ciudadano romano), *Mac.* XI, 7-8.
- Reso (en mitología, héroe tracio), *Mi.* 1.
- Reteo (ciudad de la Tróade), *Sir.* 23.
- retios (tribu del Danubio), *Il.* 6; 29.
- Retógenes (un numantino), *Ib.* 94.
- Rin (río de Europa), *P.* 3; *Ga.* I, 5; II; XVI.
- Ríndaco (río de Misia), *Mi.* 75.
- Ródano (río de Europa), *Ga.* XV.
- Rodas (isla del Mediterráneo), *P.* 5; *Sir.* 21; 27; 68; *Mi.* 19; 24; 26-27; 33; 46-47; 56.
- rodios (habitantes de la isla de Rodas), *Af.* 65; *Mac.* IV; VII-VIII; XI, 3; XVII; *Sir.* 12; 25; 28; 44; *Mi.* 22; 24-27; 33; 61-62.
- Rodoguna (hermana de Fraates, rey de los partos), *Sir.* 67-68.
- Ródope (tribus del —, monte de Tracia), *Mi.* 69.
- Roma (nación), *P.* 1; 12; 15; *R.* V; XII; *Sa.* I, 1-2; IV, 2; *Ga.* II; XIII; *Ib.* 2; 10; 12; 43; 45; 51-52; 56; 58; 62-63; 79; *An.* 10; 28; 32; 36; 38; 53; *Af.* 5; 51; 54; 56; 61; 64; 65; 67; 69; 135; *Nu.* II; *Mac.* III, 1; IV; VII; IX, 4; XI, 1; XVIII, 1-2; *Il.* 6-7; 15; 21-22; 28; 30; *Sir.* 12; 22; 38; 50; *Mi.* 3; 7; 30; 53; 57; 68; 97; 106; 114.
- Roma (ciudad), *P.* 7; *It.* V, 5; IX; *Sa.* IV, 1; VI, 2; IX, 3; X, 1; 3; XI, 1; *Ga.* I, 1; 5; III; *Si.* II, 1-2; VI, 1; *Ib.* 7; 11; 23; 29; 38; 49; 50; 57; 60; 61; 64-65; 73-74; 76; 78; 80-81; 83-84; 101; *An.* 5; 8-9; 12; 16-17; 26; 28; 31; 35; 38; 43; 47; 56-57; *Af.* 6; 23; 28; 31; 32; 34-35; 48-50; 53; 56-57; 65; 69; 74; 75-77; 80; 89-91; 93; 99; 109; 112; 114; 133-134; 136; *Nu.* I; *Mac.* III, 2; VIII-IX, 3; XI, 1; 4; XII; XVII; *Il.* 7-9; 11; 13; 24; 27; 30; *Sir.* 2; 6; 12; 21; 23; 38; 43-44; 46; 50; *Mi.* 2; 4; 6; 16; 51; 52; 60; 63-65; 67; 68; 72; 77; 93; 95; 103; 116.
- romanos (habitantes de Roma), *passim.*
- Rómulo (en mitología, fundador de Roma), *R.* I, 2; II; V; *Af.* 112.

- Rómulo Silvio (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2; I A.
- Rutilio (legado de Sila), *Mi.* 60.
- Rutilio Rufo (tribuno militar y analista romano), *Ib.* 88.
- rútilos (pueblo de Etruria), *R.* I, 1.
- sabinos (pueblo de Italia), *R.* V; XII; *Sa.* IV, 5; VI, 1; *Ga.* XI; *Af.* 58.
- saguntinos (habitantes de Sagunto), *Ib.* 7; 10-12; *An.* 2-3; *Af.* 6; 63.
- Sagunto (ciudad de Iberia), *Ib.* 12; 19; 75; *An.* 3.
- Salapia (ciudad de Yapigia, en Italia), *An.* 45.
- salapios (habitantes de Salapia), *An.* 50.
- salasos (tribu alpina), *Il.* 17-18.
- Salinátor, M. Livio (cónsul en el 207 a. C.), *An.* 52.
- salios (tribu germana), *Ga.* XII.
- Salona (ciudad de Dalmacia), *Il.* 11.
- samnitas (pueblo de Italia), *P.* 14; *Sa.* I, 1; IV, 1-2; 4; 5; VII, 3; X, 1; *Ib.* 83; *Af.* 58; *Mi.* 112.
- Samos (ciudad e isla de Jonia), *Mac.* IV; *Sir.* 24-25; *Mi.* 63.
- Samotracia (isla frente a la costa asiática), *Af.* 71; *Mac.* XVIII, 1; *Mi.* 63; (templo de —), *Mi.* 63.
- Sangario (río de Bitinia), *Mi.* 19.
- Sardes (capital de Lidia), *Sir.* 29.
- sármatas (habitantes de Sarmacia, en la Tracia europea), *Mi.* 15.
- Saro (río de Cilicia), *Sir.* 4.
- Sarpedonio (promontorio de Cilicia), *Sir.* 39.
- Saturnalia (fiestas en honor de Saturno), *Sa.* X, 5.
- saurómatas (igual a sármatas, véanse éstos), *Mi.* 57; 69.
- Savo (río de Panonia), *Il.* 22.
- Saxa (procónsul de Siria), *Sir.* 51.
- Sedetania (región de Iberia), *Ib.* 77.
- Segeda (ciudad de Iberia), *Ib.* 44.
- segedanos (habitantes de Segeda), *Ib.* 45.
- Segesta (ciudad de Panonia), *Il.* 23.
- segestanos (tribu panonia), *Il.* 10; 17; 22-23; 24.
- Selene (esposa de Antíoco Ciziceno y de Antíoco el Gripo), *Sir.* 69-70.
- Seleucia (sobre el mar, ciudad de Siria), *Sir.* 4; 63.
- Seleucia (fortaleza de Mesopotamia), *Mi.* 114.
- Seleucia (ciudad de Palestina, pasaje corrupto en Apiano), *Mi.* 117.
- Seleucias (junto al mar, y a orillas del Tigris, dos ciudades construidas por Seleuco Nicátor), *Sir.* 57-58.

- seléucidas (dinastía de reyes sirios), *Sir.* 48-50; 67; 70.
- Seleuco (Nicátor, sátrapa y rey de Babilonia), *Sir.* 1; 53-54; (rey), 55-67; 70.
- Seleuco II (Calinico, padre de Antíoco el Grande), *Sir.* 1; 66.
- Seleuco III (Cerauno, hijo de Seleuco Calinico), *Sir.* 66.
- Seleuco IV (hijo de Antíoco el Grande), *Sir.* 3; 14; 26; 33; 45; 66.
- Seleuco V (hijo de Demetrio Nicátor y Cleopatra), *Sir.* 68-69.
- Seleuco VI (Epífanes, hijo de Antíoco Gripo), *Sir.* 69.
- Sempronio, Gneo (jefe de embajada de prisioneros), *An.* 28.
- Sempronio Longo, Tiberio (cónsul en el 218 a. C.), *Ib.* 14; *An.* 6; 8.
- Sempronio, Publio (militar romano), *An.* 26.
- Sempronio Tuditano, G. (cónsul contra los yápodas), *Il.* 10.
- Sempronio Tuditano, Publio (cónsul en el 204 a. C.), *Ib.* 39.
- Sena (ciudad de Italia), *An.* 52.
- senones (tribu gala), *Sa.* VI, 1-2; *Ga.* XI.
- Serrano (prefecto de la flota, tal vez Sexto Atilio Serrano, cónsul en el 136 a. C.), *Af.* 114.
- Sertorio, Quinto (político de la facción de Cinna), *Ib.* 101; *Mi.* 68; 70; 76; 112.
- Serviliano (véase Fabio Máximo Serviliano).
- Servilio Cepión Q. (pretor en Iberia en el 140/139 a. C.), *Ib.* 70; 74-75.
- Servilio, Gneo (Gneo Servilio Gémino, cónsul en el 217 a. C.), *An.* 8; 10; 12; 16; 18; 19; 22-24.
- Servilio Isaúrico (cónsul contra los piratas), *Mi.* 93.
- Servio Tulio (rey de Roma), *R.* II.
- Sestos (ciudad del Helesponto), *Sir.* 21; 23; 36.
- Setovia (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sextilio (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 84-85.
- sibilinos (libros), *Mac.* II; *Sir.* 51.
- Sicilia (estrecho de —), *P.* 3; *Sa.* IX, 1.
- Sicilia (isla del Mediterráneo), *P.* 5; 8; 12; *Sa.* XI, 1-2; XII, 1; *An.* 50; 55; *Af.* 2-5; 57; *Si.* I-II, 2-3; III; *Ib.* 3-4; 17; 99; *An.* 2-3; 8; *Af.* 7-8; 13; 15; 17; 39; 62-63; 76-77; 80; 86-87; 110; 113; 133; 134; *Mac.* I; *Mi.* 59; 95; (pretor de —), *Mi.* 93.
- sicilianos (habitantes de Sicilia), *Sa.* XII, 1; *Si.* III-IV; *Af.* 8.
- Sículo (mar en torno a Sicilia), *P.* 5.

- sidetas (pueblo de Panfilia), *Af.* 123.
- Siete Sabios (de Grecia), *Mi.* 28.
- Sifax (rey de los númidas), *Ib.* 15-16; 29-30; 37; *Af.* 10-14; 17-18; 20; 22; 26-28; 32-33; 59-106; *Nu.* IV.
- sigambrios (tribu gala), *Ga.* I, 4.
- Sila, L. Cornelio (político y hombre de armas romano), *P.* 14; *Ib.* 101-102; *Nu.* IV-V; *Mi.* 22-23; 30-43; 45-51; 53-61; 63-68; 83; 92; 112.
- Silano, M. Junio (lugarteniente de Escipión en Iberia), *Ib.* 26; 28; 32.
- Silvio Latino (véase Latino Silvio).
- Sinodio (ciudad de Dalmacia), *Il.* 27.
- Sinope (ciudad de Paflagonia), *Mi.* 78; 83; 113; 120.
- sinopenses (habitantes de Sinope), *Mi.* 83.
- Sinorex (fortaleza en Asia Menor), *Mi.* 101.
- sintos (pueblo vecino de Macedonia), *Mi.* 55.
- Síntrico (padre de Fraates rey de los partos), *Mi.* 104.
- Sípilo (monte de Lidia), *Sir.* 30.
- Sira (apodo de Cleopatra hija de Antíoco el Grande), *Sir.* 5.
- Siracusa (ciudad de Sicilia), *Si.* II, 2; III-IV; *Af.* 14.
- Siria (país de Asia), *Mac.* IV; *Sir.* 2; 12; 22; 36; 45; 46; 48-49; 51-53; 57; 61; 65-66; 69-70; *Mi.* 9; 13; 33; 106-108; 118; (provincia de —), *Il.* 13; (interior), *Sir.* 50; (desde el Éufrates hasta el mar), *Mi.* 16; 105; (de en torno al Éufrates), *Mi.* 106; (gentes de —), *Mi.* 116; (interior hasta el Éufrates), *Mi.* 118.
- Siria Palestina (nombre dado a Siria a partir de Adriano), *P.* 2.
- sirios (habitantes de Siria), *P.* 2; *Sir.* 1; 45-48; 50; 66; 69; *Mi.* 92.
- Sirtes (aguas poco profundas entre Tunicia, Tripolitania y el territorio de Cirene), *P.* 1.
- Sisena, Lucio (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Sobadaco (un escita), *Mi.* 79.
- Sócrates (filósofo griego), *Sir.* 41.
- Sócrates Cresto (hermano de Nicomedes Filópator), *Mi.* 10; 13; 57.
- Sofene (parte de Armenia Menor), *Mi.* 105.
- Sofonisba (esposa de Sifax), *Af.* 27-28.
- Sogdiana (región de Asia), *Sir.* 55.
- Sol (procesión del, entre los rodios), *Mac.* XI, 3.
- Solos (ciudad de Cilicia), *Mi.* 115.

- Sotira (ciudad de Partia), *Sir.* 57.
- Soter (sobrenombre de Demetrio el hijo de Seleuco), *Sir.* 47.
- Suba (lugarteniente de Masinissa), *Af.* 70.
- suevos (tribu germánica), *Ga.* XVIII.
- Sulpicio (véase Galba, Publio Sulpicio Galba Máximo).
- Sulpicio, Gayo (Pético, dictador romano), *Ga.* I, 1.
- Tacio (Tito, rey sabino), *R.* III-V; *It.* V, 5.
- Tais (véase Filócaris).
- Tajo (río de Iberia), *Ib.* 51; 57; 64; 71.
- Talábriga (ciudad de Iberia), *Ib.* 73.
- Talaura (ciudad del Ponto), *Mi.* 115.
- Tangino (capitán de bandidos), *Ib.* 77.
- Tántalo (lusitano sucesor de Viriato), *Ib.* 75.
- tapiros (pueblo de Asia), *Sir.* 55.
- Tapso (ciudad de Africa), *Af.* 94.
- tarentinos (habitantes de Tarento), *Sa.* VII, 1-2; VIII; X, 1; 4; XI, 2; *An.* 32; 34.
- Tarento (ciudad de Calabria, en Italia), *Sa.* VII, 1-2; VIII; *An.* 32-35; 49; (puerto de —), *An.* 34; *Sir.* 15.
- Tarquinio (Prisco, rey de Roma), *R.* II.
- Tartessos (ciudad y región del sur de Iberia), *Ib.* 2; 63.
- Taulante (en mitología, hijo de Ilirio), *Il.* 2.
- taulantios (pueblo de Macedonia), *Il.* 2.
- taulantios (tribu iliria), *Il.* 16; 24.
- Taurasia (ciudad gala), *An.* 5.
- Taureas (un capuano), *An.* 37.
- tauriscos (tribu iliria), *Il.* 16.
- tauromenios (habitantes de Tauromenio, en Sicilia), *Si.* V.
- Tauro (monte de Asia), *Sir.* 29; *Mi.* 62; 106.
- tauros (aliados de Mitridates), *Mi.* 15; 69.
- Taxiles (general de Mitridates Eupátor), *Mi.* 70; 72.
- Teano (ciudad de Italia), *An.* 27.
- Tebano (apelativo del dios Hércules), *Ib.* 2.
- tebanos (habitantes de Tebas, en Grecia), *Sir.* 13.
- Tebas (ciudad de Grecia), *P.* 8; *Sir.* 13; *Mi.* 30.
- tectosagas (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tegea (ciudad de Asia), *Sir.* 57.
- telmiseos (habitantes de Telmisos, en Asia Menor), *Mi.* 24.
- Temiscira (ciudad del Ponto), *Mi.* 78.

- temiscirios (habitantes de Temiscira), *Mi.* 78.
- Tempe (valle de Tesalia), *Sir.* 16.
- tencterios (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Teodosia (fortaleza del Ponto), *Mi.* 108; 120.
- Teófilo (el paflagonio asesino a sueldo de los tralianos), *Mi.* 23.
- Teos (véase Antíoco Teos).
- Terencio Varrón (cuestor romano en Iberia en el 150 a. C.), *Ib.* 56.
- Terencio Varrón (cónsul en el 216 a. C.), *An.* 17-19; 23; 26.
- Terencio Varrón, M. (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tergesto (ciudad costera de Istria), *Il.* 18.
- Termancia (ciudad de Iberia), *Ib.* 76-77.
- termantinos (habitantes de Termancia), *Ib.* 77.
- Termeso (ciudad de Iberia), *Ib.* 99.
- Termo (tribuno militar), *Af.* 36; 44.
- Termo (otro, tribuno militar), *Sir.* 39.
- Termo (propretor de Flaco), *Mi.* 52.
- Termodonte (río del Ponto), *Mi.* 69; 78.
- Termópilas (paso entre Tesalia y la Fócide), *Sir.* 17; *Mi.* 41.
- Termópilas (batalla de las —), *Sir.* 38.
- Terpono (ciudad de Iliria), *Il.* 18.
- Terracina (ciudad de Italia), *Sa.* I, 1.
- Tesalia (región del norte de Grecia), *P.* 3; *Mac.* XI, 4; XVIII, 3; XIX; *Sir.* 2; 13; 16-17; 43; *Mi.* 30; 41; 51; 95.
- tesalios (habitantes de Tesalia), *Mac.* XI, 1; XII; *Sir.* 14.
- Tespis (los de —, en Beocia), *Mi.* 29.
- Tesprocia (parte de la costa del Epiro), *Il.* 1.
- Testimo (oficial dálmata), *Il.* 26-27.
- teutones (tribu germana), *Ga.* I, 4; XIII.
- Tiatira (llanura de Lidia), *Sir.* 30.
- Tíber (río de Italia), *R.* I, 2; I A; *An.* 56; *Sir.* 21.
- Tiberino (en mitología, rey de Alba), *R.* I, 2.
- Tiberio (emperador romano), *Il.* 30.
- Tiberio Nerón (legado de Pompeyo), *Mi.* 95.
- Tiberio Pandusa (general romano), *Il.* 10.
- Tíbris (antiguo nombre del Tíber), *R.* I A.
- Tigilas (véase Bannón Tigilas).
- Tigranes (padre, rey de Armenia), *Sir.* 48-49; 69-70; *Mi.* 15;

- 67; 78; 82-85; 87-88; 104-107; 114; (imagen de —), 117.
- Tigranes (hijo del anterior), *Mi.* 104-105; 117.
- Tigranocerta (ciudad de Armenia), *Mi.* 67; 84-86.
- tigurinos (tribu gala), *Ga.* I, 3; XV.
- Timarco (sátrapa de Babilonia), *Sir.* 45; 47.
- Timarco (tirano de Mitilene), *Sir.* 65.
- Timoteo (médico de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 89.
- Tiquiunte (monte de las Termópilas), *Sir.* 17-18.
- Tirio (apelativo de Hércules), *Ib.* 2.
- Tiro (ciudad fenicia), *Af.* 1; 89; *Sir.* 8.
- Tirreno (mar, entre Italia e Iberia), *P.* 3; *Ib.* 1; (islas del —), *P.* 5.
- Tisca (país africano), *Af.* 68.
- Tiseo (ciudad de Macedonia), *Mi.* 35.
- Tisia (ciudad de Italia), *An.* 44.
- titos (tribu celtíbera), *Ib.* 44; 48; 50; 63; 66.
- Toante (jefe de la embajada etolia), *Sir.* 12.
- tolistobeos (pueblo gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Tolomeo I Soter (hijo de Lago, un epígono y rey de Egipto), *Si.* I; *Sir.* 50; 52-54; 56; 62.
- Tolomeo II (Filadelfo, hijo del anterior), *P.* 10; *Si.* I; *Sir.* 65.
- Tolomeo Cerauno (hijo de Tolomeo Soter), *Sir.* 62-63.
- Tolomeo IV (Filópator, rey de Egipto), *Mac.* III, 1; IV; *Sir.* 1-5; 38.
- Tolomeo V (Epifanes, hijo de Filópator), *Sir.* 5.
- Tolomeo VI (Filométor, rey de Egipto), *Mac.* XI, 4; *Sir.* 66-68.
- Tolomeo XI (Auletes, rey de Egipto), *Sir.* 51.
- Tolomeos (reinos de los —), *Mi.* 115.
- Tolunte (ciudad de Africa), *Af.* 18.
- Ton (ciudad de Africa), *Af.* 47.
- Tórax de Farsalia (el que enterró a Lisímaco), *Sir.* 64.
- Trace (heroína epónima de Tracia), *Mi.* 1.
- Tracia (país de Europa), *Mac.* IX, 5; XI, 1; *Il.* 1; *Sir.* 1; 3; 6; 14; 23; 28; 38; 43; 53; *Mi.* 1; 56; 95; 102.
- tracios (habitantes de Tracia), *P.* 3; *Nu.* III; *Mac.* IX, 5; *Sir.* 1; 6; 43; *Mi.* 1; 15; 57; (bitinios), *Mi.* 1; (del Ponto), *Mi.* 41.
- Trajano (emperador de Roma), *Ib.* 38.
- tralianos (habitantes de Tralles, en Lidia), *Sir.* 32; *Mi.* 48.
- Tralles (habitantes de —), *Mi.* 23.
- Traquea (Cilicia, zona costera de Cilicia), *Mi.* 92; (hombres de la —), *Mi.* 92; 96.

- Trebia (río de la Galia Cisalpina), *An.* 6.
- Triario (lugarteniente de Lúculo), *Mi.* 77; 88-89; 112; 120.
- Tribalo (en mitología, hijo de Panonio), *Il.* 2.
- tribalos (tribu iliria), *Il.* 2.
- Tríbola (ciudad de Iberia), *Ib.* 62-63.
- tricorios (tribu galo-helvéctica), *Ga.* I, 3.
- Trifón (sobrenombre de Diódoto esclavo de la casa real seleucida), *Sir.* 68.
- Trifón (eunuco de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 108.
- «trincheras fenicias» (denominación de los límites del imperio cartaginés), *Af.* 32; 54; 59.
- trocmos (tribu gálata de Asia), *Sir.* 32; 42.
- Troya (ciudad de Asia Menor), *R.* I, 1; *Af.* 1; 132; *Sir.* 63; *Mi.* 1; 67; 102; (guerra de —), *Af.* 71; *Mi.* 53.
- Tulio (véase Anco Hostilio).
- Túnez (ciudad de Africa), *Si.* II, 3.
- turbuletes (pueblo de Iberia), *Ib.* 10.
- Turditania (región de Iberia), *Ib.* 16; 59; 61.
- turditanos (pueblo de Iberia), *Ib.* 55.
- turios (habitantes de Turios colonia griega en Italia), *Sa.* VII, 1-2; *An.* 34; 49; 57.
- Turios (colonia griega en Italia), *An.* 35; 50.
- Turpilio (jefe de la guarnición romana en Vaga), *Nu.* III.
- Ulises (héroe griego), *Mi.* 53.
- Umbría (región de Italia), *An.* 9.
- usipetos (tribu germana), *Ga.* I, 4; XVIII.
- Útica (ciudad de Africa), *Si.* II, 3; *Af.* 13-14; 16-18; 30; 75; 77-78; 80; 94; 110; 113-114.
- uticenses (habitantes de Útica), *Af.* 25; 114; 135.
- vaccos (tribu celtíbera), *Ib.* 51; 55; 59; 80; 81.
- Vaga (senado de —, ciudad de África), *Nu.* III.
- Valeria (mujer romana), *It.* V, 3.
- Valerio (M. Valerio Corvo, héroe romano y cónsul en el 343 a. C.), *Ga.* X; *Sa.* I, 1-2.
- Valerio, Lucio (tribuno militar), *Sir.* 18.
- Vario, Marco (general de Sertorio), *Mi.* 68; 70; 76-77.
- Vatinio (lugarteniente de César en Iliria), *Il.* 13.
- Venus (monte de —, lugar de Iberia), *Ib.* 64; 66.
- Venus Elimea (templo de —), *Sir.* 66.
- Venusia (ciudad de Italia), *An.* 50.

- Vermina (hijo de Sifax), *Af.* 33; 59.
- Verso (jefe dálmata), *Il.* 25.
- Vespasiano (emperador de Roma), *Sir.* 50.
- Vesta (templo de —), *Ga.* VI; (estatua de —, en Caunio, Caria), *Mi.* 23.
- Vetilio, Gayo (pretor en Iberia en el 147 a. C.), *Ib.* 61-63.
- Veto (Gayo Antistio Veto), *Il.* 17.
- vetones (tribu de Iberia), *Ib.* 56; 58; 70.
- Veturia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Veturio (T. Veturio Calvino, cónsul en el 321 a. C.), *Sa.* IV, 6.
- Veyes (ciudad de Italia), *It.* VIII, 1.
- Viriato (caudillo lusitano), *Ib.* 60-71; 73-76; (guerra de —), *Ib.* 63.
- Volas (guardia de corps de Augusto), *Il.* 20.
- Volcacio (Volcacio Tulo, cónsul con Augusto), *Il.* 28.
- volscos (pueblo de Italia), *It.* I; III-IV; V, 1; 3; 5; *Af.* 58.
- Volumnia (mujer romana), *It.* V, 3.
- Vulcano (en mitología, dios romano), *Ib.* 45.
- Yapigia (zona del sur de Italia), *An.* 15; 17; 33; 35-36; 45; 55.
- yapigios (habitantes de Yapigia), *An.* 49.
- yápodes (tribu iliria), *Il.* 10; 14; 16-19; 21-22.
- Yasos (ciudad de Caria), *Mi.* 63.
- yáziges (pueblos de la boca del Dnieper), *Mi.* 69.
- Yugurta (númida nieto de Masinissa), *Ib.* 89; *Nu.* I; III; IV-V.
- Zacinto (isla y ciudad en el Adriático), *Ib.* 7; *Mi.* 45.
- Zama (ciudad de África), *Af.* 36.
- Zeuxis (general de Antíoco), *Sir.* 33.
- Zenobio (general de Mitrídates Eupátor), *Mi.* 46-48.
- Zoro (fundador de Cartago), *Af.* 1.

## ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
INTRODUCCIÓN GENERAL ... ..	7
1. Vida y obra de Apiano ... ..	7
2. El texto de la <i>Historia Romana</i> ... ..	27
BIBLIOGRAFÍA ... ..	41
PRÓLOGO ... ..	43
I. — <i>De la realeza</i> (fragmentos) ... ..	55
II. — <i>Sobre Italia</i> (fragmentos) ... ..	63
III. — <i>La historia samnita</i> (fragmentos) ... ..	70
IV. — <i>La historia de la Galia</i> (fragmentos) ... ..	88
V. — <i>Sobre Sicilia y otras islas</i> (fragmentos) ...	100
VI. — <i>Sobre Iberia</i> ... ..	106
VII. — <i>La guerra de Anibal</i> ... ..	189
VIII. — <i>Sobre Africa</i> ... ..	237
Sobre Numidia (Apéndice del libro <i>Sobre Africa</i> [fragmentos]), 356.	
IX. — <i>Sobre Macedonia</i> (fragmentos) ... ..	359
X. — <i>Sobre Iliria</i> ... ..	382
XI. — <i>Sobre Siria</i> ... ..	407
XII. — <i>Sobre Mitridates</i> ... ..	476
ÍNDICE DE NOMBRES ... ..	599